

DANIEL FOPIANI

**LA
MELODÍA
DE LA
OSCURIDAD**



Índice

Portada
Sinopsis
La melodía de la oscuridad
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Adriano es un hombre acabado, nada queda de aquel aguerrido sargento que sufrió un atentado en Intxaurreondo que le dejó ciego. La explosión le reventó las cuencas oculares y la vida entera: ahora es un monstruo desfigurado, invidente, que vive en Cádiz dependiente de su mujer, Patricia, que apenas soporta la rutina y que, a pesar del profundo amor que siente por su marido, no puede dejar de estar angustiada, además, por el dolor incesante de no haber tenido hijos.

Cuando el teniente Román pide la ayuda de Adriano para encontrar al asesino que aterroriza a la ciudad, él sabe que, a pesar de su ceguera, no podrá negarse. La primera víctima aparece salvajemente mutilada en el museo arqueológico, la segunda en uno de los parques más concurridos. Adriano intuye que el psicópata está emulando los doce trabajos de Hércules. Comienza así una investigación que revelará profundos secretos del miedo, la miseria y el amor humanos.

DANIEL FOPIANI

LA MELODÍA DE LA OSCURIDAD



*Por ser mi ejemplo a seguir.
Por luchar cada día y demostrarme
que es así como los sueños se hacen realidad.
Este libro es para ti, mamá.*

CAPÍTULO 1

20.27 h. Paseo marítimo de Cádiz, 24 de abril de 2016

—No sabía que envejecer doliese tanto.

Adriano estiró el cuello para levantar el rostro hacia el cielo, como si fuese un girasol en busca de acaparar hasta el último rayo de calor. Su mujer hizo caso omiso de sus quejas, de los lamentos propios de aquel que ha perdido la ilusión por los colores de forma prematura. Ella prestaba toda su atención a la novela que mantenía apoyada entre las rodillas. En esa postura, con las piernas encogidas sobre la silla, parecía una quinceañera.

Estaban sentados en la terraza de un chiringuito frente al mar. Como lo hacen las parejas corrientes. Eso les gustaba, se sentían mejor cuando hacían cosas de personas normales. Si en ese momento le hubiesen sacado una foto, podrían haberla publicado en cualquier red social sin problemas. En la mesa había una copa de cristal con un resto de vino rosado y un cenicero repleto de colillas. La arena de debajo de las sillas estaba llena de huesos de aceitunas y trozos de pan, haciendo que las gaviotas asediasen el chiringuito.

Acho no paraba de removerse inquieto entre las patas de la mesa. Libraba una batalla interior entre dejarse llevar por su alma de perro y jugar con los pajarracos o contenerse, una vez más, y comportarse como un animal de compañía adiestrado y sumiso. A Adriano nunca le habían gustado los animales ni los niños. Mucho menos los chuchos. Pero dejar escapar un tren ya había sido suficiente. Así que aceptó el capricho de su mujer de tener un compañero canino. Bueno, vale, lo que tú digas, pero déjame en paz de una puñetera vez. Y desde entonces, cada día se preguntaba cómo pudo ceder a la obligación de sacar a un labrador cada seis horas para que cagase y mease en la calle. Suponía que lo hizo por hacerla feliz, por darle una satisfacción a cambio de todas aquellas que nunca pudo ofrecerle.

—Acho, estate quieto, joder.

—Tranquilízate, cariño. ¿Quieres que te aguante yo un rato al perro?

Adriano alargó el brazo por toda respuesta. La mano de Patricia le recogió la correa con un tacto suave y cariñoso, como si quisiera recordarle que allí estaba ella, para aguantarle el perro, para lo que necesitase, para hacerle la vida un poco menos dolorosa.

—¡Acho, ven aquí! —Patricia cogió al animal en peso y se lo puso en la falda—. Pero deja a las gaviotas en paz y déjame leer, anda, guapo.

Adriano volvió a inclinar la cara en dirección al sol mientras escuchaba a su mujer hablar con Acho como si fuese una persona. Le agradaba oír su voz, le tranquilizaba saber que estaba ahí, conversando con total naturalidad con un animal. En algunas ocasiones se dejaba arrastrar por la imaginación y fantaseaba con que su mujer le hablaba a una niña, o a un niño, igual daba. Se inventaba un hijo que duraba apenas unos segundos, que estallaba como una pompa de jabón en el momento en el que el perro ladraba, tosía o gruñía.

Intentó abstraerse y disfrutar de la templanza del ambiente primaveral. Casi podía notar los rayos del sol acariciarle la piel como hormigas de terciopelo. Atrajo sus manos hasta su regazo y colocó la palma derecha bajo la izquierda en la postura meditabunda propia de un principiante. Intentó regular la respiración. A pesar de encontrarse a escasos metros de la orilla, el arrullo del mar llegaba hasta sus oídos con una lejanía inalcanzable. Las voces confusas de la playa se mezclaban junto al cante repetitivo del vendedor ambulante de refrescos, el quejido de las gaviotas y las risas nerviosas de los niños en el agua. No le hizo falta ver a su esposa para saber que probablemente había dejado de leer para observar, con la media sonrisa de los soñadores, a cualquier renacuajo que anduviese por allí con una pelota hinchable o jugando a construir castillos de arena.

No quiso moverse, por aquello de favorecer la concentración, pero de repente la postura comenzó a resultarle incómoda. Ese universo cuasi perfecto que lo rodeaba se convirtió en un paisaje grisáceo y deprimente. Llevaba gafas de sol, pero ellas no eran las culpables de que todo hubiese perdido el color de forma repentina. De que nada valiese ya la pena. Notó cómo la respiración se le aceleraba. Se removió en la silla.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, déjame tranquilo.

Una fina cortina de sudor comenzó a perlarle las arrugas de la frente y una palidez apenas perceptible se había adueñado de la poca viveza que le

quedaba a su rostro. Se concentró en controlar la respiración y hacer espiraciones profundas, pero los chillidos de los niños en la orilla se le clavaban como estacas ardientes en el pecho. Hacía unos meses, Patricia había descolgado el teléfono para informarse sobre todos los trámites para solicitar la adopción. Al parecer cumplían todos los requisitos y el dinero no suponía obstáculo alguno. Que si un chino, un ruso, un africano. Que si chica o chico. Ella nunca había perdido la ilusión, pero Adriano terminó aquella conversación de forma tajante: él quería un hijo propio, carne de su carne. Un hijo que nunca tendría. Que nunca existiría.

¿Un ahogo? No exactamente. Es una mano invisible que le aprieta la garganta cada vez que recuerda lo que es. Lo que ya no es.

—Vámonos, cariño. Ya llevamos bastante tiempo aquí. Además, ya me ha dado mucho el sol en los hombros —dijo Patricia, en un claro tono de compasión mientras se miraba los tirantes—, luego me quemo la piel y no hay quien me aguante. Así que vámonos, venga.

Sin dar opción a la réplica se levantó, dejó el perro en la arena y fue a ayudar a su marido para que se alzase de la silla.

Adriano farfulló, como de costumbre, mientras volvía a reprocharle esa atención exagerada. Como aquel que se queja del oxígeno que respira. De algo sin lo que, en realidad, no podría vivir. Se irguió a duras penas, agarró la correa del perro que le acercaban hasta la mano y acertó a coger el bastón para invidentes que estaba apoyado en un lado de la mesa.

Los tres se marcharon de la playa, dejando que sus siluetas se recortasen en un sol que comenzaba a morir.

Él ya lo hizo en el momento que se cruzó con aquel maldito bastón.

CAPÍTULO 2

21.09 h. Piso franco, 24 de abril de 2016

Alceo deslizó la cuchilla sobre su cabeza afeitada, suspirando de placer cada vez que la afilada herramienta rasuraba unos vellos diminutos que amenazaban con tapar parte del dibujo. Se consideraba a sí mismo una obra de arte. Desnudo, delante de un espejo roto y oxidado, contemplaba la infinidad de diseños que decoraban su piel.

Desde que el hombre comenzó a tener uso de razón, siempre se había tatuado con la intención de ofrecer su cuerpo en sacrificio. Un ritual milenario que había acabado degenerando en una práctica mundana compartida por millones de personas en la actualidad. Desde aseados adolescentes que aún no saben ni mirarse la talla de los calzoncillos hasta drogadictos empedernidos. Cualquiera podía sentarse en un estudio a grabarse la piel: un tribal o un conejito de *Playboy* que pasaría de moda y dejaría de gustar a los dos años. Pero muy poca gente, sin contar con algunas tribus indígenas del sur de África, recordaba o conocía el fin primigenio del tatuaje.

La ofrenda de la piel en sacrificio.

Alceo levantó los brazos y estiró su musculoso cuerpo mientras observaba su reflejo en el espejo caleidoscópico. Un torso perfecto, marcialmente esculpido y casi cubierto en su totalidad por la tinta azulada de los tatuajes. Satisfecho, se pasó la palma de la mano por el brillante cuero cabelludo y sonrió. Dejó la cuchilla sobre el lavabo, envolvió su desnudez de metro ochenta con un albornoz robado del hotel Barceló y recorrió el pasillo a grandes zancadas. El aire del amplio salón estaba cargado con la fragancia del incienso. Jenica lo había preparado todo y ya estaba allí para esperarle. Pero él hizo como si no estuviese en la sala, como si no existiera. Simplemente se arrodilló a su lado y quedó enfrentado a la pequeña mesa de

madera donde tenía la estatuilla de Hera a modo de altar. Una diosa de naturaleza celosa y vengativa que se había convertido en su mayor enemiga, siendo a la vez la única capaz de concederle la expiación total por sus pecados. Por eso le brindaba tanta veneración. No había otra deidad capaz de volver loca a una persona, de sacar lo peor que tiene uno mismo guardado en lo más profundo del alma, además de enseñar el camino hacia la esperanza. Hacia el perdón.

Era la versión más económica que había encontrado en internet. Una estatua de resina que imitaba perfectamente la piedra esculpida. Representaba a la deidad majestuosa y solemne sentada en el trono y coronada con el *polos*[1]. En su mano derecha llevaba una granada, símbolo de la fértil sangre y la muerte.

Alceo cerró los ojos y volvió a agradecerle a aquella divinidad desusada la oportunidad de redención. Tenía unas tareas que cumplir y ya estaba todo organizado, cerrado. Hizo una inspiración profunda. Sentía a Jenica a su lado, no estaba solo. Y eso ayuda cuando se tiene que dar el primer paso de un largo camino. Llevaba meses trabajando para que todo estuviese perfectamente coordinado, para que no hubiese fisuras en el plan que lo llevaría a la luz de la redención. Su absolución estaba cada vez más cerca. Solo tenía que ponerse manos a la obra. Esa noche, el primer peón abriría el juego.

Agachó la mirada y leyó para sí la frase que tenía tatuada en el antebrazo izquierdo, allí por donde discurre la arteria radial.

Αίμα καθαρίζεται με αίμα.

La sangre con sangre se limpia.

CAPÍTULO 3

21.14 h. Calle de la Torre, 24 de abril de 2016

Cuando llegaron a casa, Adriano oyó a su mujer rebuscar en el bolso las llaves del portón. ¿Por qué siempre esperaba a llegar a la mismísima puerta para comenzar a buscarlas? ¿No podía hacerlo en el camino del aparcamiento al piso? ¿Es que le gustaba perder esos incómodos segundos de espera en la entrada? Abrió. Y de dentro del piso escapó una ráfaga de silencio atrapado que les golpeó el espíritu. Ya sé: lo que no quiere es encerrarse otra vez en esa cárcel.

Se trataba de un piso pequeño de luces pobres. La iluminación y la decoración dejaron de ser prioritarias desde el momento del accidente. Total, Adriano no podía disfrutar de los cuadros, las plantas, las fotos y los jarrones; y ella había aprendido a conformarse con cualquier cosa.

Él se sentó en la mesa de la cocina. Patricia dejó el bolso sobre el sofá, abrió el grifo del fregadero y comenzó a hacer ruido con los platos. Acho se fue directo a su rincón de la terraza para hacer cosas de perro.

—¿Te apetece que te prepare un baño cuando termine de fregar, cariño?

—Da igual, no te preocupes.

—Te sentará bien, ya verás. Si quieres, puedo ponerte esos sonidos relajantes de pájaros y cataratas que tanto te gustan.

—¡Que no, joder! Te pasas todo el santo día igual. Déjame en paz. Estoy hasta los huevos de tener a una persona constantemente pendiente de mí. ¡Me asfixias!

Acho dio un ladrido desde la terraza. Patricia cortó el grifo del fregadero. Y de nuevo el silencio.

—Lo siento.

Adriano dejó las gafas de sol sobre la mesa de la cocina y en su cara se pudo ver el nítido reflejo de la desazón. En el hueco arrugado de sus ojos,

incluso, se adivinaba un ápice de tristeza, de la soledad que conlleva la oscuridad eterna.

Patricia se secó las manos con un paño y fue hasta la silla donde su marido estaba sentado con el rostro oculto entre las palmas de las manos. Como escondiéndose, como si así pudiera contener el monstruo que habitaba en su interior. Ay, Adrianito, ¿cuánto dolor tienes guardado? Lo abrazó desde atrás y le plantó un beso en la coronilla.

—Siempre estaré a tu lado. —Y él no dijo nada. Porque tampoco hacía falta—. Venga, voy a prepararte ese baño relajante.

Dos golpecitos animados en la chepa alicaída y se marchó en dirección al cuarto de baño. Pero antes de salir de la cocina, con el rabillo del ojo, reparó en la última equis del calendario que colgaba del imán del frigorífico. Era día veinticuatro y aún no le había llegado. Doce días de retraso, doce días de darle vueltas a la cabeza: cuarenta y siete años, calores sofocantes y ese cansancio inusitado que parecía perseguirla durante todo el día.

Le daba miedo. O quizá era algo parecido a la humillación, a la deshonra. ¿Vergüenza? De todo un poco. Había llegado su momento, se acabaron las oportunidades. Al final, es cierto: el tiempo pasa hasta para uno mismo.

Mientras la bañera se llenaba de agua templada, ni caliente ni fría, como a él le gustaba, Patricia clavó su mirada en la esponja que descansaba sobre la alcachofa de la ducha. Se imaginó a ella misma con la esponja entre las manos, llena de espuma, pasándola lentamente por una piel suave y lechosa. ¿Cuánta alegría le habría dado a la casa un hijo o una hija? Un alma pura, libre de todo dolor. Sonidos. Llantos. Preocupaciones. Responsabilidades. Movimiento.

Vida.

No te tortures más pensando en esas cosas, chiquilla. Se prometió pedir cita en el ginecólogo estos días. ¿Contarle a su marido lo de la menopausia? ¿Para qué? Eso no cambiaría nada. Suficientes problemas arrastraba ya ese hombre como para preocuparse ahora por los achaques naturales de la edad que aquejaban a su esposa.

Ella sí que tenía razones para sentirse sola.

Cerró el grifo y comprobó que la temperatura del baño fuese la correcta.

CAPÍTULO 4

00.58 h. Museo de Cádiz, 25 de abril de 2016

—La vida está *fatá, quillo*. Los de arriba lo tienen *to pensao pa* que *parescamos tontoerculo*.

Hernández siguió comiendo pipas mientras observaba las imágenes en blanco y negro de las cámaras de seguridad. Aquella noche le había tocado montar la guardia con Picardo, un tipo delgado y estirado que necesitaba recolocarse las gafas sobre la nariz cada cuatro segundos. Hablaba. Hablaba mucho. Y lo hacía a un ritmo pastoso, como con la textura del merengue. Este tío me va a poner la oreja al rojo vivo, ya verás.

—Cuando no es el IBI, es Hacienda y, si no, el impuesto de circulación. Casi setenta *eurasos* que tuve que *pagá er* mes *pasao* —continuó Picardo, mientras se empujaba con el dedo índice el puente de las gafas—. Me tienen hasta los mismísimos cojones, ¿sabes? No *hase* ni dos semanas que tuve que *pagá er* seguro *der* coche. Así no hay quien levante *cabesa*. Así *er* pobre no tiene más remedio que serlo *toa* la vida. Míranos, carajo, *hase*mos turnos de *dose* horas *ar* día por cuatro pesetas. Yo no sé a ti, pero a mí no me da ni para comprarme ropa. Por los Reyes Magos y dando gracias. Entre la *lú, er* agua, los libros *der* colegio, esto y lo otro. Después uno se compra un paquete de tabaco y *parese* que está cometiendo un crimen. ¿Me entiendes?

—Sí.

Picardo siguió hablando de fondo, como en segundo plano, mientras Hernández seguía comiendo pipas en la sala de vigilancia del Museo de Cádiz. La seguridad allí no es que pudiera compararse con la del Pentágono. La plantilla estaba compuesta por profesionales veteranos. Eso quiere decir, experimentados. Eso quiere decir, cansados. Cada uno con sus cosas y sus problemas, que normalmente solían ser más importantes que la vigilancia de un ánfora fenicia. Después de casi veinte años de servicio no me van a echar

de aquí, total, el finiquito les costaría un ojo de la cara.

Hernández le acercó el paquete de pipas a su compañero a modo de ofrecimiento, aunque el fin último de su generosidad fuera que se callase un rato mientras las pelaba. Picardo volvió a negar con la cabeza.

—¿Sabes? *Er* otro día estuve *toa* la tarde con mis hijos aquí enfrente, en la plaza de Mina. Mi *mujé* tenía *sita* con el peluquero y me tocó a mí sentarme en un banco mientras los niños jugaban a la pelota. No hay quien los canse. Un viejo dijo que les iba a *rajá* la pelota, que no se podía *está* tranquilo ni en el parque, que dónde está vuestro padre, que le voy a *decí* cuatro cosas. Y tuve que acercarme a *mediá* entre las dos partes, qué remedio, ¿no? El carcamal se fue, pero los niños, en vez de *seguí* jugando después de las quejas del viejo, se vieron como *cohibíos*. Ya no les apetecía *seguí* jugando. ¿Qué hicieron? Pues *vení* a pedirme dinero *pal* quiosco. No sabes cuánto me costó *convenserles* de que no había, de que no tenía *pa* caprichos. ¿Te imaginas gastar lo poco que tenemos en chicles y patatas fritas? Además, esas porquerías *ensusian* el estómago. ¿Qué? No me mires con esa cara. No eres tú *er* que luego tienes que *escuchá* a mi *mujé*. Y tú solo tienes una hija, así cualquiera. No tienes ni idea de lo que es multiplicar esa responsabilidad por tres. Ya te daba yo a ti. Ya te daba.

Hernández guardó silencio sin dejar de mirar a las cámaras. Intentaba no cometer ningún error, no hacer ningún gesto que diera pie a seguir con la conversación interminable de su compañero. Era la una y cuarto de la madrugada, por lo que, oficialmente, era el cumpleaños de su hija. Su turno no acababa hasta las siete de la mañana y mucho se temía que iba a estar reventado durante la celebración del festejo. Anita había invitado a media clase a su casa. Su mujer, a toda la familia: iba a ser un día duro.

—Toca hacer la ronda.

—Que la haga un romano —protestó Picardo, a la vez que señalaba con el dedo la cámara de la sala cuatro, que enfocaba directamente a la estatua del emperador Trajano.

—Bueno, pues aprovecharé para estirar las piernas.

Cuando Hernández abandonó la puerta de la sala de vigilancia a sus espaldas se dejó embaucar por el silencio de los pasillos apagados. Se regaló unos segundos y cerró los ojos antes de comenzar con la ronda. Pudo escuchar como Picardo agarraba el paquete de pipas en el interior de la habitación y comenzaba a pelarlas como un hámster muerto de hambre.

Anduvo en dirección a la sala tres como solía hacerlo de costumbre: con paso parsimonioso, pensando en sus cosas, despreocupado, confiado en su labor de guardar la riqueza histórica de Cádiz. Esto es más aburrido que qué. Aquí nunca cambia nada, siempre está todo igual. Y Anita cumple siete años ya. Siete, la Virgen. El tiempo pasa volando.

Cuando llegó a la altura de la sala número dos se paró justo delante de los sarcófagos antropomorfos fenicios. Únicos ejemplares en toda la península. Las piezas más importantes del museo gaditano. ¿Quién le iba a decir a ese señor y esa señora que sus féretros iban a estar unidos tantos años después? Quizá ni se conocieron en su tiempo. Joder, si hasta los sarcófagos se descubrieron con casi cien años de diferencia y en lugares distintos. Eso sí, qué belleza y finura, qué serenidad y solemnidad aportaban las dos imágenes juntas. Como si se hubiesen dado la mano para pasear por la eternidad.

Allí estaban los dos, unidos por el destino, o quizá por un señor que quiso levantar en su momento un museo que nadie pisaba. Igual daba. Allí se iban a quedar, mientras veían desde la infinitud como cientos de visitantes al día pasaban por allí delante, sin respetar el permiso de los muertos.

De pronto, a Hernández se le pusieron los vellos de punta de solo pensar en ajuares funerarios, sarcófagos y ataúdes. Muerte. Echaría mucho de menos a su familia. Siete años ya la pequeña. Es que no me hago a la idea.

Dio media vuelta y encaró la sala uno en dirección al vestíbulo. Allí estaba la entrada al museo y una réplica majestuosa del Hércules Farnesio en la entreplanta, para recibir a los visitantes desde las alturas, como si se encontrase en el mismísimo Olimpo. Cuando Hernández comenzó a subir las escaleras hubo algo que le llamó sutilmente la atención. Quizá un roce, un susurro. ¿Unos pasos? Encendió su linterna y se giró en dirección al pasillo que conectaba con el gabinete numismático. *Er* de las *moneas*, como diría Picardo.

Llegó hasta el último escalón y fue entonces cuando supo que había cometido un error.

Notó una presencia oculta en la esquina del cruce de pasillos. Intentó volverse pero solo lo logró parcialmente. Oyó un quejido ahogado, como de mucho esfuerzo, pero con la clara intención de no ser oído. Notó como la cabeza se le caía de los hombros, rota en mil cristales de dolor.

Algo le había golpeado con fuerza.

Las sombras del museo se hicieron aún más oscuras, el mundo pareció

darse la vuelta, pero sabía que no debía caer al suelo. Si doblaba las rodillas estaría acabado. Probó a encontrar un asidero por cualquier lado. Este tío no me da otra. Pero un nuevo golpe lo derrumbó.

Un hilo de consciencia lo mantuvo unido a esta realidad. ¿Le estaban apretando el cuello? Toda la oscuridad parecía moverse a cámara lenta. Negrura absoluta. O casi. Al final del todo, a una distancia que parecía inalcanzable, había un punto de luz. Parecía que estuviese vivo: vibraba al ritmo de las pulsaciones de su corazón. Cada vez más lento. ¿Era una llama?

Sí.

Se sintió flotar en medio de la nada, en una corriente oscura que lo empujaba hacia una vela de cumpleaños.

CAPÍTULO 5

03.39 h. Calle de la Torre, 25 de abril de 2016

Durante las primeras fases del sueño, los latidos del corazón pueden disminuir hasta un diez por ciento de la frecuencia cardiaca basal. Un viaje en barca en el que nos dejamos arrastrar por el suave flujo de la inconsciencia. Un trance tan primitivo como la propia existencia, donde los músculos se relajan y la respiración se vuelve profunda y pesada hasta el punto de hacernos parecer seres atemporales, impersonales. Conectados a esa otra realidad que solemos obviar, esa otra parte de la vida a la que no prestamos demasiada atención, pero sin la que no seríamos nada.

El timbre del teléfono móvil rasgó el silencio de la madrugada, creando un terremoto de vibraciones a escasos centímetros del oído de Patricia. Al abrir los párpados se sorprendió al verse en su propio dormitorio, como si hubiese viajado desde muy lejos. Se incorporó de la cama como pudo, se llevó una mano al pecho, no vaya a ser que se me salga el corazón disparado, y con la otra palpó la mesita de noche en busca del dichoso aparato.

—¿Sí?

—¿Patricia?

—Sí.

—Gracias a Dios, llevamos un rato llamando a Adriano, pero no hay manera de que nos coja el teléfono móvil.

Los impulsos eléctricos de las neuronas comenzaban a desengrasarse. Miró a su marido, que se removía inquieto en la cama por el escándalo. El reloj que estaba junto a la lamparilla: las 03.40 de la madrugada. Las llamadas en mitad de la noche solo portan noticias funestas.

—¿Quién es? ¿Qué ha pasado?

—Nada, nada, Patricia, tranquilízate. Soy el teniente Román.

Ahora supo por qué aquella voz velada por el auricular del teléfono y el

sopor del sueño le resultaba familiar. A pesar de llevar años sin escucharla, fue consciente de que el que se encontraba al otro lado de la línea no le estaba gastando una broma de mal gusto.

Quiso hablar, pero todo se resumió en un sonido ahogado e inseguro que quedó atrapado en la garganta.

—Necesitamos ver a tu marido. Sabes que si no fuese importante no le molestaríamos, y menos a estas horas.

Patricia necesitó unos segundos para contestar, pero terminó consiguiéndolo.

—Adriano lleva más de ocho años fuera del servicio. —Siempre intentaba utilizar cualquier expresión en lugar de la palabra *jubilado*. Aquel concepto parecía removerle las tripas a su marido cada vez que salía a colación—. No sé a qué viene esto, pero mucho me temo que van a tener que arreglárselas solos.

—Patri, escúchame, por favor. Nos conocemos de hace muchos años. Nunca os hemos molestado en todo este tiempo. Pero ahora estamos jodidos, jodidos de verdad. Créeme, la situación lo exige. Necesitamos hablar con tu marido solo un momento. Un par de preguntas y se acabó.

La voz distorsionada del teniente retumbaba en el dormitorio a oscuras. Las facciones de Adriano eran de alguien que se encontraba despierto, atento a la conversación. Era difícil saber si un hombre con los globos oculares reducidos a carne arrugada dormía o vivía. Pero ya son muchos años juntos.

—Lo siento, pero no podemos ayudarles.

—¡Patricia, joder! —El teniente corrigió de inmediato el tono de voz—. Tu marido estuvo varios años trabajando como guardia de seguridad en el Museo de Cádiz antes de ser uno de los mejores guardias civiles contra el crimen organizado.

—¿Y qué tiene que ver eso ahora?

Esta vez fue Román el que guardó varios segundos de silencio al otro lado del teléfono. Pareció dar un suspiro antes de continuar.

—Ha aparecido un cadáver en el museo. No puedo adelantarte mucho más, ya sabes cómo son estas cosas. Lo único que puedo decirte es que andamos un poco... nerviosos. Ni cámaras de seguridad ni testigos que nos lleven hasta el autor del crimen. La opinión de tu marido, por la experiencia y el tiempo que estuvo en este mismo edificio trabajando, nos es muy valiosa en estos momentos.

—¿Y tiene que ser ahora, a las cuatro de la madrugada?

—Hay alguien rondando por las calles de Cádiz que ha cometido un homicidio y puede ser peligroso. Sí, esto demanda algo de urgencia. — Patricia buscó una respuesta que pudiera seguir manteniendo a su marido acostado a su lado. El teniente aprovechó los segundos de incertidumbre para gastar toda su munición—: Ya te digo que van a ser dos preguntas. Os dejaremos en paz después de esta noche, te doy mi palabra. Si Adriano puede ayudarnos a descubrir cómo ha podido entrar y salir el asesino sin ser visto por las cámaras, le hará un gran favor al cuerpo de la Guardia Civil. Y si la Benemérita te la trae al paio, piensa en los familiares de la víctima. Él conoce el museo, sabe cuáles son los puntos débiles de su seguridad, sin hablar de su experiencia en la UCO[2], claro. —Patricia guardó silencio. El teniente apostó todo al cero—: Incluso, si todo sale bien, podríamos proponerle para la cruz con distintivo blanco.

Fue entonces cuando a Patricia le asaltó la imagen de su marido vestido de uniforme, con el rostro deformado y las gafas de sol, mientras que el ministro de Interior le colocaba la cruz de oro en el pecho, la de los mutilados, con cientos de guardias civiles firmes en el patio del cuartel de Intxaurreondo. Todos los uniformados mantenían las cabezas bien altas mientras ella solo era capaz de expulsar la vida a través de las lágrimas.

—Teniente, puede usted meterse la medalla por el puto culo.

Colgó. Dejó el teléfono móvil en la mesita de noche de un porrazo. Intentó tocar a su marido en el hombro, para tranquilizarlo. Pero Adriano ya se estaba levantando de la cama, dispuesto a irse, tanteando en la oscuridad algo que lo alejase de aquel lecho, de aquella jaula.

De aquella vida reseca e inerte.

CAPÍTULO 6

05.23 h. Museo de Cádiz, 25 de abril de 2016

Noche de grillos y brisa primaveral. Luna menguante, sin nubes. Un espectáculo para quien pudiera disfrutarlo.

—¿Qué hace usted aquí?

—El teniente Román me ha llamado. Hágame el favor de identificarse, no conozco su voz.

Acho miraba de forma desafiante al guardia civil desde las bajas alturas. No parecía un tipo con mucho arranque. Canijo, de mirada huidiza. Parecía querer esconderse detrás del fino cordón policial que habían instalado en la puerta del museo. El perro pensó que su dueño debía de ser alguien importante. Podía ver el respeto en los ojos esquivos del joven agente. ¿O lo que lo mantenía inquieto era la deferencia compasiva que se le suele tener a los desfigurados?

—Lo siento, pero no puede entrar. Y menos con un perro. Los compañeros están trabajando sobre la escena de un crimen. —El agente hizo una pausa, como si se debatiera entre seguir hablando o quedarse callado, que estaba más guapo, como siempre le decía su santa madre—. ¿Ha salido usted a la calle en pijama?

—Me han llamado a las cuatro de la madrugada de forma urgente. El taxista vino pitando a recogerme a mi casa. Soy ciego. Además de tener la cara como si la hubiese metido en una escupidera de ácido sulfúrico. Veo a la gente por sus voces, a veces por sus olores. Al menos he tenido el detalle de ponerme las gafas de sol y calzarme las zapatillas deportivas. ¿De verdad piensa que la vestimenta supone un problema para mí, guardia sin nombre?

El hombre uniformado pareció dar un respingo, se enderezó un poco y se colocó en el paso del invidente. Sabía quién era, lo conocía. Acho podía olérselo. ¿Quién dentro del cuerpo no sabía la historia del sargento Adriano?

Aun así, las órdenes estaban claras: no dejar pasar a nadie bajo ningún concepto. Puso la voz un poco más grave, pero no consiguió el efecto deseado.

—Soy el cabo Velázquez.

—Velázquez, déjame pasar, me están esperando dentro. —No era una súplica.

Sin que hiciera falta una seña, Acho comenzó a andar y tiró de su dueño hacia el interior de la zona acordonada. El cabo tuvo el reflejo de levantar la cinta del cordón evitando que Adriano arrollase con todo el dispositivo.

Antes de entrar en el edificio, Acho lanzó un ladrido suave para avisar de que se acercaban a una escalinata. Los perros guía entrenados y certificados por la ONCE tienen un alto nivel de inteligencia y están preparados para advertir a su dueño de este tipo de obstáculos. Con el gruñido, el labrador también quiso advertirle de que dentro había mucha gente revuelta: cuidado, algo malo ha ocurrido. Pero a Adriano le fue suficiente con saber que se acercaban varios escalones.

Cuando llegaron al arco de las majestuosas puertas del museo, todas las cabezas giraron casi al unísono. El barrunto de voces agitadas que se escuchaba desde fuera fue perdiendo volumen hasta convertirse en un silencio colectivo. Allí estaba, después de todo. Y su presencia implicaba la atención de todos los presentes. Lo del pijama también ayudaba.

Poco a poco las voces fueron resurgiendo, como si lo que tuvieran entre manos fuera aún más importante que ver aparecer a una leyenda de la investigación entrando por las puertas. Uno de ellos, cualquiera, incluso se atrevió a decir lo siguiente:

—¡Sacad a ese chucho de aquí, por el amor de Dios!

Pero nadie lo hizo. Todos siguieron trabajando como si tal cosa. Hubo una voz que sonó más cercana que las demás.

—Te has tomado tu tiempo.

—Sí, tenía que escuchar todo lo que me tenía que decir Patricia antes de salir de casa, teniente.

—Entiendo.

Un brazo poderoso, pero más delgado de lo que recordaba, le pasó por encima de los hombros.

—Por aquí la gente está muy alterada. No estamos acostumbrados a este tipo de escenas. Gracias por venir.

—Ha tardado más de ocho años en descolgar el teléfono y preguntar cómo me encontraba. No se ha molestado en saber si seguía vivo o había perdido ya la cabeza por completo. Hoy he recibido una llamada suya a las cuatro de la madrugada. No he podido resistirme, he comprendido de inmediato que debía de ser algo importante.

El teniente sufrió un rubor repentino, pero el único testigo de su vergüenza fue un perro que solo veía pies circular de un lado para el otro de forma apresurada. Pocos parecían tener objetivos determinados. Como si los que estuvieran por allí se movieran para parecer ajetreados. Daba la sensación de que estaban trabajando, pero no de forma efectiva. El único grupo de personas que se mantenía estático eran los que se encontraban justo enfrente, en la entreplanta.

—El cuerpo se encuentra unos pasos más adelante —acertó a decir el teniente, mientras guiaba de forma sutil a Adriano—. Juan Carlos Hernández, treinta y seis años, casado y con una hija pequeña. Historial limpio. Está justo a los pies del Hércules Farnesio, seguro que recuerdas esa estatua en la entrada.

—Estuve trabajando más de cuatro años aquí, teniente. Conozco los pasillos de este museo casi a la perfección. Pero tampoco voy a mentirle, de eso hace mucho tiempo y por entonces era joven y conservaba los dos ojos. No me fijaba tanto en las cosas. No sé si me entiende.

—Creo que sí —contestó Román, sin estar del todo seguro—. Pero lo que quiero decirte es que, si te he llamado, es precisamente por eso: conoces el edificio y cómo funciona su sistema de seguridad. Recibimos la llamada de uno de los vigilantes. Ahora está siendo interrogado una segunda vez, pero su versión coincide con la grabación de las cámaras. Al parecer, la víctima fue a hacer la ronda y no volvió a la sala de control. Fue él mismo quien salió en busca de su compañero al ver que no contestaba al *walkie* y lo encontró tal y como lo tenemos delante. —Adriano no dijo nada, se limitó a mantener esa expresión vacua propia de los ausentes. El teniente siguió hablando—: El director del museo no vendrá hasta mañana. Esta semana estaba en un congreso de arqueología en Madrid. Va a intentar coger un vuelo a primera hora. De momento, no parece que esté implicado en el asesinato.

—¿Están seguros de que se trata de un homicidio, verdad?

Román fue a responderle: «Oye, ¿tú eres gilipollas?». Pero al instante comprendió que el exagente de investigación que tenía a su lado no podía ver

la carnicería que tenía a escasos metros de donde se encontraban. Así que, en vez de insultarlo, le explicó con todo lujo de detalles que el cuerpo se encontraba en posición de rodillas, con el tronco inclinado hacia delante, la cara en el suelo y los brazos estirados. Las palmas de las manos estaban bocarriba. Daba la clara sensación de que la víctima estaba en una posición parecida a la del rezo de algunas religiones, y así no se muere nadie de forma natural. Digo yo. Además, la víctima también tenía el torso desnudo y la piel de la espalda había desaparecido. Lo habían despellejado. Sangre por todos lados, aunque no puedas verla.

—Está claro que estamos ante alguien peligroso. No se trata de un crimen pasional y cuesta entender que sea la primera vez que mata, a pesar de no tener en la base de datos un caso registrado que sea similar a este. Tenemos que estar detrás de uno de esos locos que disfrutan montando este tipo de teatrillos para que la poli se eche las manos a la cabeza. Ningún principiante se toma la molestia de desnudar a su víctima, colocarla y perder el tiempo necesario para arrancarle la piel de la espalda. Todo eso en medio de la sala de un museo, conste.

—¿Los cortes son precisos? —preguntó Adriano, con el rostro ligeramente inclinado hacia el teniente.

—No parecen. Se acercan más a la chapuza.

—Si es así, no creo que estemos frente a un profesional. Al fin y al cabo, son cuatro cortes. Si el escrúpulo no es un problema, todo eso que ha dicho puede hacerse en menos de tres minutos.

El teniente no dijo nada mientras observaba la espalda despellejada que tenía delante. No le entraba en la cabeza cómo se le podía arrebatar a alguien la vida de aquella manera en tan poco tiempo.

—De todos modos, tendrán al autor en pocas horas. Debe de estar todo grabado en las cámaras —comentó Adriano.

—Este rincón es uno de los pocos del museo que no está vigilado por las cámaras. Supongo que por eso el asesino escogió este lugar para recrearse con su víctima. Solo hay que darse una vuelta por la galería para ver qué zonas están cubiertas por las grabaciones y cuáles no.

—Ya, pero alguien tuvo que llegar hasta aquí para llevar a cabo el crimen. Si no recuerdo mal, todos los accesos, tanto la puerta principal como la sala uno, tienen cámaras de vigilancia. Tuvo que pasar por uno de esos dos sitios a la fuerza para llegar hasta el Hércules Farnesio.

—Si fuese tan fácil, ni siquiera habría descolgado el teléfono para molestarte. Tengo a un equipo viendo las grabaciones de esta noche y no parecen encontrar nada que pueda ayudarnos.

Ahora fue Adriano quien tragó saliva. Necesitó unos segundos para asimilar lo que le estaban diciendo.

—Tenemos a un asesino que se mueve por el museo, pero no es grabado por las cámaras de vigilancia.

—Eso parece. Quizá sea invisible.

—Pero que no se vea no quiere decir que no exista, ¿verdad, teniente?

Román miró el rostro de Adriano e intentó por unos instantes imaginarse cómo sería una vida sin colores. Sin caras alegres. Sin esperanza alguna. Pero todo esto duró poco, nada, el tiempo que su compañero tardase en seguir hablando.

—¿Ha aparecido el trozo de piel de la espalda?

—De momento, no. Parece que el asesino se la ha llevado de recuerdo.

Adriano asintió con la cabeza, como si aquello fuese totalmente lógico.

—¿Se echa en falta alguna pieza en el museo? ¿Se ha llevado algo más?

—Aún es pronto para confirmarlo de manera rotunda, tengo a gente revisando que esté todo en su sitio, pero no parece que el robo haya sido el motivo de todo esto.

—¿Huellas, manchas de sangre, indicios de forcejeo, algo?

—Sangre hay mucha, demasiada para alguien que no esté acostumbrado a este trabajo. Pero aún no tenemos nada. Estamos esperando a ver si, por casualidad, alguna de las muestras coincide con la sangre del asesino. Parece que hubo un pequeño forcejeo, la víctima presenta dos contusiones de objeto romo en la nuca. Además, todo apunta a que el vigilante fue estrangulado antes de que le practicaran los cortes en la espalda y le quitaran la piel. Ningún otro indicio. Al menos de momento.

Los dos hombres se quedaron en silencio. Acho posó su culo en el frío mármol del suelo y sacó la lengua de manera despreocupada, como si el despellejado en el charco de sangre fuese una mera trivialidad. Cosas de humanos.

Adriano intentó recomponer la escena. Un vigilante de seguridad, como lo había sido él durante muchos años, sale a hacer la ronda por la planta baja y lo asesinan antes de subir al primer piso. El lugar escogido no tenía lógica alguna, aunque no estuviese vigilado por las cámaras. Los que disfrutaban

matando suelen ser gente práctica. Escoge el Museo de Cádiz para cometer un crimen, un lugar supuestamente lleno de cámaras y de vigilancia solo complicaba el trabajo. Eso descartaba que el objetivo de todo aquello fuese la víctima en concreto. Su propósito no parecía ser matar a Juan Carlos Hernández, sino asesinar a *alguien* en el Museo de Cádiz. Si hubiese querido acabar con esa persona específicamente, lo habría hecho en otro lugar más seguro. Más cómodo. Un callejón oscuro, un garaje. Cualquier sitio que le ofreciese más tranquilidad y tiempo para disfrutar del proceso.

Un tufo a Carolina Herrera abofeteó a Adriano sacándolo de sus pesquisas. Pero bueno, ¿quién cojones se perfuma para ir a la escena de un crimen? Opción uno, alguien sin experiencia que no sepa que los olores pueden contaminar las pruebas. Opción dos, alguien que disfrute del morbo de pasearse entre los muertos.

Una voz de mujer:

—No parece que el arma homicida esté por ningún lado, teniente.

—No hay arma homicida porque el asesino mató a este señor con sus propias manos. Muerte por asfixia manual mecánica. Las fracturas cartilaginosas de la glotis y del hioides así lo confirman. Ya sabemos que lo estranguló, ¿no? Lo que quiero que encuentren es la herramienta con la que cortó la piel de nuestra víctima.

La joven titubeó. Tardó un segundo más de lo recomendado en contestar.

—Me refería a eso, teniente.

—Pues hable con propiedad, como si fuésemos profesionales, coño. Quiero que coordines con Gamero, dile que se encargue de contactar con el Grupo de Delitos Telemáticos para poner patas arriba el Facebook, el Twitter, el email y lo que haga falta de la víctima. Podría haber tenido un contacto previo con el asesino. Busquen sospechosos entre sus contactos. —Se pasó los dedos por las sienes, como si así pudiese agilizar los pensamientos—. Tampoco sabemos si la ropa de la víctima está escondida por algún rincón de este puto museo. Buscad en todos los contenedores de basura del perímetro. Aquí, ahora, está perdiendo el tiempo, agente. Seguid buscando.

Los zapatos de la guardia civil chirriaron en el suelo dispuestos a marcharse.

—Espere, no se vaya. Tengo una pregunta para usted —dijo Adriano, dirigiendo su rostro de manera poco precisa a la agente—. Hace muchos años que no sé del teniente. Tuve un accidente y se olvidó por completo de mí.

Son cosas que suelen pasar con los tullidos y los enfermos. —Silencio incómodo—. El caso es que, la última vez que lo vi se rapaba la cabeza al cero, como si quisiera ser calvo porque le salía de los cojones. Dígame, por favor, ¿se le ha caído todo el pelo ya?

Quizá Adriano hubiese esperado dejar descolocada por unos instantes a la guardia civil, pero esta contestó de inmediato, sin tapujos. Eso le gustó aún más.

—Calvo como una bola de billar, señor.

—Me alegro.

El teniente tuvo que hacer esfuerzos por mantener la boca cerrada. La señora se marchó dejando tras de sí una estela de perfume, como habría hecho un cometa. Pero sin luz. El sonido de varios flashes seguidos destacó entre el murmullo intranquilo del cuadro de investigación. Adriano se sentía de buen humor. Extrañamente cómodo. Una vez más, allí estaba. Pensaba que nunca más volvería a disfrutar de aquella sensación, aunque esta vez le tocase imaginar la mayor parte de lo que ocurría a su alrededor. Forenses con trajes de bioseguridad, guantes de látex, maletines, cuidado que pisas eso, mascarillas, luces ultravioletas, tarjetas de identificación colgadas del cuello, cordón policial, ya está aquí la puta prensa, sangre, pruebas numeradas, bolsitas de plástico herméticas. Un oficial responsable del caso sin saber por dónde meter mano al asunto.

Tan desesperado como para pedir el auxilio de un invidente.

—Sin huellas, sin grabaciones, sin indicio alguno que nos pueda guiar hasta el autor de esta carnicería. Un muerto con la columna vertebral casi al aire libre a los pies de una estatua de Hércules. La cabeza me va a estallar. Mi carrera puede estar en juego con este caso. Y tú preocupado por mi salud capilar.

Adriano se encogió de hombros. Y, además, dijo esto:

—Que el asesino se haya tomado tantas molestias en la posición del cuerpo, en hacerlo en este lugar concreto, a pesar de las dificultades, nos lleva a pensar que ha querido dejarnos un mensaje.

El teniente se quedó observando el rostro deformado de su compañero. A la espera. Con la esperanza de que continuase hablando y le diera alguna buena noticia. Eso nunca ocurrió. Así que tuvo que sonsacárselo él mismo:

—Un mensaje. Vale, ¿pero cuál? ¿Qué nos está intentando decir este puto loco?

—¿De verdad? ¿De verdad que ninguno de los que estáis aquí lo ha visto todavía?

CAPÍTULO 7

06.45 h. Museo de Cádiz, 25 de abril de 2016

Cincuenta y tres tacos, dos hijos, uno casado y la otra en Montpellier de traductora en una empresa francesa. Sin pelo desde hacía unos cuantos años. El bigote ya tiraba más al color blanco que al negro y la barriga empezaba a asomar por encima del cinturón. ¿Hipoteca? También, claro. Además era viudo. Cáncer. ¿Para qué decir más? Si acaso que había dedicado toda su vida al cuerpo. Como detalle: a los dieciocho años guardia civil. Baeza, Ceuta y Mallorca. A los veintisiete sargento, Baeza de nuevo para la academia, no existe peor época profesional que esa. Luego Madrid y Sevilla. A los treinta y nueve alférez, Aranjuez y Valencia. Teniente: San Sebastián y Cádiz.

Carrera impecable, tres cruces con distintivo blanco y una de plata, un historial limpio e impoluto. Una vida ejemplar, una máscara perfecta para que los secretos queden bien camuflados. Ocultos detrás de una pantalla de medallas y honores, como el que esconde la mierda debajo de la alfombra.

Fue en San Sebastián, en el cuartel de Intxaurreondo, donde coincidió con el sargento Adriano. Por entonces, lo recordaba joven y con ganas de comerse el mundo. Despreocupado y volcado con su profesión, como aquel que confía en que la salud le va a acompañar toda la vida. Durante los años que estuvo allí destinado, Román alquiló un piso en la otra esquina de la ciudad, a más de quince minutos del cuartel. Desde allí pudo sentir la explosión y, por aquellas, cuando se escuchaba un reventón, todos sabían quiénes habían sido. Mala suerte el chaval este, oye.

Lo llevó hasta el final de la sala tres del museo, lejos de la escena del crimen y de los oídos curiosos. Se dirigieron al pequeño cuartucho de descanso que había antes de entrar en los aseos. Allí lo guio agarrándolo por la muñeca, quién te ha visto y quién te ve, hasta unos sillones negros para que se sentase. Antes de que Acho se colocase al lado de su dueño, el teniente

ordenó lo siguiente al agente que los acompañaba:

—Café.

—No son ni las siete de la mañana, teniente. Va a estar complicado encontrar algo abierto por la zona.

—Dos con leche. Búscate la vida.

El guardia civil se retiró mientras que el sonido decidido de sus pasos podrían haberse traducido por: «No estuve nueve meses en la academia para hacer ahora de recadero» o «Me cago en los muertos del gilipollas de mi jefe». Cuando las zancadas indignadas estuvieron lo suficientemente lejos, se oyó la voz grave de Román:

—Prefiero que esto quede entre tú y yo. Todo el cuadro de investigación sabe que te he llamado para consultarte, pero creo que cuanto menos te vean metido en el ajo, mejor.

—No tiene ganas de dar explicaciones a los de arriba.

—Más o menos. —El teniente se sentó a su lado. Acho se dejó acariciar la cabeza—. El caso es que quiero dejar claro que estás aquí voluntariamente, te he llamado de forma extraoficial porque necesitaba tu ayuda.

—Vamos, que no voy a cobrar ni un duro por las horas que quiera dedicarle a esto. Y si el caso se resuelve, será el teniente Román quien se lleve las medallas. —Adriano hizo una pausa, se encogió de hombros y siguió hablando—: Así es como siempre hemos trabajado, no hay nada de extraordinario en esto. Además, he venido cómodo. No considero que esté trabajando.

El teniente dejó escapar media sonrisa mientras observaba a su viejo amigo vestido de pijama. Aún sentía un pellizco en el estómago al verlo detrás de esas gafas opacas. Al fin y al cabo, habían sido muy buenos compañeros, aunque el tiempo, ¿el tiempo?, los hubiese distanciados un poco. La sonrisa se esfumó en pocos segundos. Maldita sea, debí llamar a este tío, al menos para preguntar cómo estaba. Puto desastre.

—El café lo pago yo.

—Teniente, es usted espléndidamente generoso. Pero pierde demasiado el tiempo. Va a amanecer y no me gustaría que Patricia se fuese al trabajo sin que yo hubiese regresado a casa. Creo que le dejé claro por teléfono que no está muy conforme con que esté yo por aquí, mezclándome con criminales, compañeros de pegatina y charcos de sangre. Desde el accidente me tiene por alguien indefenso. Entre otras cosas.

Román miró fugazmente el reloj. Se frotó las manos y apoyó los codos en las rodillas a la vez que se giraba en el asiento para quedar enfrente a Adriano. Este dirigía la cara hacia la nada, como si tuviese el don de ver a aquellos que ya habían abandonado este mundo.

—Está bien, dispara. ¿Qué es lo que aún no hemos visto y tú sí?

—Creo que el cuerpo no está en una posición de rezo. ¿Puede parecerlo? Supongo. Pero me inclinaría más a pensar que está realizando una ofrenda. Me dijo usted que tenía las palmas de las manos hacia arriba, ¿no?

—Sí.

—En dirección al Hércules Farnesio.

—Así es.

—Pues eso, una ofrenda.

El teniente se removió en su asiento. Miró al perro, a ver si este entendía algo, pero los dos se intercambiaron sendas miradas bobaliconas.

—Bueno, una ofrenda. ¿Y qué?

—Los doce trabajos de Hércules. ¿Le dice algo?

—Me parece que no.

—Bien, intentaré ser breve. —Adriano hablaba casi sin moverse, con las manos apoyadas en los muslos de las piernas y el torso recto, como si a la vez de haber perdido la vista fuese incapaz de gesticular con naturalidad—. El cuerpo se encuentra a los pies del Hércules Farnesio, la estatua de este museo es una réplica de la original, pero representa lo mismo: un Hércules cansado, apoyado en su maza, después de hacer los trabajos.

—¿Pero qué trabajos?

—Déjeme hablar, coño. —No movió ni un dedo de la mano, pero la cabeza sí que se agitó levemente—. Según la historia tradicional, Hera, una diosa que poco importa ahora, provocó un ataque de ira a Hércules y este mató a su mujer e hijos.

—¿Que Hércules mató a su familia?

—Sí.

—Joder, eso no sale en las películas.

—El caso es que, por lo visto, al despertar de la locura que le había provocado Hera, sintió un gran dolor y vergüenza, por lo que se retiró solo a tierras salvajes. Se aisló de la sociedad. Apunte esto. Puede ser importante.

—Se aisló de la sociedad. Vale, ¿adónde quieres llegar?

—Al cabo de los años, después de hablar con uno, hablar con otro, fue al

oráculo de Delfos. Le encomendaron diez trabajos, o doce, según alguna versión, para redimirse del asesinato de su familia. Asesinato de su familia, eso lo ha apuntado también, ¿no?

—Sí.

—Vale, pues en esos trabajos que le permitirían conseguir el perdón de los dioses, el primero de todos ellos era matar al león de Nemea. Un león de cojones. Tenía la piel tan dura que ni las flechas ni las espadas eran capaces de atravesarla. ¿A que no sabe cómo lo mató?

El teniente negó con la cabeza. Se dio cuenta al instante.

—No —dijo.

—Lo asfixió con sus propias manos.

Silencio. Un, dos, tres segundos.

—Mierda, igual que a nuestra víctima.

—Igual que a nuestra víctima.

Volvieron a callar. El teniente con la intención de pensar y poner las ideas en orden. Adriano para dejarlo hacer. Las manecillas del reloj de la sala parecieron ganar potencia en el silencio. El golpeteo de los segundos se hizo incómodo. Insoportable. Román se llevó la mano a la frente. ¿Qué mierda de historieta es esta?

—No es suficiente. Si les cuento esto a mis jefes dirán que está todo cogido con pinzas. No es una prueba objetiva. Parece más un intento desesperado por encontrar la coincidencia entre la estatua y el crimen que una prueba seria. Además, esto no nos lleva a nada. No nos abre ninguna puerta. La víctima asfixiada, Hércules también asfixió a un león. Seguro que hizo muchas otras cosas. Coincidencia. No creo que nos valga para iniciar una línea de investigación en esa dirección.

—Ahora sigo hablando. ¿Verdad, Acho? —Fue la única vez que se movió para dirigirse al perro. Una vez de vuelta a su posición de maniquí, continuó —: En realidad, el primer trabajo no solo consistía en matar al león, sino que también tenía que despojarlo de su piel.

—Mentira.

—Eso cuenta la historia.

—Putá mierda. Exactamente igual que a nuestra víctima.

—Exacto. Hércules estranguló y despellejó al león de Nemea en el primer trabajo. Nuestro asesino asfixia y despelleja a su víctima delante de la estatua del Hércules Farnesio, que representa al héroe descansando después de esos

trabajos. ¿Necesita algo más? —Román fue a contestar, pero Adriano no le dio tiempo—. Si vuelve al vestíbulo y se fija en la estatua, verá que tiene algo parecido a un trapo apoyado en el bastón. Bien, pues eso no es un trapo cualquiera. Es la piel del león de Nemea. El héroe, aparte de trofeo, la utilizaba como armadura. No se extrañe de que nuestro asesino ande por ahí con un trozo de piel humana sobre los hombros. Hay gente para todo, ¿no? ¿Cuándo va a llegar ese maldito café?

El teniente se levantó del sofá. Anduvo en aquella dirección y en esta otra. Se llevó las manos a la calva. Sopló. Se peinó el bigote con la punta de los dedos. Se volvió a sentar y quiso hablar, pero antes intentó calmarse un poco.

—Vale. Son demasiadas coincidencias. Hay razones suficientes para tomar en cuenta tu hipótesis. El asesino quiere que sepamos que este ha sido su primer trabajo. ¿Es eso?

—Es posible.

—Si les presento esta historia de locos a los de arriba, tendré que exponerles que nos enfrentamos a un asesino metódico. Una mente ingeniosa y retorcida capaz de cometer un crimen en un lugar vigilado sin dejar rastro alguno. Un intelecto superior que nos deja un mensaje para que vayamos detrás de él. Un asesino al que le gusta jugar con sus víctimas y con la Policía, como si el simple poder de arrebatarse vidas no fuese suficiente para calmar su sed. Pero lo peor de todo es que nos está restregando en la cara que va a seguir matando. Esta es la primera víctima de cuántos, ¿diez? ¿Doce trabajos? ¿Qué locura es esta? Esto es solo el comienzo de algo muy peligroso.

—Es la sensación que me da. No creo que se conforme con esta primera obra. Los asesinos de este tipo no suelen saciarse con facilidad. Trabajan bajo unas reglas, un código. Y puede que nosotros sepamos cuál es ese patrón. Al menos, parte de él.

—Los trabajos de Hércules —susurró el teniente casi para sí mismo. Pero los ciegos y los perros tienen buen oído.

A la sala se acercaron unos pasos. El teniente agarró los vasos de cartón y ordenó retirarse al camarero con uniforme de guardia civil sin dar las gracias. Los pasos volvieron a alejarse. CLACK, CLACK, CLACK, Clack, clack. Cualquiera día le parten la boca a este hombre. Ahora Román se presentaba cansado, abatido. Incluso podían adivinarse unas ojeras prematuras en sus ojos. Como si el cuerpo se hubiese dado cuenta de que eran más de las siete

de la mañana y aún no se había acostado. Dieron unos tragos. Adriano se quemó la lengua y dejó enfriar el café un rato entre las manos. Lo que me hacía falta era perder también la lengua, *cagondiós*.

—¿Cómo sabes tanto? Es decir, ¿cómo ha podido tu cabeza enlazar una cosa con la otra? ¿Cómo conoces todo sobre la historia de Hércules?

—No conozco toda la historia de Hércules, no soy ningún entendido. Trabajé en este museo durante más de cuatro años. Eso son muchas guardias y muchas horas muertas, ya que estaba por aquí me interesé un poco por la historia de Cádiz y sus personajes. Soy un hombre curioso, nada más. Yo conocía todo lo que representa la estatua donde ha aparecido el cuerpo y su equipo de investigación no. Es normal que ellos no caigan en relacionar lo uno con lo otro. No hay más ciego que el ignorante, ¿no?

Román no supo si esto último era una broma o una lección de humildad para aquellos que cuestionaban la aparición de un invidente en la escena del crimen. Igual daba, ahora mismo la prioridad era cazar a ese sicópata antes de que siguiera matando gente. Tenía que informar de esto a sus superiores. Iba a necesitar permisos para adelantarse y esperar al asesino en su próxima aparición. Iba a abrir la boca, para preguntar. Pero fue Adriano quien le disipó las dudas.

—El segundo trabajo es matar a la hidra de Lerna. Si me va a preguntar dónde va a realizar su próximo asesinato, no tengo ni la más remota idea. Así, a bote pronto, no caigo en ningún lugar de Cádiz donde haya una hidra. Si se me ocurre algo, le avisaré. No se preocupe. Creo que he brindado toda la ayuda que he podido al cuerpo de la Guardia Civil y a la justicia. Ahora le toca a usted comerse la cabeza, que va implícito en su sueldo. Espero que tenga suerte. Yo tengo que ir a casa, Patricia querrá hablar conmigo antes de irse al trabajo para preguntar cómo me ha ido y todas esas cosas. Deséeme suerte también.

Acho ladró, como si le estuviera dando la razón a su dueño. Se tenían que ir, ¿oyen eso? Son pajarillos, ya empezaba a amanecer. Dos contra uno. Así que el teniente se quedó allí sentado, reflexivo, viendo como Adriano se alejaba a través de los pasillos del museo, guiado, sometido a la voluntad de un perro.

Bueno, al menos no tiene que cambiarse de ropa para meterse ahora en la cama a descansar.

Pensó.

CAPÍTULO 8

08.03 h. Piso franco, 25 de abril de 2016

El incienso ya estaba preparado.

Albornoz blanco y paso lento, marcial, ritualístico. Remangado hasta los codos, las palmas de las manos hacia arriba y el trozo de piel descansando en sus antebrazos. Los restos de sangre no daban para chorrear, pero sí se mezclaban pringosos con la tinta de sus tatuajes. Cuando estuvo delante de Hera, la miró a sus ojos de piedra y admiró su rostro impassible e indemne al tiempo. La estatua le devolvió la mirada y este la sintió en lo más profundo de su ser.

¿Quién era el payaso del pijama y las gafas de sol? ¿Se estaban tomando sus trabajos a chiste o qué? Había visto a ese capullo entrar en el museo con un perro, además, para llenar todo su esfuerzo de pelos y babas. Humillante. Dudaba mucho de que ni siquiera fueran capaces de seguirle la pista. Panda de asquerosos. Seres inferiores que creen tener el peso de la justicia en sus manos. Ese poder solo está reservado para los dioses.

Se había camuflado entre algunos curiosos que miraban el dispositivo policial desde la plaza de Mina. Era una hora mala para tener un público rebosante, pero la prensa y algunos fisgones, sobre todo vecinos de la zona, alertados por las sirenas, borrachos de recogida o algunos que iban camino del trabajo se quedaban por allí para cuchichear y hacer como si trabajasen en el FBI, intercambiando chismes e información que se alejaba mucho de lo que había ocurrido. Por norma general, para Alceo no era nada fácil pasar desapercibido con el cuerpo y la cabeza cubiertos de tatuajes. La gente suele mirar a los tatuados como apestados, como si decorarse la piel de uno mismo fuese cosa de convictos o desechos sociales. Pero los pocos que se reunían allí como moscas bobaliconas atraídas por la luz eran gente llana. Cerebros vacíos. Comunes. Mentees simples sin ambición ni aspiraciones que se

conforman con el morbo del *qué habrá pasado*. Alceo llegó a imaginar cómo todos habrían huido de forma desfavorada si hubiesen sabido que el autor del espectáculo se encontraba entre ellos, con casi medio metro cuadrado de piel humana envuelta en una bolsa de plástico dentro de su mochila. Tuvo que aguantar las ganas de sonreír.

Parecía una tontería. Pero había trabajado mucho para que todo saliese bien. Manda cojones que no pudiese ni mostrar su felicidad allí en medio.

Total, que en ningún momento vio peligrar su identidad, aquella madrugada la atención estaba centrada en las puertas del edificio. Pudo ver, como uno más, el fruto de su obra. De su primer trabajo.

Estiró los brazos y colocó con suavidad el trozo de piel, como si fuese la seda más valiosa del universo, sobre la mesa de madera donde descansaba su diosa. Sentada en el trono, pareció agradecerse con un suspiro de bienestar. Como si la imitación a piedra esculpida fuese algo más que eso. Y en el torrente de gozo que provoca honrar a los dioses, hincó una rodilla en el suelo de su santuario, a los pies de Hera. Enemiga. Responsable de su trastorno. Salvadora. Guía eterna de los cielos.

Se retiró el albornoz manchado de sangre de una sacudida. Agachó la cabeza y cerró los ojos. Estaba preparado. A los pocos segundos las manos de Jenica palparon el tatuaje de su hombro izquierdo. Lo acarició. Con cariño. Con respeto. Como la que acaricia el bordado de un tapiz milenario. La cabeza del león de Nemea cubría la totalidad del deltoides, dejando caer sus melenas hasta la mitad del brazo. En la parte inferior del tatuaje, por encima del codo, se leía:

Σκοτώστε το λιοντάρι της Νεμέας^[3]

Entonces sintió el filo de la hoja presionar su piel. El frío del metal desapareció pronto, vencido por el calor de la sangre. De la carne al rasgarse. Jenica sujetaba el cuchillo con fuerza, con seguridad, mientras cruzaba el rostro del león con la cuchilla en diagonal. Un labio de carne abierta atravesaba ahora la mitad del león de Nemea. Aquello era un dolor semejante al de la aguja penetrando en el pellejo mientras inyectaba tinta. Pero más intenso, más profundo, más divino. Alceo se dejó llevar por el sufrimiento y por el escalofrío que comenzaba a recorrerle el cuerpo. Se había empalmado. Jenica colocó la punta afilada en la otra esquina del dibujo y comenzó a

marcar el siguiente corte de manera pausada, lenta, favoreciendo así el éxtasis de Alceo. La segunda brecha cruzaba la anterior en una equis casi perfecta, de lado a lado. El hombre respiraba de manera arrítmica pero no se había movido ni un milímetro en su pose de sacrificio. Rodilla derecha en el suelo, cabeza agachada. Ojos cerrados. Cuando Jenica terminó, dejó el cuchillo en el suelo, se puso de pie y se fue de la sala sin decir nada. Cuando ya está todo dicho no hace falta palabra alguna.

Alceo se quedó allí durante unos minutos, sintiendo la tibieza de la sangre resbalar desde el brazo hasta la punta de sus dedos. El dolor reconfortante del deber cumplido. Abrió los ojos y se miró el hombro izquierdo: el león había desaparecido, oculto por el amasijo de carne rajada y el velo escarlata de la savia de los mortales.

En ese instante no pudo aguantar las lágrimas. Las dejó libres en su recorrido, como si hubiesen estado reclusas durante mucho tiempo. Había estado tantos años perdido que encontrarse a sí mismo había sido como volver a renacer. Ahora tienes una segunda oportunidad, gracias a los dioses, gracias a su misericordia. Cualquier sacrificio le sabía a poco. Todo por demostrar que estaba verdaderamente arrepentido.

La primera ofrenda se había realizado. Quedaban muchas otras, pero se sabía encauzado en el camino correcto. Solo tendría que dejarse llevar por la corriente divina.

Sus lágrimas, por primera vez en su vida, habían sido de felicidad.

CAPÍTULO 9

08.27 h. Calle de la Torre, 25 de abril de 2016

Angustia.

Cuando abrió las puertas del piso las patas de Acho se alejaron rítmicamente hasta la terraza, como si llevase tiempo deseando tener un rato para sí mismo. Su mujer ya se había marchado al trabajo y el vacío de aquellas habitaciones podía llegar a respirarse. Entraba por las fosas nasales como un gas tóxico capaz de deshacer a un hombre desde las entrañas. En el taxi, de camino a casa, había tenido hambre: cuando llegue me como una tostada, una magdalena, algo. Pero esta pareció esfumarse de inmediato, como si el saberse solo en el apartamento le hubiese llenado el estómago. Dejó las gafas de sol, la cartera y las llaves sobre el mueble del recibidor. Encendió la radio. Y la volvió a apagar. Vivía con un eterno temor a que el ataque de ansiedad lo venciese. Se sentía más vulnerable cuando se sabía solo. Rodeado de esa oscuridad danzante que lo perseguiría el resto de su vida. La gente se piensa que cuando uno pierde la visión es como si se apagasen todas las luces. Y ojalá fuese así. De hecho, Adriano echaba muchas veces de menos la tranquilidad, la calma de la oscuridad plena. Sus nervios oculares habían quedado totalmente desconectados con el exterior, pero parecían luchar constantemente por encontrar algo de luz. Ahora tenía un fondo oscuro con cientos de puntos violetas a su alrededor. Aunque, en realidad, habían acabado de cambiar a verde. Una nube celeste había aparecido ahora en el centro acompañada de manchas amarillentas. Algo naranja amenazaba con abrirse paso y romper el conjunto entero. Como en una explosión de colores. El resto de su campo de visión estaba ocupado por extrañas formas flotantes, garabatos y borrones que eran imposibles de analizar, no antes de que todo cambiase de nuevo a cualquier forma. Es como si la oscuridad tuviese su propia danza. Su propia melodía.

Y este festival de colores y de formas era imposible de evadir. Tenía la carne de los párpados fundida, por lo que el efecto de abrir y cerrar los ojos había desaparecido. No había descanso. Lo única opción que tenía cuando esta sensación de ahogo le asaltaba era la de centrarse y regular la respiración. Intentar relajar las pulsaciones.

Mejor me acuesto. Ya me ducho cuando llegue esta mujer del trabajo.

Y llegó hasta el dormitorio, tentando paredes, acariciando la madera de los muebles. Sí, aquí está la cama. Puso los brazos en cruz y se dejó caer de espaldas al colchón, como el que se tira al vacío. Sin cuerda.

¿Habrá sentido alguna vez el asesino del museo una soledad similar?

Adriano se dejó arrastrar y hundió los pensamientos en una neblina de opaca y reparadora inconsciencia.

12.17 h. Aula nueve del colegio San Felipe, 25 de abril de 2016

El calor en aquella aula era sofocante. De vez en cuando, alguna alumna levantaba la vista del pupitre para abanicarse unos segundos con la portada del libro de texto. Hoy no le apetecía conversar mucho. Lo de dar clase ya ni para qué hablar. Una leve presión en la sien izquierda le estaba atormentando desde que se había despertado, ¿despertado?, levantado de la cama sería más correcto. Una vez que Adriano se marchó no pudo pegar ojo en toda la noche. A saber cómo estaba, dónde estaría metido. Porque ni pensar de lejos que Román era amigo de su marido. Los amigos no desaparecen cuando más falta hacen. Digo yo. Parece que los ovarios me van a estallar. Los veinte ejercicios de matemáticas que había mandado debían de ser suficientes para mantenerlos ocupados durante la hora de clase.

En un momento dado, un niño levantó la mano.

—Seño, ¿puedo ir un momentito a la fuente del patio a rellenar la botellita de agua? Se me ha acabado. —Y lo dijo con cara de pena, de nómada que deambula por el Sahara, mientras enseñaba la botella de plástico en alto para que todos vieran que era verdad. Que se le había acabado el agua.

—No, Carlos. Tienes que terminar antes los ejercicios, ya está bien de tanto salir y entrar de clase.

Entonces un murmullo colectivo se levantó en el aula ante la negativa tan rotunda. Ante las ganas de los compañeros de cachondearse del listillo. A

Patricia le pareció escuchar como una chica le susurraba a su compañera de pupitre:

—A la seño hoy le pasa algo.

Y estalló. ¿Sería por el calor? ¿Por las náuseas? ¿Por el dolor de cabeza? Entre otras cosas. Que se callaran, que si ya eran mayorcitos, que si no acababan los ejercicios los harían en casa, que si iba a ponerle una nota a los padres, que si esto, que si lo otro.

¿Deberes para casa? Callaron en cuestión de segundos. Fue ahí, en ese silencio de colegio de primaria, donde decidió que no podía seguir alargando esa situación. Se prometió que pronto pediría cita con su médico de cabecera.

CAPÍTULO 10

15.27 h. Calle de la Torre, 25 de abril de 2016

Huevos, filetes de pollo y patatas fritas. Algo ligerito de hacer. Era lunes. Y los lunes tenía clase hasta última hora. Llegar a casa, hola, cariño, hola. Y ponerse a cocinar. En realidad, hablaron de esto y de aquello, pero todo banalidades. La conversación y las preguntas que ella necesitaba hacer tuvieron lugar sobre la mesa, como si también las masticaran.

—¿Y qué tal, cariño? ¿Cómo te fue en el museo?

—Bien.

—Por lo visto, la prensa aún no se ha hecho eco de la noticia. Supongo que habrá sido por la hora en la que ha ocurrido todo. A lo mejor sacan una tirada especial esta tarde. No sé. En el colegio no se habla de otra cosa. Incluso tuve que mandar callar a uno de mis alumnos que no hacía más que incordiar a los niños con que había un asesino suelto por las calles de Cádiz. Ya sabes, las cosas de los críos. —Sonidos de cuchillos y tenedores pinchando en los platos. Un trago de agua—. Me extrañó que no estuvieses en casa antes de irme. —A decir verdad, le molestó. No estaba acostumbrada a que su marido estuviese desatendido, solo, sin su protección—. Parece que Román necesitó bastante de tu compañía, ¿no?

—Sí.

Las servilletas, al limpiar una boca, también hacen ruido. Acho parecía estar en la terraza mordisqueando vete tú a saber.

—Espero que no te moleste más. Esa gente no son nuestros amigos, nunca lo han sido. No piensan en nada. Involucrarte en casos tan violentos no te viene nada bien.

—¿Qué sabrás tú?

Así, en ese tono. Susceptible, desagradable, con amargura. Nada de tesoro, cariño o bomboncito, como antes. Patricia se sulfuraba y se le humedecían

los ojos, pero veía a Adriano tan perdido, tan apagado, que prefería contenerse. Según qué días se desahogaba con alguna compañera del trabajo. Pero no todo ni lo más íntimo ya que, amigas, lo que se dice amigas, no tenía. El matrimonio, o mejor dicho, el accidente, le había alejado de la calle. Se relacionaba esporádicamente con sus compañeros de trabajo. Y, por lo demás, prefería raparse al cero antes que sincerarse con su madre. Le había retirado la palabra desde que insinuó que nunca sería feliz al lado de lo que había quedado de su marido.

Cosas de madre.

—¿Por qué me hablas así? Solo me preocupo por ti.

Adriano no contestó. Sondeaba con el tenedor un trozo de filete para pinchar. Cuando vio que era incapaz de encontrar nada más que patatas fritas, se encendió.

—Es que no tienes ni puta idea. Estoy hasta los cojones.

A veces no aguantaba más. Y encima estos calores. Qué narices, yo también tengo mis sentimientos. Así que ella expresó su parecer sin mostrarse demasiado alterada.

—Yo también estoy cansada de que me hables así.

—Y yo de que dirijas mi vida. —Al carajo los cubiertos y la comida. Tampoco es que estuviese excesivamente hambriento—. Qué sabrás tú lo que me puede venir bien o no. Déjame en paz.

—Solo quiero lo mejor para ti. —El timbre de voz era ahora un poco más vibrante, menos estable. Como si estuviese a punto de quebrarse.

—Pues desaparece un rato. Estoy cansado de ser la sombra de mi mujer.

Adriano se levantó de forma tosca. Un tenedor cayó al suelo haciendo la escena aún más desagradable a los oídos. Fue tanteando en dirección al dormitorio. Quería estar solo. Necesitaba aquello que unas horas antes lo había atormentado. Cosas de humanos. Una situación ridícula: estaba cabreado, pero avanzaba de forma lenta y torpe, con las manos estiradas. Era incapaz de retirarse con la dignidad y la altanería de los enfadados. Antes de que acertase a cerrar la puerta del dormitorio tras de sí, Patricia dijo:

—Seguiré aquí, sabes que vivo solo para ti.

Adriano se giró lentamente. Como si pudiera mirarla. Incluso pareció arrugar el entrecejo, como para verla mejor.

—¿Solo para mí? ¿Estás segura?

No pudo. No pudo verle la cara, mirarla a los ojos, escrutar su mirada

huidiza. Pero el silencio fue suficiente.

Y entonces, el portazo de marras.

¿Qué era ese escándalo? Acho se asomó por la puerta de la terraza para ver qué ocurría. Su dueña llorando en silencio y el otro encerrado en su habitación. Estos dos siempre están igual.

03.33 h. Calle de la Torre, 26 de abril de 2016

Antes de despertarse gritando y dando bocanadas en la negrura del dormitorio, la misma secuencia de imágenes que lo mantenían al borde de la locura volvió a repetirse en el sueño.

Con la mochila a la espalda donde llevaba la ropa sucia del día de trabajo, salía andando por la puerta del cuartel de Intxaurre. Aquella escena parecía una película. A todo color, como si Adriano pudiese disfrutar más de la realidad esponjosa que se esconde debajo de las almohadas que de la vida misma. El tinglado creado por el hipotálamo era una copia exacta de aquella mañana de verano de 2008.

El sol templaba como si fuese real, creando esa atmósfera de serenidad y tranquilidad que suele preceder a las catástrofes. Las mismas personas sin rostro de siempre andaban por la calle, el quiosco de la esquina, los coches aparcados a lo largo de la avenida, el olor a asfalto caliente. En el edificio de la acera de enfrente, a escasos metros, la pintada que había aparecido unos días atrás: «*Txakurra*^[4] *badabum*».

Un hombre se acerca en dirección a la entrada del cuartel, el único ser que parece tener una cara nítida, con personalidad. Un señor robusto, de piel curtida y con una leve cojera. Su mirada es penetrante, como si encerrara la sabiduría que le corresponde a los muertos. Unos ojos profundos y cósmicos acompañados de una sonrisa plácida. Paz eterna.

Pero no habla. Nunca lo hace. Solo sonrío. Es el único detalle que le hace pensar fugazmente a Adriano que aquello se trata de algo extraño. De una réplica onírica de la mañana en la que aquel vendedor de cupones sí abrió la boca para dirigirse a él. Pero aquella sensación volátil se esfumó al instante. Lo único que hizo aquel señor fue mostrarle un cupón de lotería con los números dos, cero, cero, ocho. Un número que tampoco correspondía con el que le ofreció aquella mañana, pero que desde entonces se le había aparecido

en todos los sueños. Como si el año del incidente se hubiese quedado impregnado en el subconsciente, de la misma manera que lo puede hacer una marca de hierro incandescente.

Adriano intenta hablar, para decir que no, que no lo quiere, que nunca juega a la lotería. Pero todo queda en un sonido ahogado por la explosión que tiene lugar a menos de treinta metros de la puerta del cuartel de la Guardia Civil. Luz, calor, viento y el empujón.

El empujón que lo arrojaría hacia la oscuridad perpetua.

Luego le contarían que una bomba trampa colocada por ETA en una mochila explotó justo cuando estaba saliendo del trabajo. Diez kilos de amonitol y otros dos de metralla metidos en una olla exprés conectada a un temporizador fueron suficientes para destrozarse dos vidas en un microsegundo. El señor que se ganaba la vida vendiendo cupones de lotería no volvió a despertar, quedando solo para figurante en los sueños de los vivos. Adriano sí que volvió a despertar en la UCI, pero lo hizo en un mundo de tinieblas y pesadillas del que nunca podría escapar. La metralla le provocó lesiones graves a nivel pélvico y en extremidades, además del estallido de los dos globos oculares. Jubilado por incapacidad a los treinta y seis años, con la paga máxima que se podía conseguir en tales casos, portada en todos los periódicos nacionales y condecorado con la cruz de oro de la Guardia Civil.

Ahora, en su cama, solo gritaba. Con la frente regada de sudor y las manos perdidas, rebuscando en la oscuridad infinita del dormitorio un asidero, algo que lo mantuviese atado a este mundo. De pronto, el calor de su mujer. Patricia lo envolvió en un abrazo suave y tibio. El olor a narcisos de su camisón y el latir acolchado del corazón lo devolvió a la negra realidad.

Adriano gritó y se acurrucó como un niño desconsolado al único rincón reconfortante que le había quedado en la vida. La quería. Joder, la amaba. Pataleó y chilló hasta desgarrarse la garganta de impotencia y rabia. Porque ante las injusticias, por norma general, solo se puede hacer esto último.

Le habían robado los ojos, las sonrisas y los rostros de sus seres queridos. Pero lo peor de todo era que también le habían arrebatado el consuelo inalienable de poder llorar.

CAPÍTULO 11

Diario de Cádiz del 26 de abril de 2016

Portada a todo color: las puertas del museo amaneciendo con el cordón policial. Un vehículo de la Guardia Civil y una ambulancia aparcados justo en la entrada. Un agente subía las escalinatas del edificio. Sus piernas salían borrosas en la instantánea, como si fuesen las del Correccaminos antes de salir disparado. Titular: «Brutal asesinato en el Museo de Cádiz». Y abajo, con una fuente un poco más reducida y menos llamativa, se invitaba a leer más sobre lo ocurrido en la página diecinueve.

—*Quilla*, venga, lee en voz alta. A ver qué dicen.

—Voy.

El sonido de varias páginas del periódico. Si las pasa para delante, suenan de una forma; si va para atrás, de otra.

Juan Carlos Hernández, vigilante de seguridad que trabajaba en el Museo de Cádiz, ha sido asesinado mientras prestaba servicio la pasada madrugada del 24 de abril. Fuentes policiales precisaron que el crimen se cometió en el interior del edificio, siendo el cuerpo encontrado por su propio compañero (A.P.A.), que fue en su búsqueda ante la tardanza de la víctima al volver de su ronda habitual.

El fallecido fue descubierto con el torso desnudo y sin la piel de la espalda. De inmediato, los agentes de homicidios iniciaron las gestiones para explicar lo ocurrido y constataron que la víctima había sido estrangulada antes de que la piel le hubiese sido sustraída.

De momento, no se ha producido ninguna detención y la Guardia Civil sigue investigando para esclarecer este asesinato. A falta de pruebas concluyentes, las autoridades solo se han querido pronunciar para declarar que están trabajando sobre las grabaciones de las cámaras de seguridad del

edificio y el análisis de dos posibles tipos de sangre encontrados en la escena del crimen.

—Espera, espera —pidió con la mano levantada y el rostro inclinado, con la oreja dirigida hacia la fuente del sonido—. ¿Dos tipos de sangre?

—Sí, eso pone aquí —contestó Patricia, señalando el párrafo del periódico, como si así pudiera convencer al ciego de que no le estaba mintiendo.

—Me cago en la madre que me parió. Sigue leyendo.

La esposa de la víctima se encuentra bajo supervisión sanitaria, además de contar, junto a su hija de siete años, con protección policial preventiva. El director del museo, Francisco Mora, ha declarado el cierre de sus puertas hasta que el caso se haya esclarecido. En un principio, el compañero que encontró el cuerpo y compartía turno de guardia con la víctima queda libre de toda sospecha, ya que su coartada concuerda con las grabaciones de las cámaras de seguridad, a pesar de que ninguna de ellas haya sido capaz de grabar al culpable de tan brutal asesinato.

Los portavoces de la Guardia Civil comunicaron en una rueda de prensa organizada ayer por la tarde que los gaditanos no deben perder la calma, pero piden cautela para los vecinos de Cádiz y las ciudades colindantes. Además, han puesto a disposición de todos los ciudadanos una línea telefónica gratuita para aquellos que crean tener información relevante sobre lo sucedido.

«Tenemos razones para pensar que el homicida puede seguir actuando en los próximos días. Así que cualquier indicio o sospecha por parte de los ciudadanos puede servirnos de mucha ayuda», declaró el coronel Trujillo, jefe de la comandancia de Cádiz.

—Vaya panda de inútiles. No creo que haya mejor manera de mostrar debilidad e incompetencia que pidiendo ayuda a los ciudadanos para resolver un caso. «No deben perder la calma». Vaya estupidez. Así solo se consigue justo lo contrario.

Patricia no dijo nada, continuó con el dedo por donde había dejado la lectura. Como si así pudiera pisar las letras para que no se fuesen corriendo. Adriano suspiró y se llevó las manos a la cara. Eso que sentía no era vergüenza ajena. Para él, la Guardia Civil no tenía nada de ajeno, aunque le

hubiesen dado dos patadas como a un perro cuando dejó de estar apto para el servicio. Lo sentía muy dentro. Un dolor muy parecido al que produce la decepción de un ser querido.

—¿Dice algo más?

—Casi nada, solo faltan un par de frases.

—Termina.

La investigación está siendo llevada a cabo por agentes de la Unidad Orgánica de la Policía Judicial y está contando con la colaboración de la Unidad Central Operativa, bajo el mando del teniente de la Guardia Civil Carlos Román López.

—Ahí está, el muy capullo. Sabía yo que no acababa el artículo sin que apareciese su nombre.

CAPÍTULO 12

10.47 h. Avenida de la Independencia, comandancia de la Guardia Civil, 26 de abril de 2016

Conversaciones acumuladas, golpeteo de platos y tazas, el silbido a presión de la máquina de café y ese olor dulzón y pringoso de los desayunos. Así, con los ojos cerrados, cualquiera habría pensado que se encontraba en una cafetería al uso, de toda la vida. Pero Adriano, minutos antes, había tenido que superar un control de seguridad para llegar hasta esa cantina. Le habían puesto un cordón en el cuello, como si lo hubiesen nombrado caballero de la orden. Imaginaba que en su pecho debía de colgar una cartulina plastificada con la palabra «VISITANTE». Aquella identificación para el personal ajeno al cuerpo de la Guardia Civil le pesaba como una lápida en el pecho.

—Me ha extrañado que vinieras solo. Cuando me han avisado en mi oficina de que estabas por aquí, pensé que habrías venido con Patricia.

Adriano extendía la mantequilla en la tostada integral. Lo de ser ciego ya no tenía solución. Mantener el tipo y la dignidad seguía estando en su mano.

—No crea que a mi mujer le hace mucha gracia que yo ande por aquí, teniente. Así que, a partir de ahora, este va a ser nuestro secreto.

—Por mi parte, puedes estar tranquilo. Ya solo queda fiarnos de que el perro no se nos vaya de la lengua.

—Acho, se llama Acho.

El perro estornudó, dejando escapar un sonido ahogado. Algo así como si hubiese dicho *Acho*. Luego se quedó observando a los dos hombres desayunar en las alturas de las banquetas.

—Además —continuó el teniente—, me alegro mucho de verte por aquí. Y encima vienes vestido como una persona normal. ¿Qué más podría pedir?

Dos agentes se rieron en la otra esquina de la cantina. Un chiste, una anécdota, qué más da. Román no pareció reparar en esa risa compartida y

espontánea. Pero él no vivía con la eterna certeza de ser observado. De ser el centro de todas las miradas por algo que nunca escogió.

—Patricia me ha leído esta mañana el artículo del *Diario de Cádiz*. Lo de la línea telefónica me parece una cagada. Pero la verdad es que poco me puede sorprender ya de los cuatro mamarrachos que os habéis quedado al mando de esto. Lo que más me ha llamado la atención es que hablaba de la existencia de dos pruebas de sangre distintas en la escena. No sabía nada de eso.

Román hizo caso omiso de las palabras frustradas de su compañero. No podía recriminarle nada, en el fondo lo entendía. Uno de los mejores agentes de toda la unidad de investigación de Intxaurre, y míralo ahora. Se va a poner perdido con la mantequilla. Madre mía. Menos mal que el cuchillo tiene la punta redondeada.

—Sí, los de homicidios descubrieron una gota de sangre en el dedo índice de la mano derecha de la víctima. La han analizado y no coincide con el resto encontrada en toda la escena del crimen. Además, la analista de sangre asegura que esa gota fue colocada ahí de forma premeditada. No hubo impacto en esa pequeña muestra. Es como si el autor se hubiese pinchado un dedo y hubiese dejado allí su identidad de forma totalmente voluntaria. Con dos cojones.

—¿Y están seguros de que esa sangre es del asesino?

—De momento, estamos casi seguros de que hay dos tipos de sangre distintas. Punto.

—¿Nada de huellas?

El teniente estaba masticando. Se llevó el puño de la mano a la boca y contestó a destiempo.

—Nada, es lo único que tenemos. ¿No te vas a comer la tostada o qué?

—Si el autor dejó su sangre en un lugar visible es porque quiere que le sigamos la pista. ¿Tenemos alguna coincidencia en la base de datos?

—Tengo a un equipo trabajando en la búsqueda de alguna coincidencia. Llevará su tiempo. Ya sabes que esto no funciona como en *CSI*. No creo que encontremos nada.

—Tenemos la sangre de un asesino, pero no tenemos nada con qué compararla.

—Exacto. Si el homicida no tiene antecedentes ni está fichado en nuestra base de datos, no hay nada que hacer. En España seguimos sin tener muestras

de ADN como método de identificación. Eso le costaría un ojo de la cara al Estado. Perdón. Disculpa la expresión.

Román agachó la mirada durante dos segundos, como si pudiese esconderla en los posos del café. Adriano ni se inmutó, esperando a que el teniente se recompusiese de su malestar. Eso era otra. Estaba hasta los cojones de hacer sentir incómoda a la gente.

—El caso es que, sin huellas, de poco nos sirven los registros —continuó el teniente.

—Cuando atrapemos al asesino se podrá comparar su sangre con la de esa gota. Así no tendrá escapatoria.

—Sí, pero esa muestra de sangre no nos va a llevar hasta ese capullo. Así que, de momento, no nos sirve de nada.

—Y nuestro criminal es consciente de ello. Si no, nunca la habría colocado allí. A placer. Es su juego.

Román no dijo nada. El pan tostado crujía bajo la presión de su mandíbula como si fuesen trozos de madera. Adriano tanteó la mesa hasta que sus dedos llegaron a la taza de café. Pero no le hizo falta beber. Con saber que estaba allí le fue suficiente.

—¿Y qué más hay? Cuarenta y ocho horas de investigación habrán dado para mucho.

—Hemos solicitado el historial de los repetidores de la zona. Sabremos qué teléfonos móviles estuvieron por allí cerca en el momento del crimen. Así acotaremos mucho más la búsqueda.

—Eso si el asesino que buscamos utiliza teléfono móvil.

—¿Y quién no lo hace en 2016?

—Alguien que conoce el procedimiento de la Unidad Orgánica de la Policía Judicial.

—No te sigo.

Adriano suspiró. ¿La hora del desayuno se habría pasado? La cantina parecía haberse vaciado de las voces animadas que la ambientaban, quedando la negrura acompañada solo por la charlatanería barata que mantenía un televisor en alguna de las esquinas. Román parecía haber terminado de masticar. Adriano no había ido allí a desayunar.

—Estamos detrás de alguien que ha dejado su propio rastro de sangre a sabiendas de que la UOPJ poco podía conseguir con eso. Llevar teléfono móvil en la escena de un crimen es un error que solo cometen aficionados y

principiantes. Si el teléfono de nuestro asesino apareciese en esas listas, me decepcionaría mucho, sinceramente.

—Bueno, en todo caso, no podemos descartar ninguna vía de investigación. ¿De verdad no te vas a comer la tostada?

—¡Me cago en los muertos del pan ya, coño!

Adriano acertó a coger la media tostada al segundo intento. Pasó la mano por debajo de la mesa y una boca húmeda y nerviosa le arrebató el mendrugo. Después de eso, el perro se tiró al suelo a comerse el pan como poseído por el demonio.

—Al carajo. Ya no hay tostada. ¿Por dónde íbamos?

Román se llevó la mano a la boca y tosió, como si así pudiera sacudirse las dudas y comprender lo que pasaba por la cabeza del guardia civil jubilado.

—Bueno, ¿y qué propones que hagamos?

—Esperar.

—Los resultados de los análisis de sangre tienen que llegarnos desde Madrid. Ya sabes que los asuntos de palacio van despacio. Si el asesino está desatado, mucho me temo que le vamos a dar tiempo suficiente para que vuelva a aparecer antes de que nos llegue ningún informe que valga la pena.

—Tampoco confío en que los analistas de sangre nos saquen de esta.

—He desplegado varios equipos de vigilancia por Cádiz y las localidades colindantes están bajo aviso. Tenemos a un catedrático de historia clásica auxiliándonos en la búsqueda de posibles escenas donde puede llevar a cabo su segundo trabajo, basándose en la leyenda de los trabajos de Hércules.

—Así que cuajó la hipótesis —contestó Adriano mientras arrugaba la frente. La idea era la de levantar las cejas, a modo de sorpresa, pero estas hicieron las maletas, desapareciendo con la deflagración de la explosión hacía más de ocho años.

—Sí, parece ser que la investigación va a centrarse en esa línea. Si todo esto acaba bien, no dudes de que tu nombre va a salir a la hora de repartir las condecoraciones. Pero me da la sensación de que los incentivos pagados al profesor de universidad por su colaboración sirven para poca cosa. Aún no nos ha dado ningún lugar concreto. Dice que no encuentra ningún escenario en todo Cádiz que cuadre con el segundo trabajo de Hércules: matar a la hidra de Lerna. Vamos dando palos de ciego.

—Ya.

—Tío, no sé qué me pasa hoy. Lo siento. No he querido...

—No pasa nada.

El teniente observó el bastón de invidente que se apoyaba sobre la mesa de la cafetería. Acho lo miró de tal manera desde debajo de la silla que tuvo que retirar la mirada.

—El caso es que no tenemos ni idea de dónde se cometerá el próximo asesinato.

—No se preocupe por eso. Algo me dice que lo sabremos dentro de poco.

11.35 h. Calle San José, 26 de abril de 2016

San Felipe era un colegio construido a lo alto. Un edificio antiguo y sin colores. En su interior flotaba un ambiente grumoso y maleable, como si allí dentro las leyes de la física se comportasen de otra manera. Quizá por ello, aquel colegio parecía tener algo de mágico después de todo. Los pasillos y las aulas se mostraban como espacios abiertos e inconmensurables para los alumnos. Para los profesores, las paredes eran opresoras, agobiantes, reducidas. Como si el edificio tuviese vida y una doble cara, se mostraba diferente a unos y otros.

Un cuadrado perfecto de tres plantas en cuyo centro se encontraba un trozo de cemento con líneas despintadas, blancas o amarillas, vestigios de lo que algún día fue un campo de fútbol sala, una cancha de baloncesto, de balonmano, de bádminton o todo mezclado a la vez. Quién sabe. Pelotas improvisadas con bolas de papel de aluminio, trozos de bocadillos, briks de zumos o batidos estrujados por aquí y por allá. Las primeras cartas de amor hechas jirones, arrojadas al suelo, como si se pudiera olvidar todo lo que se ha sentido, todo lo que se ha escrito en el papel con el simple hecho de romperlo en pedazos y condenarlo a las pisadas ignorantes del resto de los alumnos. Inocencia, gritos y juventud, correteando por todos lados.

En una esquina, dos profesores de brazos cruzados. Minutos antes habían estado hablando de nimiedades, de asuntos repetitivos y sin originalidad. Estos niños cada vez interactúan menos entre ellos. Hay que ver, que están desde pequeños con los móviles. Suspiro: qué generación nos espera. Hoy ha amanecido nublado y el tiempo dice que quizá refresquen las temperaturas durante un par de días.

—¿Y las clases de hoy qué tal? ¿Cómo te han ido? —preguntó Manuel, el

profesor de plástica.

—Bien, bueno. Esta tarde toca ponerme a corregir exámenes en casa como una loca después de la reunión de profesores. Cualquiera aguanta luego a los críos preguntando por la nota de sus controles.

—Por eso yo no hago exámenes. Me gusta tener las tardes para mí. Como si hubiese vida más allá del trabajo, ¿sabes? —Guiñó un ojo, pero fue un gesto perdido. Patricia miraba a la lejanía desenfocada del recreo, como si estuviese vigilando de verdad—. Además, así los niños aprenden sin la necesidad de una presión que les provoque estrés, son muy jóvenes para eso.

—Ya. Tú y tus métodos de profesor progre.

Manuel se encogió de hombros.

—Tú necesitas pruebas objetivas para calificar a alguien. Yo no.

—Quizá por eso tú seas profesor de plástica y yo de matemáticas.

Para reírse se tapaban la boca, como si fuese un secreto de adultos.

Un niño se acercó a ellos dos entre lágrimas, que su amigo el de allí, el de la camiseta amarilla, le había pegado de esta manera, con todas sus ganas. Patricia puso los brazos en jarras. Ni siquiera era alumno suyo, por su tamaño y su llorera debía de ser de primer o segundo curso. Pero las guardias de recreo son así. Hoy les tocaba desayunar tranquilamente en el bar de enfrente a los demás maestros y profesores.

—A ver. No, no tienes nada. Tranquilo, que yo lo vigilo desde aquí. Y si te hace cualquier otra cosa, vienes otra vez y nos lo dices.

El niño se fue corriendo de aquella esquina del recreo. De fondo, la imagen de los profesores cruzados de brazos.

—Me han dicho que como me vuelvas a pegar llaman por teléfono a tus padres —le dijo a su amigo.

El niño de la camiseta amarilla agachó la cabeza. Lo que me hacía falta.

—Bueno, ¿y en casa qué tal? ¿Cómo lo lleváis?

—Bien. He convencido a Adriano para que la semana que viene vayamos juntos a un taller de invidentes organizado por la ONCE. Siempre ha sido reacio a este tipo de actividades en grupo. La única vez que he conseguido persuadirlo fue para que hiciese el curso de adaptación para la obtención del perro guía. Protesta, pero luego se alegra. Estamos muy contentos con el perro, es un encanto. Bueno, el caso es que estoy segura de que estar con más gente que comparte su mismo problema le va a venir bien.

—Vaya, me alegro. —Pausa, para mirarla a los ojos—. Ya sabes que si

necesitas cualquier tipo de ayuda...

—Lo sé, gracias.

Silencio incómodo. Brazos cruzados, pero no de autoridad docente, sino de barrera invisible entre los dos.

—Y si te apetece tomar un café esta tarde después de la reunión de profesores...

—Manuel, otra vez con lo mismo no, por favor.

CAPÍTULO 13

Rumanía, hace unos cuantos años

Podría decirse que hubo un tiempo en el que había sido un chico corriente. ¿Feliz? Puede ser que hasta incluso eso. Aunque tuviese que andar cuatro kilómetros desde el extrarradio hasta el centro de Braşov todos los días para ir al colegio, correteaba para arriba y para abajo en el recreo de la escuela detrás de la pelota. Era uno de esos niños que tienen amigos para hablar del partido que había jugado el FC Braşov la noche anterior y que sonrían si una chica les mira de reojo. El único problema lo tenía cuando llegaba a casa. Cualquier sicólogo de medio pelo habría tachado el recuadro de «hogar desestructurado» en su libreta. Pero Alceo, que por entonces ni se imaginaba que iba a cambiar su nombre real por este, nunca tuvo la posibilidad de asistir a la consulta de un profesional. Ni siquiera se le pasó por la cabeza.

Hay imágenes que quedan cristalizadas en la memoria para la posteridad. Su madre solía llegar por las tardes como si el suelo de la casa estuviese al rojo vivo, apoyando las plantas de los pies de forma tosca mientras los juanetes le pedían descansar después de estar doce horas trabajando en la gasolinera. Alceo solía esperar la hora de su regreso para prepararle un barreño con agua fresca del pozo. Ella suspiraba de alivio cuando se quitaba las zapatillas y sumergía sus pies en el balde. A veces, sus manos cansadas le acariciaban el pelo mientras él le contaba qué tal le había ido el día en el colegio. Había recuerdos que Alceo guardaba con mucho cariño. Y después estaba su padre, que era mecánico, además de ser simpatizante de la familia de los Romà, uno de los colectivos más poderosos de la mafia rumana. Nunca hablaba con su familia de ese segundo trabajo clandestino. Y ellos también sabían que no debían preguntar. Porque a lo largo del día hablaban, conversaban e intentaban comer juntos en la misma mesa siempre que el trabajo y la escuela lo permitiese. El pequeño Alceo disfrutaba a tiempo

parcial de lo que podría haber sido una familia aparentemente feliz. Recordaba, incluso, haber estado abrazado a sus padres mientras veían la televisión en el sofá.

La amargura siempre llegaba al caer la noche. Alceo terminaba encerrado en su habitación con el estómago vuelto del revés por los nervios. El desengaño. Una vez más. El miedo. Su padre se convertía en otra persona totalmente desconocida. Parecía como si abajo, en el bar, hubiese un monstruo que les arrancase el alma de cuajo a los hombres bebedores de *Stalinskaya*. Como si se alimentase de todo ese amor natural y primigenio, dejando vacíos a los cabezas de familia antes de que volviesen a sus respectivos hogares.

Insultos, portazos, gritos, golpes, llantos y una mujer gateando por el suelo de la casa. Al principio, cuando Alceo veía un poco de sangre, se le aflojaban las piernas. Pero ver a su madre recubierta de heridas y moratones llegó a convertirse en el pan de cada día. Nada extraordinario. Con el tiempo, y por propio instinto, aquel niño aprendió a curarle las contusiones y los rasguños con trozos de tela y alcohol. En ocasiones, su padre se encerraba en el dormitorio con ella a solas y no lo dejaba pasar.

Solo podía escuchar.

Una vez pidió un deseo. Lo escribió en un papel, apagó la lamparilla de su dormitorio y lo dejó debajo de la almohada para que se cumpliera. Le daba igual cómo. Pero que se fuese. Que su padre desapareciese de una vez.

Pero ese día nunca se presentó.

Luego llegaron esos inútiles intentos por defender a su madre de las agresiones que nunca acababan. Vivían en una pequeña casa de ladrillos a las afueras de Braşov y se hacía inevitable ser testigo presencial de esos golpes. Los llantos suplicantes atravesaban las puertas de madera, se impregnaban en las paredes de la casa, se clavaban en el alma como espinas de ponzoña. No había escapatoria de aquella pesadilla. Si comparamos la fuerza de un niño de diez años con la de un mecánico de cuarenta, podemos comprender que lo máximo que podía conseguir por entonces era molestarlo como una mosca impertinente en los ataques a su madre. Pasó toda la infancia así, luchando contra el alcoholismo violento de su padre. Contra su propia impotencia. Se sentía incapaz de ayudar en algo y había cosas que no lograba entender. Todos los días eran una copia del anterior. Su padre solía amanecer con el rostro escondido entre sus manos, rogando perdón entre lágrimas que olían a

gotas de vodka.

Parecía avergonzado. Lo parecía de verdad.

Y eso era lo que realmente estaba destrozando a Alceo.

Con diecisiete años había crecido unos centímetros y ganado algunos kilos de masa muscular. Consiguió derribar a su padre en una de las peleas. Un empujón de Alceo fue suficiente para que ese monstruo empapado en alcohol cayese al suelo. Se derrumbó. Todo resultó extrañamente sencillo. Su padre se desplomó y se golpeó la cara contra el frío enlosado de la cocina. La nariz y la sien derecha comenzaron a sangrarle profusamente. Estuvo varios segundos sin moverse y Alceo pensó que todo había acabado, que la pesadilla había terminado y su madre estaba a salvo. Había sido capaz. Él solo. Había vencido al hombre que los atormentaba desde que tenía uso de razón. Por primera vez se sintió como un héroe. Un hombre poderoso. Una sensación que lo acompañaría el resto de su vida pero que entonces se esfumó a los pocos segundos, cuando vio que su verdugo se levantaba del suelo y, sin que le diera tiempo a reaccionar, lo agarró contra la pared de la cocina. La sucesión de puñetazos y patadas quedó como una imagen difusa en el olvido y la confusión. Pero hubo una frase que se le quedaría grabada para el resto de su vida: «¿Qué te has creído, renacuajo de mierda? ¿Qué quieres, que os corte a la zorra de tu madre y a ti en pedacitos y os arroje en una bolsa de basura al Danubio?». Lo golpeó durante un tiempo que le pareció infinito, sin piedad. Alceo se encogió en el suelo y cerró los ojos como última esperanza de parecer muerto.

Estuvo tumbado durante largo rato. El tiempo es relativo cuando el resto del universo se apaga y uno queda reducido a las constantes vitales básicas. A la humillación más absoluta: a la muerte fingida. Cuando volvió en sí, sintió que estaba roto en mil pedazos. Se levantó apoyándose en la mesa de la cocina y deambuló por toda la casa en busca de su madre: la encontró acostada con su marido en el dormitorio. Entró en silencio en la habitación y la despertó con susurros. Su padre seguía dormido tranquilamente, como si allí todos fuesen felices. Su barriga subía y bajaba de forma placentera al ritmo de la profunda respiración. La habitación olía a lágrimas y sexo. Ella hizo una señal con la mano a su hijo para que se marchase. Su ojo derecho se veía inflamado y amoratado a pesar de la oscuridad. Tenía los pechos al aire. Le dijo que todo estaba bien y que dejase de preocuparse por una tontería.

¿Una tontería? Su padre acababa de amenazarles. Había dicho que los iba a

descuartizar y a meter en una bolsa de basura.

Fue en ese momento cuando Alceo sintió el fuego en su interior. En esa casa nadie lo quería. Lo tenía claro. Así que fue hasta la despensa, tranquilo, sin prisas. Cogió un cuchillo. El más grande que vio. Valoró su peso, el tacto rugoso del mango, lo afilada que estaba la hoja. Estuvo algunos minutos pasándose esa herramienta de una mano a la otra, como si estuviese meditando lo que iba a hacer a continuación. Nada más lejos de la realidad. Lo cierto es que tenía la mente en blanco. No le hacía falta pensar en mucho más.

Estaba completamente decidido.

Volvió al dormitorio y se colocó junto a la cama de matrimonio sin hacer ruido. Su madre se había girado en la cama, tenía los ojos cerrados y ahora abrazaba a su marido. ¿Cómo podía hacer eso? ¿Cómo podía su madre estar enamorada de esa eterna infelicidad? ¿Cómo podía defender al hombre que le había dado una paliza de muerte a su hijo? Se le escaparon unas lágrimas invisibles en la oscuridad mientras el milagro obraba en su interior. En aquel justo instante se hizo adulto como por ensalmo. Por primera vez en su vida escuchó cómo los dioses le susurraban en el oído. Se sentía traicionado, incomprendido, había dedicado una vida entera a proteger a su madre y ahora lo abandonaba. Ella prefería a su esposo, al hombre que los había condenado a vivir en un infierno durante años. Sin embargo, Alceo sintió una fuerza más poderosa que la decepción que le hizo flotar en medio de las tinieblas: decenas de voces lo acariciaban y lo elevaban en la negrura del dormitorio. Le decían lo que tenía que hacer. Le ordenaban que lo matase.

Que los matase a todos.

El suave tacto de la cuchilla ahondando en la piel, el choque del metal con los huesos, gritos, toses y aullidos ahogados. No puedes cansarte ahora, sigue dándole con fuerza al brazo. Salpicaduras en el rostro de un líquido tibio y espeso, arañazos, dedos que se retuercen intentando agarrar un ápice de vida. Saliva, estertores y de pronto quietud. Un pesado silencio apenas ultrajado por la respiración irregular del que ha cumplido las órdenes.

A ojos de cualquier observador, en aquella habitación solo habría negrura y una silueta exhausta que se recortaba junto a dos bultos inertes en la cama. Pero si un árbol cae en medio del bosque, aunque nadie lo escuche, hace ruido.

Allí, en medio de toda la oscuridad, había una sonrisa.

Una sonrisa proveniente de los mismísimos dioses.

CAPÍTULO 14

17.33 h. Avenida Ana de Viya, 26 de abril de 2016

El suelo estaba lleno de arena y pequeñas piedras. Había papeles por todo el coche, tickets del supermercado, tarjetas de aparcamiento, trozos de papel higiénico, propagandas. Se había prometido unas nueve veces ir a la gasolinera para darle un repaso al coche. Pero la vida tiene estas cosas. Está demasiado comprimida como para preocuparse por el polvo del salpicadero.

El ambientador sí olía con bastante intensidad, como si diese igual que el coche estuviese hecho un asco mientras oliese bien. Cuestión de prioridades.

—¿Estará enfadado Eugenio?

—No creo. Siempre está igual, cree que su asignatura es la más importante. Ya lo conoces —contestó Patricia.

—Con todos los años que llevamos trabajando en el mismo colegio, aún sigue pensando que van a darle más instrumentos para sus clases de música. Algunos pupitres están para echarse a llorar y los ordenadores de la sala de informática parece que funcionan a cuerda.

—Siempre se ha enseñado sin ordenadores. Tampoco comprendo por qué levantáis ahora el grito al cielo por cuatro teclados y dos monitores. — Patricia dejó de pisar el acelerador y comenzó a frenar. El semáforo de unos metros más adelante se había puesto en ámbar. Manuel, en ese momento, la miró con cara de: «¿En serio has dicho esa burrada de cavernícola?».

Pero ella miraba al frente. Sabía perfectamente lo que pasaba a su lado.

—Seguramente habría gente tan estúpida como tú cuando salieron las primeras calculadoras. Si todo el mundo pensase igual, seguiríamos con el ábaco en las escuelas.

—No estoy diciendo eso. Simplemente intento hacerte ver que en esa reunión cada uno barre para su propia casa. El profesor de música pedirá instrumentos; la de lengua y literatura, más libros para la biblioteca, y el de

informática, más ordenadores. Eso siempre ha sido así.

—Yo enseño plástica y dibujo a los niños y no pido acuarelas, lienzos ni caballetes. Yo pido ordenadores. Apoyo lo que sea mejor para el aprendizaje de todos los alumnos del colegio. No solo para los míos.

—Tú eres extraño y punto.

—Yo creo que los extraños sois vosotros. Sois maestros. Y os habéis olvidado de los niños. En la reunión de hoy no se ha hablado de ellos ni un solo instante.

Patricia pisó el acelerador un segundo antes de que el semáforo volviera al verde. Como si tuviese prisa o no estuviese para tonterías. No se volvió a abrir la boca hasta dos intersecciones más adelante.

—Oye, ¿no crees que deberíamos hablar?

—Eso estamos haciendo.

—Digo hablar de verdad.

—Yo creo que ya está todo dicho. —Se encogió de hombros, indiferente.

—Tú sabrás. —Manuel se cruzó de brazos y miró por la ventanilla del coche como muestra de resignación. Al otro lado de la calle, le pareció ver como un perro lamía un vómito solidificado en la acera. La imagen le resultó familiar, como si la hubiese leído en algún libro—. ¿Vas a subir a tomarte algo hoy por lo menos?

Y otra vez esa presión en el pecho. Como si le hubiesen dado un golpe justo en el esternón. Un golpe que se veía venir. Esa profunda tristeza por su marido, ese amor primitivo, tan inocente en los comienzos. Vio su rostro. No sabría decir si el de antes o el de ahora. Pero vio a Adriano mientras conducía hacia la casa de Manuel. Que me muera de un infarto si alguna vez le hago daño a mi Adri. Lo amaba con locura. Y vivía cada día centrada en sus atenciones. Le salía de dentro, de la propia alma. Malditos sean aquellos que no crean en su existencia.

Cuando Patricia llegó al barrio de Manuel, aparcó el coche justo enfrente de su casa y se bajó con él.

Porque, a pesar de todo, siempre hay una razón más poderosa que todas las demás: el derecho a sentirse viva.

CAPÍTULO 15

23.15 h. Avenida de la Independencia, comandancia de la Guardia Civil, 26 de abril de 2016

Había escrito ya dos veces para que los encargados de mantenimiento le cambiasen la bombilla. El ruido de la soledad puede resultar desesperante. Esto último no lo había puesto en el informe, claro. Pero la realidad era que el zumbido del fluorescente se convertía en una tortura eléctrica en el silencio de su oficina. Había momentos en los que el reloj de su muñeca parecía cobrar vida propia y tomaba la decisión de sonar un poco más fuerte. Como diciendo: eh, tío, ¿escuchas eso? Son segundos de tu vida tirados a la basura.

Se quitó el reloj de pulsera y lo guardó en el cajón del escritorio. Antes de dar un porrazo al cerrarlo, miró la hora. Llevaba todo el santo día allí encerrado. ¿Para qué? Para nada. Para convertirse en una sombra uniformada que andaba por los pasillos de la comandancia de forma apresurada, pero sin destino alguno. Así daba la sensación de estar ocupado, de que el oficial encargado de la investigación del asesinato del museo estaba trabajando en la dirección correcta. Así daba ejemplo. Así daba la apariencia de que tenía tanto por hacer entre las manos que se veía obligado a correr de un lado para el otro. Así la gente trabajaba convencida. Así se eliminaban las inseguridades y se construía la moral de los escalones más bajos.

Pero a él no. A él no podía engañarle nadie. No tenían nada firme sobre lo que trabajar. Todos los naipes de la torre se desmoronaban a la primera de cambio. Era una estupidez seguir colocando cartas cuando la base no tiene consistencia alguna. Solo había cabos sueltos. Un muerto y alguien culpable de ello. Poco más. Aquello podría costarle el ascenso a capitán.

Por si fuese poco, se estaba poniendo gordo.

Apagó el maldito fluorescente y el destello violáceo de la pantalla del ordenador alumbró el rostro de Román, haciéndolo aún más viejo si cabe.

Alargó la mano y agarró el envoltorio de plástico del sándwich que había sacado de la máquina expendedora. ¿Abrefácil? Su puta madre. Tuvo que utilizar unas tijeras para despegarlo por una de sus esquinas. Empezó a masticar la masa fría e insulsa que habían metido en el pan de molde y dejó que los clics del ratón del ordenador tronaran en el silencio de la oficina como si fuesen disparos directos a su estado de ánimo. Otro bocado y el sonido pringoso de la rumiada. Con ambos dedos índices, escribió en el buscador: «Viaje a Punta Cana». Cada tecla sonó como si estuviese escribiendo a martillo y cincel. Se preguntó por qué las cosas hacían tanto ruido cuando se las escucha. Se preguntó muchas otras cosas.

Se preguntó qué hacía allí.

Se echó hacia atrás en el sillón de su escritorio y se pasó las manos por la cabeza. Un gesto que quedó grabado en el subconsciente de cuando aún había pelo. Cuando pase todo esto me voy de vacaciones por mis santos cojones. Pinchó en las primeras opciones que le presentó el navegador. Una mujer mulata, en bikini, le invitaba a pinchar en las tarifas de precios con los ojos brillosos por el sol del Caribe. De fondo, dos palmeras, arena y agua cristalina. La señorita tenía un coco con pajitas entre las manos y sobre su cabeza flotaban unas letras que decían: «Todo incluido, disfrute de unas vacaciones completas».

Resignado, volvió a darle otro bocado al sándwich. Masticó de forma antinatural. Como si no quisiera escucharse comer a sí mismo.

Antes de pasar a las tarifas de precios se regaló unos segundos más para observar a la mujer del anuncio. Se quedó allí clavado, como hipnotizado por la luz de la pantalla. Sus ojos conectaron con los de la modelo de publicidad. ¿En qué momento se le había escapado la vida? Daría todo lo que tenía por quitarse años de encima y volver a esa juventud llena de oportunidades, vacía de obligaciones y temores impuestos por la sociedad. Habría dado cualquier cosa por poder acercarse a esa mujer, en el caso de que existiera de verdad, y poder seducirla. Aunque solo fuese tener una charla con medias intenciones. Aunque solo fuese tomarse un café con ella, sin faltarle el respeto a su difunta esposa. De sentirse vivo y olvidar el riesgo a parecer un viejo salido.

Bajó con la rueda del ratón y los pechos de la caribeña quedaron centrados en el monitor. Un sostén azul de florecillas estampadas cubría sus senos. ¿Serían naturales u operados?

—A la orden, mi teniente.

Román dio un salto en el asiento de su despacho. Cerró la ventana del navegador al tercer intento y miró al cabo que se había presentado en su oficina con rostro nervioso, iluminado en la oscuridad por el brillo del ordenador.

—¿Qué pasa, Mateo? —Lo dijo así, con la voz aún temblorosa del susto. Pensó en añadir lo siguiente: «Juro por Dios que no estaba viendo porno». Pero el teniente se recompuso en su asiento, adoptó una postura respetable detrás del escritorio y creyó innecesaria la explicación.

—Vengo de la sala número nueve. He estado toda la tarde revisando las grabaciones del museo con el cabo Setó.

—Está bien. Está bien por hoy. Podéis marcharos a casa.

—De acuerdo, mi teniente. Muchas gracias. Pero antes de eso nos gustaría que viniese a la sala con nosotros. Tiene que ver algo.

El cabo Setó volvió a guardar el puñado de pasarratos en el paquete cuando vio que el teniente se acercaba por el pasillo a la sala de grabaciones. Se sacudió la palma de la mano en el pantalón del uniforme y se puso a toquetear algo en la pantalla del ordenador con gesto serio, profesional. Como si estuviese trabajando sin descanso.

—¿Qué tal, Setó? ¿Qué tenéis para mí?

—Buenas noches, mi teniente. —Lo normal es que se hubiese levantado ante la llegada de un superior. Pero Setó llevaba muchos años de servicio, además de pasar todo el día allí sentado. No estaba para gilipollices—. Mateo y yo hemos visto algo en las grabaciones de las cámaras de seguridad del museo. Espere un segundo.

Setó pulsó un par de veces el ratón y la grabación en blanco y negro del monitor comenzó a rebobinar. En la sala de grabaciones había tres ordenadores, uno de ellos apagado. Estropeado ocho meses atrás. Ya lo cambiarán por otro. Cuando vengán a cambiarme la puta bombilla. Un paquete de pasarratos medio lleno. O medio vacío. Según se viese. Dos revistas, una de coches y otra de *fitness*. En la portada aparecía un tío hipertrofiado. Madre mía, cómo cambian los tiempos. ¿En qué piensa esta generación de hoy en día? ¿Ya no imprimen el *Playboy* o qué? Dos móviles enchufados a la corriente para cargar las baterías y varias latas de Coca-Cola vacías. Una de ellas estaba llena de cenizas de tabaco.

—Saben que aquí no se puede fumar, ¿verdad?

Los dos cabos se observaron fugazmente. Setó escondió su mirada en el monitor. Yo no quiero saber nada.

—No, mi teniente. Fumamos fuera. Sacamos la lata y echamos ahí las colillas, para no ensuciar la entrada del edificio.

—Ya. Da gusto trabajar con gente tan preocupada por el medio ambiente.

—Aquí está, mi teniente. Acérquese.

Clic.

La imagen recobró vida y los visitantes comenzaron a andar por las galerías del museo. La cámara número cuatro grababa la sala tres. Setó señaló la pantalla con una uña amarillenta por la nicotina.

—Fíjese en ese tío.

Iba vestido con unos vaqueros, una sudadera de manga larga y una gorra. Llevaba una mochila colgada de los hombros. La cámara lo enfocaba de espaldas. Parecía que tenía un plano del museo entre las manos. Atravesó tranquilamente el arco que aparecía al final de la imagen, hasta donde la cámara alcanzaba a filmar. El objetivo desapareció del monitor.

—Esa puerta da a los aseos de la planta baja —apuntó Setó. Luego señaló el reloj digital que aparecía en la parte superior izquierda de la imagen—: Esto está grabado a las 20.42, quedan dieciocho minutos para el cierre del museo.

Ahora el cabo adelantó la grabación a toda velocidad. Los dígitos del reloj de la esquina comenzaron a girar como si fuesen una tragaperras. Los visitantes se dispersaron como hormigas apresuradas, abandonando la sala a los pocos segundos y con una velocidad casi cómica. Un vigilante de seguridad, más tarde supieron que se trataba de Picardo, hizo una ronda por toda la estancia antes de que la imagen se hiciese más oscura de forma repentina. Setó paró el vídeo.

—Son las 21.07. Han apagado las luces principales. El museo ha cerrado sus puertas.

—Y ese tío no ha salido del cuarto de baño —dijo el teniente mientras se iluminaba de emoción.

Ambos cabos se miraron. Con los ojos se dijeron: nos llevamos la medalla.

—Bien, rebobina el vídeo y enfocadme a ese tío. Quiero mirarle la cara a ese maldito hijo de puta.

—No va a ser tan fácil, teniente. Le hemos dado mil vueltas a la grabación.

Este capullo sabía perfectamente dónde estaba colocada cada cámara. Parecía tener bien medidos sus pasos, siempre sale de espaldas. Lo mejor que hemos podido conseguir es esto.

El cabo Setó cerró el vídeo con un golpe de ratón y abrió una captura de imagen. En ella se veía una gorra negra y una mancha más clara, que debía de suponerse que era la capucha de la sudadera. En la imagen pixelada aparecía un hombre con la cabeza agachada. Miraba abajo, al plano del museo. Como si no se lo conociese ya lo bastante bien.

—Conseguidme la lista de todos los que tenían entradas para ese día en el museo.

—El museo es gratuito, teniente. La entrada es libre. Solo guardan registro de las visitas en grupo.

—Me cago en la madre que me parió. Ponedme ese vídeo completo, tengo que verlo con mis propios ojos.

El rostro congestionado del teniente no tenía nada que ver con la gratitud y el reconocimiento que se esperaban los cabos. Volvieron a mirarse y se hablaron con los ojos. Pero esta vez dijeron algo parecido a esto: olvídате de la medalla. Espero que al menos nos dé un par de días libres, ¿no?

Le pusieron el vídeo y ocurrió lo que ya se sabía.

Que si la mierda de la tecnología al final no servía para nada. Que si estamos trabajando con herramientas del neolítico. Que hasta los supermercados tienen mejores equipos de grabación que los del museo de Cádiz. Que esto parece sacado del año catapún. Que no vamos a coger al hijoputa ese, ¿no? Quiero que le mandéis la captura a los de Madrid, a ver si pueden sacar algo de la mierda de imagen esa. ¿Iros para casa? Poneos cómodos en esas sillas porque vais a tragaros todos los vídeos de los días anteriores, de meses anteriores, a ver si aparece un tío con las mismas características que ese.

Los dos cabos se miraron con fatalidad.

—Ah. Y procurad que yo no me entere de que estáis fumando aquí dentro. Porque os voy a meter un paquete que van a llorar hasta vuestros hijos.

Portazo.

CAPÍTULO 16

00.19 h. Calle de la Torre, 27 de abril de 2016

—¿Y qué has hecho hoy, cariño?

—Fui esta mañana a darle una vuelta a Acho. Luego metí los platos en el lavavajillas.

—¿Saliste a la calle solo?

—No. Con Acho.

Adriano cogió un puñado de palomitas del cubo que tenía entre las rodillas y se las metió en la boca. Como si así tuviese una excusa para dejar de hablar.

—¿Y adónde fuiste?

—Acho —estornudó Acho.

—Nada, una vuelta al barrio, hasta el quiosco de la plaza.

—¿Y el escalón de la esquina?

—Hoy no me he tropezado con el escalón de la acera. Creo que empiezo a tener superpoderes.

Otro puñado de palomitas y se acabó el tema.

Al principio había rechazado el consejo de probar las películas audiodescritas. Seguro que eso es una mierda. Ya nunca volveré a ver, no me habléis de películas. Pero al igual que con el perro, con el tiempo se dio cuenta de que ya estaba perdiendo mucho en la vida como para encima cerrar más puertas. La ONCE tenía una filmoteca donde se podían encontrar todo tipo de adaptaciones audiovisuales en el sistema de audiodescripción. Escenas que suministran más información sonora. Cine para ciegos.

Cuesta acostumbrarse, claro que sí. Como a casi todo en esta vida. Además, la película, al fin y al cabo, era lo de menos. Lo verdaderamente importante consistía en la posibilidad de crear ese lazo que lo unía a las palomitas, al sofá y a Patricia.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo fue la reunión de profesores?

Patricia debió ponerse colorada. Pero eso nadie nunca lo supo. ¿Su marido preguntándole por cómo le había ido el día? ¿En serio? ¿Realmente se está interesando por mí? Bien. La cosa va a mejor. O este se huele algo.

—Bien, lo mismo de siempre. Un aburrimiento, allí solo se habla de tonterías, ya sabes. Cada loco con su tema. Dame palomitas.

El cubo comenzó a vibrar entre las piernas de Adriano. Empezaron a morder a escasos centímetros de la oreja. Otro tema zanjado.

Estaban abrazados a la altura de los codos. Ella de vez en cuando apoyaba su cabeza en el hombro de Adriano. Pero tampoco durante mucho tiempo, como si su hombre no fuese tan cómodo como antes.

Y el teléfono sonó.

—¿Sí?

—Patricia, ¿qué tal? ¿Está Adriano?

Ella no dijo nada. A Adriano le dieron un golpe en el brazo con el inalámbrico.

—¿Quién es?

—Adriano.

—Sí.

—Soy Román.

—¿Qué pasa?

—Me dijiste esta mañana que te llamara si encontrábamos algo nuevo.

No supo por qué. Pero a Adriano le dio la sensación de que esa frase se oyó bien clara en todo el salón. Patricia dejó de abrazarse a su codo. Él no dijo ni pío.

—Adriano, ¿estás ahí?

—Sí, dígame.

—Resulta que lo tenemos grabado, pero de espaldas. En ningún momento se le ve la cara. Todo el día mirando un plano del museo. ¿Te puedes creer algo igual? Sabemos que es él porque se mete en el aseo unos veinte minutos antes de cerrar el museo. Y de ahí no sale. He estado hablando con el director y me ha dicho que los de seguridad están obligados a comprobar que ahí no quede nadie antes del cierre. Pero esa noche se lo pasaron por los cojones, hicieron la ronda de aquella manera. Cosas que pasan.

—Ya.

—No te veo muy animado yo. ¿Te pillo en mal momento? Esta mañana parecías más entusiasmado.

Silencio incómodo de cojones en el salón de aquella casa.

—¿Tiene algo más que decirme? —preguntó Adriano de manera tajante.

—Supongo que sí... Catorce minutos antes de que Hernández saliese a hacer la ronda donde lo asesinaron, se ve en las grabaciones cómo este sospechoso sale del aseo. Bueno, se ve una sombra. Pero se nota que sale de ahí al encuentro de su víctima. ¿Entiendes?

—Vamos, que lo tienen bien trincado.

Ahora fue el teniente quien guardó silencio al otro lado de la línea telefónica. Probablemente sopesando las palabras de Adriano.

—No, está claro que seguimos sin tener una mierda. Pero por eso te llamo. Quizá se te ocurra algo, se te ilumine alguna bombilla ahora que sabes cómo entró en el museo el hombre que estamos buscando.

—Creía que me necesitaba concretamente para eso. Ya sabe cómo entró en el edificio. No creo que pueda ayudarle en nada más.

—¿Pero qué coño te pasa? Has sido tú el que ha venido a buscarme esta mañana a la comandancia. No sé por qué actúas ahora como si el asunto no fuese contigo.

—Sí, teniente, ha quedado bastante claro que esta mañana estuvimos hablando. No hace falta que lo repita más veces.

Acho se fue tranquilamente hasta la terraza. Allí se estaba más fresquito.

—Me preguntaste también por las pruebas de sangre. Si todo sigue su curso, recibiremos los resultados en un par de días.

—Muy bien.

—En las listas que nos han pasado de los repetidores no hemos encontrado nada que valga la pena.

—Vaya sorpresa.

—Lo llego a saber y no te llamo. ¿Vas a querer que te avise si hay cualquier otra novedad en la investigación o no?

—Hágalo si cree que me necesita.

—Así lo haré.

—Bien.

—Hasta mañana.

Adriano buscó el botón de colgar el teléfono con el pulgar. No le dio tiempo. Le quitaron el inalámbrico de las manos.

Silencio.

En la película, de pronto, se escuchó un plato romperse en el suelo.

CAPÍTULO 17

02.18 h. Calle José Celestino Mutis, 27 de abril de 2016

—Mamá, ya hace un calor de cojones y todavía estás con esa bata. Cualquiera día vas a criar gorriones en los sobacos.

La madre se cerró el cuello del batín con la mano a la vez que encogía los hombros, como para demostrar que hacía frío de verdad.

—Son más de las dos de la mañana, niña. A estas horas una tiene hasta el cuerpo cortado. Sabes que mañana tienes que ir a la universidad, ¿verdad?

Paloma no contestó. Se giró, abrió la puerta del frigorífico y se quedó embobada mirando su interior. No es que hubiese mucha variedad para elegir. En esa casa daba la sensación de que siempre era final de mes, pero Paloma solía necesitar su tiempo para tomar ciertas decisiones. Su sinapsis neuronal hacía meses que funcionaba un poco más lenta de lo normal.

Su madre se había despertado con el ruido que hacen las llaves al entrar en la cerradura del portón de la casa. Cuando abrió los ojos, vio que tenía el televisor encendido y no recordaba haber visto el final del capítulo de esa noche. Los años se comportan como losas pesadas que inducen al sueño. Su abuelo no hacía más que dormir en los últimos años de vida. Como si el espíritu fuese practicando para permanecer cada vez más tiempo en esa otra dimensión que se esconde detrás de los párpados. Ya ni siquiera era capaz de mantenerse despierta durante su serie favorita. Pero los hijos, ay, los hijos. Los hijos siempre quitan el sueño.

Volvió a abrocharse el cuello de la bata.

Paloma se decidió por el yogur de plátano a punto de caducar. Cerró el frigorífico, alargó la mano para coger una cucharilla y arrugó la nariz.

—¿A qué huele?

—Será el pescado. Esta noche he comido caballa. Estaba asándote una cuando llamaste para avisar de que no venías a casa a cenar. La he tenido que

tirar casi entera.

El primer desplante ocurrió cuando su hija solo tenía doce años. En la esquina de la calle, esperando el semáforo de todas las mañanas. Verde. Los coches se pararon y ellas dos fueron a cruzar, pero la manita lechosa de Paloma se separó de la de su madre de un latigazo. Prefiero ir sola, mamá, me da vergüenza que me sigas acompañando hasta la puerta del colegio.

—Pues la cocina apesta, mamá.

Paloma apoyó el trasero en la encimera y sus ojos se posaron en los de su madre durante medio segundo. Enseguida escondió la mirada. Seguro que lo había visto, pero como de costumbre, su madre no dijo nada. Se guardó el dolor para sí misma. Se limitó a agarrarse el cuello de la bata y a soltar unas palabras vacías de las que sabía que no iba a conseguir nada a cambio. Por romper el silencio. Por no hablar de lo que verdaderamente tenían que hablar.

—¿Y por qué no bajas y me tiras la basura antes de irte para la cama? Estás vestida, no tardarás más de dos minutos en bajar un momento a la esquina y subir.

Paloma soltó una risotada, escupiendo parte del yogur que estaba tragando y un hilillo del lácteo cremoso se escurrió por la comisura del labio. Se limpió con el dorso de la mano y siguió comiendo con cucharadas rápidas y a punto de rebosar, como si temiese que alguien pudiera arrebatarse el dulce tan ansiado.

—Ya la bajamos mañana, mamá. ¿Qué más da?

Paloma elevó el rostro. Por un momento, madre e hija volvieron a mirarse. Una con el cansancio y el brillo apagado de la edad. La otra con los ojos velados por el color rojo de la marihuana. Fue durante un instante, pero en algunas ocasiones la vida parece concentrarse en un microsegundo. Los entendidos de bata blanca aseguran que la telepatía es algo reservado para los libros de ciencia ficción, sin embargo, ellas dos se dijeron muchas cosas sin abrir la boca. «Cada vez fumas más, cariño. Tranquila, mamá, ya te he dicho mil veces que estoy bien. Fumo cuando quiero y porque me apetece, te puedo asegurar que no estoy enganchada a la hierba. Eso es lo que dice todo el mundo, hija. Así se empieza. Ten cuidado que hay muchas vidas que se han echado a perder por esa tontería. Mira el hijo de la Loli cómo ha acabado. Además, solo hay que ver la cara que se te pone cuando vienes fumada, pareces una atontada. Déjame en paz, mamá. Por mucho que te lo explique nunca lo vas a entender. Te entiendo mejor de lo que crees, pero sabes que

siempre he querido lo mejor para ti, hija mía. Te quiero mucho. Y yo a ti, mamá. Y lo sabes».

La madre lamentó que la mitad de las conversaciones con su hija tuviesen que ser imaginadas.

—Bueno, me voy a la cama.

Habría deseado un beso, un abrazo, cualquier cosa. Pero ella se quedó allí, bajo el fluorescente de la cocina, viendo cómo la espalda de su hija desaparecía en la oscuridad del pasillo. Una espalda cansada, arqueada, como soportando una carga que no le correspondía a su edad. A los pocos segundos, se escuchó cómo la puerta de su dormitorio se cerraba de manera torpe. Hasta girar un picaporte parecía una tarea complicada para su hija de veintidós años.

El grifo de la cocina goteaba, como marcando el paso del tiempo. Probablemente hubiese estado así todo el rato. Pero es ahora, en la soledad, cuando se le prestan atención a este tipo de detalles. Cada gota, un poco más vieja. Ay, Mariano, Mariano, cuánto te echo de menos. Tú sí que entendías bien a nuestra Palomita. Se le iban a quitar a esta tantas tonterías si levantas la cabeza.

Mano al cuello de la bata y un escalofrío. El hálito que suele acompañar la presencia de los muertos.

Una mosca aterrizó en la encimera, justo encima de donde estaba la bolsa de basura colgada del pomo de uno de los cajones del mueble de la cocina. Se acercó a la bolsa de plástico, le hizo un nudo mientras aguantaba la respiración y cogió las llaves del recibidor.

—Con cincuenta y seis años y bajando la basura a las tantas de la noche. Cualquier día esta niña me va a matar.

CAPÍTULO 18

09.05 h. Avenida Duque de Nájera, árbol del Mora, 27 de abril de 2016

Madre mía, qué buen día va a hacer hoy. Apenas eran las nueve de la mañana y ya apretaba el calor. El nuevo sol había emergido de las profundidades del mar y ahora pendía sobre el horizonte con todas las pilas recargadas. Parecía gritar, a plena potencia, abriéndose paso en un cielo totalmente limpio de nubes. Seguro que mucha gente se habría asomado a la ventana de sus casas para prometerse un día perfecto de playa.

Lástima que la estuviesen acordonando.

Algunas gaviotas graznaban mientras revoloteaban en círculos jugando a disfrazarse de buitres. Otras se posaban charlatanas sobre el edificio del balneario de la Caleta, observando con curiosidad animal la escena que se presentaba a escasos metros de distancia.

El teniente Román vio en directo cómo una hoja se desprendía de una de las ramas del árbol del Mora. Comenzó a crear una ilusión casi hipnótica en su descenso hasta el suelo, mostrando las tonalidades verdes y ocres de cada una de sus caras, como si fuesen la cara y la cruz de una moneda. Deseó con todas sus fuerzas que ese momento no acabase nunca, que esa ingravidez casi mágica se mantuviese de forma indefinida. Paz, desconexión, la hoja haciendo círculos armónicos en el aire fresco de la mañana. La metáfora perfecta para la escena que tenía delante de sus ojos: vida y muerte. Todo llega a su final, pero el camino puede tener su encanto si se está dispuesto a disfrutar de él. El universo no está obligado a comportarse de manera que podamos entenderlo. ¿Cuántas hojas caen de sus ramas al día? ¿Cuántas vidas se apagan en un solo instante? Por favor, que este presente nunca termine. Cuando esa hoja parase de girar y llegase a la fría y húmeda tierra, acabaría su excusa para esconderse de la realidad.

Y de nuevo los zapatos de uniforme, las ruedas de los vehículos, el cordón

policial y aquella sensación de haber vuelto desde un lugar muy lejano. Rojo, azul, rojo, azul, rojo y azul. Las luces de las sirenas también podrían comportarse de manera hipnótica, pero aquello era otra cosa. Tornillos y plástico. Nada que ver con el pulso natural de un ficus centenario.

—Teniente, hemos encontrado restos de sangre a unos metros de aquí, en la esquina de la calle José Celestino Mutis, justo detrás de dos bombos de basura. —El teniente estaba allí de pie, delante del árbol y de la víctima, pero el agente que pasaba el informe dudó mucho de que su jefe estuviese presente en espíritu y alma. Su mirada estaba vacía, como si sus ojos los hubiese tomado prestados algún fantasma extraviado. Aun así, continuó—: He estado hablando con uno de los agentes forenses y parece ser que todo apunta a que fue allí donde le seccionaron la cabeza. No la mataron aquí. Colgaron a la víctima del árbol una vez decapitada.

Román asintió levemente, como si ese tipo de cosas se pudiesen comprender.

—¿La habéis encontrado?

—No, estamos en ello.

—Buscadla.

El cabo de la Guardia Civil se retiró sin decir nada más. Sabe Dios dónde puede estar la cabeza de esa pobre mujer: en el fondo del mar, en el vertedero, enterrada en la playa, en el frigorífico del asesino. A ver cómo cojones organizo yo la búsqueda de una cabeza humana de manera eficiente. *Cagoenlamar*, qué fácil es ordenar las cosas y esperar de brazos cruzados.

Cuando Román se quedó solo delante de la escena, se pasó la palma de la mano por la calva, como si así pudiera peinarse los problemas y que todo cobrara un sentido. Querías un trampolín para tu ascenso, ¿no? Pues aquí tienes: la gloria o el fin de tu carrera. El coronel iba a disfrutar de lo lindo viendo cómo se hundía de mierda hasta el cuello con aquella investigación. En apenas cuarenta y ocho horas se habían producido dos asesinatos en la ciudad que se suponía debía proteger. En Cádiz estaban acostumbrados a los trapicheos con hachís y cocaína, a los robos de menor grado y a las denuncias por violencia doméstica. Quizá algún borracho o alguna prostituta fallecida en la calle. Pero no a esto. No dos homicidios de estas características. Uno despellejado. Otra sin cabeza, colgada como un péndulo macabro en la rama de un árbol.

Los tobillos hinchados, a punto de estallar en una explosión de carne y

sangre coagulada, ennegrecidos y lacerados por la soga que los mantenía atados. La bata y el pantalón del pijama empapados en una sangre oxidada que comenzaba a tomar tonos oscuros. Los brazos estirados por la fuerza de la gravedad, los dedos retorcidos, casi rozando el suelo, como si pidiesen a gritos que la bajaran ya de allí y le diesen sepultura bajo el abrigo de la tierra. La carne troceada y deshilachada sobresaliendo entre las vértebras que algún día sostuvieron una cabeza de mujer. La tierra que estaba justo debajo del cuerpo invertido tenía tonalidades más oscuras, empachada de sangre. De nuevo una chapuza, un trabajo premeditado y estudiado, pero llevado a la práctica a la ligera y sin profesionalidad alguna. Golpes poco certeros con algún arma cortante, demasiados intentos, demasiado sufrimiento innecesario. Al teniente le llegó un escalofrío cuando encontró una similitud entre aquellos hilitos de músculo y carne humana que sobresalían del cuello y las raíces del árbol.

La realidad no parecía serlo en absoluto, le llegaba amortiguada y sin demasiados colores. Una sensación parecida a la de perder las gafas de lejos. ¿Náuseas? Sí, por descontado. Si un cuerpo humano decapitado y colgado por los pies no las provocaba, no lo haría nada en este mundo.

La sargento Sánchez pasó cerca de allí mientras sostenía una tablilla con los datos de la víctima.

—Desirée, ¿qué sabemos de la víctima? —El teniente no reconoció su voz en esas palabras. Parecía como si la garganta se hubiese tragado toda la saliva.

La agente se paró en seco, levantó la mirada del folio y se recolocó el pelo detrás de la oreja.

—Se llamaba Inés Valeros Romero, mujer de cincuenta y seis años, viuda. Vivía en José Celestino Mutis, la calle que tenemos justo a nuestra espalda. Un taxista dio el aviso al 112 de madrugada. Dijo que había algo colgado del árbol, ni siquiera quiso acercarse. La joven que comenzó a gritar desde el cordón policial hace unos minutos dice ser su hija. La estamos interrogando, pero ahora mismo no parece estar en condiciones de aportar gran cosa. Piensa que su madre debió de bajar la basura de madrugada, su coartada es que se quedó dormida justo después de despedirse de ella. El ruido de las sirenas, las ambulancias y la curiosidad la han levantado de la cama esta mañana. Nos queda mucho trabajo por hacer, pero de momento no tenemos razones para sospechar de ella.

Una brisa tibia con olor a mar obligó a la sargento a recolocarse el flequillo con la mano que sujetaba el bolígrafo. El saco de carne y sangre coagulada que colgaba del árbol giró suavemente, como si fuese la bailarina de una de esas cajitas de música vista del revés.

—Ninguna persona merece ver a sus seres queridos en estas circunstancias. Deberíamos tener la posibilidad de escoger la imagen que queremos dejar en la memoria de los vivos una vez que no estemos. Esa chica nunca olvidará la instantánea de su madre colgada como un cerdo del árbol. Toda una vida resumida al recuerdo de una sola imagen. Es totalmente injusto.

—La capitán sicóloga no se ha separado de ella desde que la metieron en la ambulancia. Nadie se espera que casos como estos puedan ocurrir en Cádiz. Vea todo esto como una oportunidad irrepitable para conocer un poco mejor el funcionamiento de la mente del asesino, aprender de su *modus operandi*, aportar nuevos datos a la UOJP.

—Veo que te pones cachonda con toda esta fiesta.

—Interés profesional, mi teniente, poco más. Esto no se ve todos los días, desde luego, no vamos a aburrirnos.

¿Eso era una lombriz? Sí, algo viscoso se movía entre las hojas secas y la tierra. De pronto, al teniente le asaltó la imagen de cientos, miles de gusanos imaginarios pululando por la escena del crimen. Larvas, uñas llenas de sangre, huesos manchados de tierra, dientes sueltos, moscas y el olor dulzón de la muerte. Sus hijos, sonriendo, como en una fotografía. Me cago en la puta, esto es lo que debe de pasar cuando uno se va haciendo viejo.

—Tendríamos que bajar el cuerpo ya de ese maldito árbol.

No fue hasta después de hablar cuando se dio cuenta de que aquello había sonado a súplica. Sabía demasiado bien que el procedimiento debía llevarse a rajatabla. Después de todo, era su pellejo el que estaba en juego. Un error en la toma de evidencias o en la cadena de custodia podría costarle el puesto. Lo de la reputación vamos a dejarlo a parte, que de eso tampoco se come.

Levantó la mirada al cielo, pocos antídotos hay más poderosos que el azul de lo infinito. Hizo un par de respiraciones profundas y la lombriz cobró un sentido natural. Pero cuando volvió a bajar la vista recordó que la muerta seguía allí. Una mano se posó sobre su hombro derecho. El respingo fue inevitable, pero el calor de los seres vivos le reconfortó de inmediato.

—No se martirice más, mi teniente. Atraparemos a ese capullo.

Y después de eso, una palmadita en el hombro, a modo de apoyo

emocional. A modo de despedida. No era habitual este tipo de gestos entre superiores y subordinados. Al fin y al cabo, la Guardia Civil es un cuerpo castrense, con sus saludos militares, su marcialidad y todas esas cosas. Pero, en según qué circunstancias, la jerarquía, el respeto y los galones pasan a segundo plano. Lo humano siempre vence a lo impuesto.

La sargento Sánchez se unió a un grupo de cuatro guardias que tomaba apuntes desde una distancia considerable, como si a fin de cuentas a todos les costase acercarse a la muerte. Quizá fuese eso lo que necesitase el teniente: retirarse unos pasos de aquel portal al mundo de los muertos.

Entonces fue a darse media vuelta. Y cuando lo hizo notó los pies torpes y las piernas flojas. La pistola le pesaba en la cadera como muestra de una responsabilidad que cada vez se le antojaba más opresora. El botón del cuello del uniforme le ahogaba y los zapatos le apretaban los pies.

La multitud que comenzaba a apelotonarse detrás del cordón policial pudo ver a alguien cabizbajo que se alejaba de la escena del crimen. Sus hombros eran los de un hombre que parecía cargar con el peso del firmamento. Un hombre solo, derrotado, que daba un paso detrás del otro como el que huye de sus peores fantasmas.

—¿Qué habrá pasado? ¿De verdad que eso que hay ahí colgado es una mujer?

—Y yo qué sé, tía. El caso es que a la uni no se puede pasar, esto está acordonado por todos lados. Hoy tenemos la mañana libre —soltó una pelirroja, que hizo una pompa con el chicle—. ¿Me acompañas a la plaza, a ver si encuentro algo para la fiesta de este viernes?

La amiga se encogió de hombros. Ella también llevaba días pensando en comprarse unos vaqueros nuevos. Fernando había puesto por el grupo de WhatsApp que se pasaría por la fiesta. Necesitaría unos pantalones pitillo, que le reafirmasen las piernas con los tacones.

Las dos estudiantes le dieron la espalda al cordón policial y se marcharon hablando de esto y de aquello entre risitas nerviosas.

Una mosca jugueteaba entre los pies hinchados del cadáver.

CAPÍTULO 19

10.18 h. Calle Doctor Marañón. Centro de salud Olivillo, 27 de abril de 2016

De buenas a primeras parece que llega el momento en el que uno no está cómodo consigo mismo. Como si un día nos levantásemos con la sensación de vivir en un cuerpo que no es el nuestro. Antes no me dolían las rodillas al subir las escaleras. Esta tos de las mañanas no es normal. El corazón este me pega un susto cualquier día. Hacerse viejo, hacerse viejo de verdad, jode más que cuando a uno se lo cuentan. Con lo que yo era antes... Y lo peor es que todo va ocurriendo de forma paulatina, sin avisar. Un día te miras al espejo y te das cuenta. Como un susto, como si la mismísima muerte te diese el primer tortazo.

¡POM!

La puerta de la consulta se abrió de golpe y de ella salió una madre que había entrado minutos antes con su hijo agarrado de la mano. Ahora lo llevaba en brazos y se fue directamente para la salida del consultorio sin mirar a los que quedaban en la sala de espera. Ahí os quedáis, mi hijo ya tiene su tratamiento y se va a curar pronto.

Patricia miró el reloj. Tenía prisa. A las once debía estar en el colegio. Aquella mañana tenía que supervisar una excursión de los alumnos a la panadería La Gloria.

Desde dentro de la consulta se escuchó una voz desganada, propia del que lleva media vida dando la misma orden, en el mismo tono, con el mismo ritmo. El mismo imperativo día tras día.

—Si-guien-te.

Y la siguiente se levantó de la silla de plástico bajo las miradas celosas del resto de los pacientes que esperaban su turno. En aquella sala había un ambiente tenso, como si todos compitiesen por ver primero al hombre de bata

blanca, como si pasar por esa puerta fuese la panacea y los males y los dolores desapareciesen de un plumazo.

—¿Permiso?

Nadie contestó. Tampoco hizo falta. Patricia entró en la consulta cerrando la puerta a su espalda. Un hombre escondido detrás de unas gafas pasadas de moda hacía veinte años miraba el teclado de su ordenador de forma muy atenta, como si las letras estuviesen correteando de un lado para el otro en su escritorio. Cazó algunas teclas y en sus ojos aumentados por el cristal de las gafas pudo verse el brillo de la victoria.

—Patricia, ¿verdad? —preguntó, sin despegar la cara del teclado, con ambos dedos índices levantados y preparados para hurgar entre las letras.

—Sí. Patricia Espinosa —contestó ella mientras se sentaba en la silla que estaba justo enfrente del escritorio.

El doctor Aguado se acomodó las gafas sobre la nariz y tardó un par de segundos en orientarse en el laberinto de vocales y consonantes que se desperdigaban debajo de sus dedos. Patricia se puso el bolso sobre la falda. Tecla, tecla, tecla, tecla, tecla.

Tecla.

Dedo anular que se empuja el puente de las gafas.

—Bien, usted dirá.

Estaba allí sentada para eso, para explicar lo que le pasaba. Incluso había practicado mentalmente la manera de enumerar sus síntomas, de naturalizarlos, de restarles la importancia que tenían, como si fuese una lista de la compra. Sin embargo, le fue imposible controlar el rubor que le iluminó el rostro en ese momento. Hay problemas que se pueden contar a un doctor de cabecera: dolores de cabeza, los calores sofocantes, el retraso en el periodo. Pero hay ciertos asuntos que una se guarda para sí misma. Como el hecho de que después de las duchas se mirara desnuda en el espejo, mientras se acariciaba la barriga y se la imaginaba con la piel tersa, abultada. Incluso, de vez en cuando, se llevaba una mano a la espalda baja y la arqueaba hacia delante, como si el peso de la barriga quimérica le cargase los lumbagos. ¿Cómo decirle que sufría de envidia corrosiva cuando veía a una madre con el cochecito de un bebé? Que se tenía por una mujer hueca, vacía, incompleta. Que desde el atentado a su marido había perdido toda la ilusión y, ahora, la propia naturaleza la sentenciaba a deshacerse de todos sus sueños. Que, a pesar de todos sus esfuerzos, se había dejado atrapar por la oscuridad

que rodeaba a su marido, dejando escapar los días y los años como el agua entre los dedos de la mano. Que vivía con un nudo constante en la garganta que solo hacía aumentar cuando pasaba por delante de un escaparate de ropa para recién nacidos. Pero esas cosas no se cuentan. Ni siquiera a su madre. Mucho menos a su marido. Estos asuntos se guardan en el bolso, escondidos en la cremallera donde está la estampita de la Virgen del Carmen y los clínex llenos de mocos.

Tomó aire y contestó:

—Desde hace unas semanas sufro de calores repentinos, me sube por el estómago hasta el esófago, hasta parecer que una mano me está agarrando por el cuello. Me levanto casi todas las mañanas con dolor de cabeza y no hay pastilla que me alivie. —El doctor asintió como para parecer interesado—. Tengo un retraso, en la última menstruación apenas he manchado un poco. Tengo cuarenta y siete años. Creo que soy el ejemplo perfecto de lo que la gente suele llamar una mujer a la que *se le ha pasado el arroz*.

Tecla, tecla, tecla. Y silencio.

El doctor mirando la pantalla del ordenador con cejas cansadas.

—¿Está tomando algún tipo de medicación?

—No.

—¿Nota usted sequedad vaginal?

—También, puede ser.

¿De verdad estaban conversando sobre la lubricación de su vagina? Es algo que ni siquiera se había planteado, pero lo que sí era cierto es que aquello no era lo mismo que cuando tenía veinte años.

—¿Y cuánto dice que lleva de retraso en el periodo?

—Catorce días.

—Bueno, quizá sea un poco precipitado pensar que está usted en periodo menopáusico.

—¿Y los dolores de cabeza? ¿Los calores sofocantes? ¿La edad?

El doctor Aguado se quitó las gafas y se acomodó en su asiento mientras se cruzaba de brazos. Ahora sus ojos tenían el tamaño de una persona normal.

—Vale, es cierto que tiene usted todos los síntomas de la menopausia. Solo digo que aún tenemos que hacerle las pruebas pertinentes. Suele ser un proceso bastante difícil de aceptar para algunas mujeres. Tómese con filosofía, es ley de vida y contra eso no podemos hacer nada.

¿Estaba intentando consolarla? Un hombre de hojalata con bata blanca

moviendo la boca y soltando palabras que parecían salidas de una grabadora. Patético.

Patricia le retiró la mirada, apoyó las manos en los reposabrazos de la silla y barrió la habitación con la vista. Como queriendo encontrar algo que la alejase de todo aquello. Una camilla negra con un mantel de papel, un biombo, una nevera con las vacunas y los antibióticos, una papelería, un peso de balanza. Al final se decidió por el póster que había pegado con celo en una de las paredes. El dibujo a color de dos cuerpos humanos, uno femenino y otro masculino. Ambos desnudos y sin piel, mostrando los huesos, los órganos y los músculos. Cuerpos perfectos para su estudio. Cuerpos ficticios. Simples dibujos, papel impreso, pero a Patricia se le fueron los ojos hacia los órganos reproductores del uno y del otro. Maldita sea, ¿qué hicimos mal en esta vida, amor mío?

—De todos modos —continuó el doctor, despertándola de su ensimismamiento—, voy a prepararle un volante para que le hagan una prueba de orina, de sangre y visite al ginecólogo. Él sabrá decirle si todos sus síntomas son producto de la menopausia o no. Hay veces que el estrés puede provocar este tipo de retrasos en el periodo.

—Como usted vea. —Resignada.

Tardó un tiempo infinito en actualizar el historial de Patricia en el ordenador. En el taco de recetas que había sobre el escritorio dibujó unos cuantos garabatos. Arrancó la hoja de papel y se la acercó a la paciente de un latigazo.

—Entregue esto a la señora que está en la recepción de la entrada. Ella le dará cita para los distintos análisis y el especialista.

La puerta de la consulta se abrió y todos los que estaban en la sala de espera levantaron sus cabezas para ver a la señora de rostro ceniciento, llevaba el bolso agarrado en el pecho y no se lo pensó dos veces para dirigirse a la salida y alejarse de aquella pesadilla.

El llanto de un recién nacido rasgó el silencio de la sala de espera.

—Si-guien-te.

CAPÍTULO 20

11.42 h. Calle de la Torre, 27 de abril de 2016

Estaba cansado de esperar. Y hay ciertos asuntos que exigen soluciones rápidas. Aguantar tanto no puede ser bueno y la salud de uno es lo primero, digan lo que digan. Así que salió a la terraza, se puso cómodo y comenzó a apretar mientras observaba cómo las nubes se deslizaban suavemente por el cielo azul. Adriano aún no se había levantado de la cama y Patricia había salido por la mañana temprano con el rostro apesadumbrado, como la que parece que se dirige a un velatorio. Su adiestrador en la escuela canina había sido un hombre serio, mohíno y autoritario que solo sabía dar gritos. Ahora sus dueños no parecían felices en absoluto. No había conocido a más humanos en su corta vida, pero suponía que la mayoría de ellos eran iguales: vivían asustados, esclavos de unas reglas que ellos mismos se habían inventado. Muy pocos conocían lo natural, esa felicidad que produce la libertad de saltarse las normas, de hacer lo que a uno le apetezca sin temer lo que los demás puedan pensar.

Madre mía, qué gusto.

Cuando hubo liberado el repentino peso, movió la cola y posó la mirada en el sonajero de goma que estaba en la esquina de la terraza, justo al lado de una planta podrida y reseca. A veces le daba la sensación de que, en aquella casa, el único ente vivo era él. Sus dueños se movían de un lado para el otro como fantasmas de otro mundo. Comían, charlaban. Incluso de vez en cuando sonreían, pero lo hacían de una manera tímida, rápida, como si fuese un pecado ser feliz entre tanta desdicha. Bah, esta gente no tiene remedio. Acho se dejó de tonterías y fue directo al sonajero, lo agarró con la boca y comenzó a agitarlo. Lo soltó de nuevo en el suelo y miró a un pajarillo que había llegado revoloteando hasta la cornisa de la terraza. Con la mirada preguntó: «¿Qué pasa, tío? ¿Cómo va todo?». Los animales no son seres que

derrochen las palabras, así que volvió a mirar el sonajero y lo mordió con sus dientes húmedos mientras movía la cola y respiraba como si hubiese acabado de correr una maratón.

El timbre estrepitoso del teléfono comenzó a sonar dentro del piso.

El pájaro que descansaba en la cornisa salió volando. Una serie de ruidos extraños parecieron provenir desde el dormitorio. Acho asomó la cabeza al salón, curioso, a través del ventanal entreabierto.

El teléfono no paraba de sonar y a los pocos segundos la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Del interior de la habitación salió un monstruo que farfullaba de manera ininteligible con el rostro desfigurado, de paso torpe y con la única vestimenta de unos calzoncillos slip dos tallas más grandes. Movía las manos por delante, como si pudiese moldear el aire. El bípedo, de buenas a primeras, le dio una patada con la espinilla a la pata de la mesa que había delante del sofá. El florero se tambaleó y Adriano empezó a blasfemar. Si Acho fuese capaz de reírse habría soltado una carcajada en ese preciso momento.

Su dueño acertó a descolgar el teléfono inalámbrico, a sentarse en el sofá y a modular la voz para parecer una persona normal. De esos afortunados que tienen una vida como otro cualquiera. Casi nueve putos años fingiendo, hasta los huevos.

—¿Sí?

—Adriano, soy Román.

—Joder, teniente, ¿qué coño pasa ahora? Parece mi novia llamándome cada cuarto de hora.

—Déjate de gilipolleces, Adriano. Ha aparecido otro cadáver.

Un segundo de silencio, como para reubicarse en medio de la oscuridad.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Esta mañana, de madrugada. Los forenses han establecido la hora del homicidio sobre las tres de la madrugada.

—Un momento. —Adriano dejó el inalámbrico sobre el sofá. Con la mano derecha pulsó uno de los botones de su reloj de pulsera y una voz robotizada salió del aparato: «Las doce menos cuarto»—. Son casi las doce. Supongo que podrá adelantarme algo más de información sobre el caso.

—Ahora mismo se acaba de marchar el forense, hemos marcado y recogido las evidencias, pero estamos en las mismas de la otra vez. *A priori* no parece haber nada que nos pueda llevar a identificar al asesino.

—¿Ningún indicio?

—Nada. Sobre la yema del dedo índice de la víctima hemos vuelto a encontrar una mancha sospechosa de sangre. La ha colocado ahí de forma premeditada, igual que con su primera víctima. La analizaremos, pero ya sabes que eso lleva su tiempo. Aún estoy esperando los resultados del análisis de la primera mancha que encontramos en el museo.

—Entiendo que todo apunta a que se trata de otro crimen del mismo asesino.

—Afirmo.

—¿Cómo ha aparecido la víctima? Dígame que la escena guarda alguna similitud con la muerte de la hidra de Lerna.

El teniente tragó saliva antes de contestar.

—¿Por qué no me dejas que te lo cuente en persona? Estoy a menos de cinco minutos de tu casa. Estas cosas hay que hablarlas con tranquilidad.

—Si Patricia me descubre en casa con mi nuevo novio, me mata.

—¡Adriano, por Dios santo!

Adriano pudo imaginarse al teniente en la esquina de la calle, con el móvil en la oreja, solo, cansado y superado, probablemente con la palma de la mano acariciándose la calva o el bigote.

—Bueno, está bien. Acérquese por aquí un rato. Pero traiga churros o no le abro la puerta.

—Adriano, me cago en la puta. Malditas las ganas que tengo yo ahora de comer chu...

Acho vio como su dueño colgó el teléfono mientras dejaba a su interlocutor con la palabra en la boca. Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Una media sonrisa parecía estar asomándose por sus labios, como los primeros brotes tímidos que se abren paso desde la húmeda tierra, pero de pronto su rostro se contrajo y la sonrisa quedó en una mera ilusión. Adriano arrugó la nariz y levantó la cabeza como si hubiese olisqueado a una presa cercana.

—Acho. ¡Maldito chucho! ¿Dónde te has metido? ¡ *Cagondiós*,Acho, *cagondiós*! ¿Otra vez te has cagado en la puta terraza?

CAPÍTULO 21

12.08 h. Calle de la Torre, 27 de abril de 2016

Cuando la puerta se abrió el teniente se quedó petrificado, sin saber dónde mirar. Si abajo o arriba. Tragó saliva. Un hombre en slip había aparecido en el marco de la puerta. Tenía pelos por todos lados y además era evidente que tenía frío. Era eso o algo iba mal detrás de esos calzoncillos sueltos y holgados. Joder, menos mal que no he desayunado. Pero lo que realmente hizo que la garganta le absorbiese toda la saliva fue verlo sin las gafas de sol. Por primera vez se encontró frente a frente con lo que Adriano intentaba ocultar detrás de esos cristales opacos. Fue entonces cuando entendió lo cerca que había estado ese hombre de la muerte. La fina carne de sus párpados había quedado soldada, como si fuesen dos ventanas tapiadas. Las cejas habían desaparecido y por todo el contorno podían adivinarse unos salpicones de puntos negros. Sí, aquello debían de ser restos de metralla que los cirujanos habrían decidido no extirpar.

—He dicho que si no traía los churros, no entraba. Y yo solo huelo a sudor y colonia barata.

—En el freidor había una cola del copón, Adriano. Solo serán cinco minutos. Esto es importante.

Adriano se echó a un lado para dejar paso al teniente mientras algunas protestas se acumulaban en su boca. Lo único que Román entendió mientras entraba en la casa fue esto:

—Encima querrá que le haga un café.

—No te preocupes por eso, no te puedes ni imaginar las cosas que he visto esta mañana, siento como si tuviese el estómago revuelto. —«Además, verte así, en calzoncillos y a pecho descubierto, tampoco invita al apetito». Esto último no lo dijo, pero lo pensó.

—Como quiera. Vamos a la cocina. Yo me haré un café con leche. Me ha

dado grandes expectativas por teléfono. Supongo que me vendrá bien estar despierto para la conversación que vamos a tener.

—Son buenas horas para despertarse, desde luego.

Adriano se giró y acertó a clavar sus cuevas de carne en los ojos de Román.

—Duermo todo lo que puedo. Durante el sueño es el único momento donde veo rostros, colores, objetos, paisajes. Para mí es más divertido soñar que vivir en este otro lado al que usted llama realidad.

Román se quedó bloqueado, viendo cómo Adriano se alejaba en dirección a la cocina con las manos por delante. A los pocos segundos, siguió los pasos de su anfitrión y se sentó en una de las sillas que había por allí. Adriano quedaba de espaldas, palpando y rebuscando entre los muebles de la cocina. Desde atrás, la visión casi podía ser peor. Las costuras de los calzoncillos bailaban con cada uno de sus movimientos: allí solo había pellejo. Este hombre se está quedando en los huesos.

—¿Dónde ha aparecido el cadáver?

—Frente a la Caleta. Colgado del árbol del Mora, por los pies y bocabajo. —Hizo una pausa, pensó un segundo—. Aunque no sé si la expresión bocabajo está bien utilizada en este caso porque la víctima no tenía cabeza. Fue decapitada.

—Bueno, eso no debería pillarnos por sorpresa. Así fue como mató Hércules a la hidra de Lerna. Lo sabe, ¿no?

—Sí, algo así he leído estos días.

—Bien. A la hidra le salían dos cabezas por cada una que se le amputaba. Hércules las cortaba con su espada y su sobrino Yolao quemaba los muñones para que no renaciese otra. Así fue como mataron a la bestia: dejándola sin cabezas.

De pronto, una cucharilla cayó al suelo. Clin, clin clin. Adriano se agachó a recogerla.

—¡Adriano, coño, ponte algo! —Mientras se tapaba la cara con las manos, como protegiéndose de un destello lacerante.

El sargento jubilado no dijo nada. Se irguió recuperando la dignidad, echó la cucharilla en el fregadero y siguió manipulando la cafetera en la encimera. Con dedos torpes tentó y giró la rueda de la vitrocerámica. Un círculo comenzó a tomar tonos anaranjados. Adriano pasó la mano a escasos centímetros de la superficie de la cocina, como si estuviese practicando el

reiki y la transferencia de energías. Esta. Esta es la que se ha encendido. Puso la cafetera encima y preguntó de espaldas:

—La cuerda, ¿cómo colgó a la víctima? Esta vez ha dejado material suyo en la escena, tuvo que llevarla él mismo. ¿No han encontrado ningún resto que nos pueda llevar hasta él?

—Sí. Ha dejado una cuerda semiestática de diez metros. Nueva, del paquete. Con una mena de siete milímetros y medio. Normalmente usada en escalada. Pero está limpia. Al menos no tiene ninguna prueba física. Nada de pelos, huellas o fibras sintéticas que puedan haberse desprendido de la ropa. Aun así, siguen analizándola milímetro a milímetro en el laboratorio. Según me han dicho los técnicos, la marca de la cuerda es Simund, o Simond. Yo qué sé. El caso es que ahora toca ver dónde se vende ese tipo de material, recorrerse toda la provincia, por lo pronto, e interrogar a los comerciantes si hace poco vendieron una cuerda de esas características, probablemente a un hombre grande, fuerte, tal y como se adivinaba en el vídeo del museo. Lo suficiente como para trasladar y colgar un cuerpo humano desde la rama de un árbol. Es todo lo que tenemos.

—Bueno. Algo es algo.

Román siguió informando a Adriano. Si aquel atentado no hubiese dejado impedido al sargento para el servicio y estuviesen de uniforme, no habría sido usual que el superior le pasara novedades al subordinado. Pero en aquella cocina solo había dos hombres adultos, el que más y el que menos había vivido lo suyo. Ya sabían que la vida era un desastre en el que apenas se pueden salvar un par de muebles. El protocolo podía irse a tomar por culo. El teniente necesitaba su ayuda.

—Sí. Es cierto que, por el modo en que la ató, sabemos que no es ningún maestro de la cabuyería. Los nudos son una chapuza, aguantaron el peso de milagro. Y las prisas no son ninguna excusa. Los escaladores están preparados para hacer nudos limpios y adecuados en situaciones de estrés. Ese tío no tiene ni puta idea de escalada ni de nada que se le relacione. Es inteligente: ató la cuerda en una raíz que sobresalía e hizo polea con una rama para repartir el peso a la hora de izarla. Pero de nudos, nada. Un mamarracho. Si compró solo la cuerda, quizá sea más fácil localizar la venta. Si tenemos la suerte de encontrar al vendedor y que este recuerde algunas facciones, podríamos confeccionar un retrato robot.

Adriano dio media vuelta y dejó el azucarero sobre la mesa de la cocina.

Tenía las medidas bien aprendidas.

—¿Y la cabeza dónde está? ¿La han encontrado?

—No, hasta el momento. Tenemos a un equipo buscando por la zona, pero no hay ni rastro de ella.

—Ya lo suponía. Son sus trofeos.

—¿Cómo?

—El trozo de piel de la espalda, la cabeza. Los tiene como trofeos.

Adriano hablaba al mueble de la cocina mientras preparaba la taza sobre la encimera. Román supuso que para él tampoco había diferencias entre hablarle a una persona o al pomo de un mueble. La oscuridad es la misma.

—Además, en el dedo índice de la mano derecha de la víctima hemos encontrado otra muestra de sangre, igual que en el primer cuerpo. Como puesta con un cuentagotas.

—Ya se lo dije. Esa gota de sangre está puesta ahí porque quiere que perdamos tiempo con ella. No creo que nos lleve hasta el asesino. Es evidente que está ahí de forma voluntaria.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Dos asesinatos en Cádiz en apenas dos días. Me voy a volver loco. Hay cosas a las que, por más vueltas que le dé, no le encuentro lógica alguna. ¿Por qué estos lugares? —Mostró las palmas de las manos, como si alguien pudiese verle—. Esta vez le ha cortado el cuello a una mujer y la ha colgado en medio de la calle. Corre demasiados riesgos. ¿No le importa que alguien pudiese haberle descubierto con las manos en la masa? Coño, vale que a las tres de la madrugada no haya ni Dios en la calle, pero cualquiera podría haber pasado por allí mientras bajaba al perro y pillarle infraganti. Por cierto, ¿y el perro?

—Lo he encerrado en la terraza, el muy capullo se me ha cagado dentro de casa.

Adriano se dirigió al frigorífico, abrió la puerta y agarró el cartón de leche a la primera. Como si siempre lo colocase en el mismo sitio.

—El hombre al que seguimos la pista es un artista. ¿Que se arriesga en sus obras? Sí, ¿y qué? Hay veces que el resultado lo merece. —Adriano se encogió de hombros, como si hubiese dicho algo evidente. Dejó lo que estaba haciendo y apoyó las dos manos en el mármol de la encimera. Agachó la cabeza por unos segundos. Estaba pensando—. Un ilusionista. Un mago. Sí, más o menos. Muchos se han tragado espadas de medio metro o se han metido encadenados en tanques de agua. Amazing Joe Burrus murió hace

unos años mientras se enterraba vivo en un número de escapismo. Hay personas a las que les da igual arriesgarse si el efecto final vale la pena. — Adriano levantó la cabeza y volvió a dejar el rostro enfrentado con el mueble de la cocina. Continuó—: El asesino ya tiene todas sus escenas planeadas. De la primera hasta la última. Juega con los escenarios y con sus víctimas para representar los trabajos de Hércules. Si sabemos eso, podemos adelantarnos a su jugada y prever dónde va a hacer su próxima aparición. No hemos estado despiertos. Podríamos haber acertado que el asesino del museo iba a actuar en el árbol del Mora. No era tan difícil. A pesar de eso, yo tampoco me di cuenta.

—¿Cómo? ¿Cómo íbamos a saber qué escena escogería para su siguiente víctima?

—El segundo trabajo de Hércules fue matar a la hidra de Lerna.

—Sí, joder. Eso ya lo sabíamos. ¿Y qué?

—La hidra tenía nueve o más cabezas, según la versión de la leyenda. A eso añádale lo que hemos comentado hace unos segundos, que por cada cabeza arrancada salían dos más. Así que imagínese un monstruo de veinte o treinta cabezas, visualice sus cuellos alargados en las alturas, oscilando en el aire. Ahora piense en las decenas de ramas al vuelo de ese árbol centenario donde ha aparecido la víctima. El árbol es una representación del monstruo muy visual. La cabeza cortada. Solo que hay que tener buen ojo para verlo.

Era un chiste. Maldita la gracia que le hizo al responsable de la investigación.

—¡Me cago en la puta, Adriano! Me cago en la puta.

El teniente pegó un puñetazo en la mesa de la cocina y el cuenco con hojas secas que servía de adorno dio un bote ante la sacudida. Adriano se dio la vuelta en dirección a su invitado.

—Podríamos haber evitado esa muerte. Podríamos haberla evitado y no lo hicimos. ¡Joder! Esa responsabilidad me asaltará todas las noches como un puto fantasma cada vez que cierre los ojos.

Adriano guardó silencio durante un par de segundos. Pero terminó abriendo la boca para decir esto:

—Y todavía habrá gente que piense que los guardias civiles cobramos demasiado.

El teniente no contestó. Siguió con la cabeza agachada y con la mirada fija en las losas del suelo, como si así pudiese borrar la imagen del cuello

desmembrado, de los pies hinchados y amoratados de la víctima. El grito desgarrado de su hija detrás del cordón policial. Maldito hijo de puta.

Una lágrima se suicidó desde uno de los párpados de Román. Se pasó el dorso de la mano. Aquello nadie lo había visto. Aquella lágrima nunca existió. Levantó la cabeza y allí estaba él. Desnudo. Adriano no miraba. Adriano escrutaba con sus cuatro sentidos. Y quizá con algún que otro más. ¿En su rostro desfigurado podía adivinarse un ápice de tristeza, de pesar? Sí, podría ser.

Adriano no miraba. A Adriano no le hacía falta ver para percibir otras cosas. Como el impacto de una lágrima al estallar contra el suelo.

La cafetera empezó a silbar de forma tímida.

Ya olía a café.

CAPÍTULO 22

Rumanía, unos cuantos años atrás

El cielo estaba gris y llovía. Un burro rebuznó en la lejanía, dentro del granero.

Ella tenía los pies descalzos, sucios y medio hundidos en la húmeda tierra del arado. Su cabello era anaranjado, pero estaba desvaído, grasiento y pegado a un rostro salpicado de pecas y mugre. La ropa: llena de barro, deshilachada y con agujeros por aquí y por allá. Llevaba un peto de pana. Sí. Nunca olvidaría ese tirante derecho caído sobre su brazo. Sus ojos verdes. Como el brillo de dos esmeraldas enterradas entre la miseria y la podredumbre.

Alceo supo lo que era enamorarse la primera vez que llegó a la finca de Velkan. Uno de esos terrenos ilegales, yermos e incoloros, únicamente decorados por los grupos de chabolas rodeadas de empalizadas y alambres. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho con su familia, supo que tenía que huir. Estuvo andando durante tres días desde Braşov hasta Timisoara. Una maleta a la espalda, dos mudas, un paquete de galletas y cuatro monedas fue todo lo que pudo reunir antes de salir de lo que había sido su casa. Allí los gitanos pobres vivían en asentamientos en las afueras de la ciudad y aquella comunidad suponía el último refugio que le quedaba a Alceo para pasar desapercibido después de haber asesinado a sus padres. Por norma general, parecían sobrevivir recogiendo chatarra, trabajando la hojalata o pidiendo limosna en el centro de la ciudad. Esa era la parte visible de la comunidad gitana en ciudades como Lupeni, Timisoara, Braşov o Curtici, pero detrás de toda aquella pobreza llena de churretes se escondía una amplia red organizada que se dedicaba a robar pequeños negocios, a chantajear a los familiares de los secuestrados y al tráfico de emigrantes.

Rumanía se conocía como el segundo país más pobre de Europa. Todo el

mundo quería salir de aquel agujero. Pero hasta para huir hace falta dinero. No hay nada más provechoso que la mano de obra de una persona desesperada y las familias de gitanos, en algunas ocasiones, se beneficiaban de estos nuevos reclutas que vendían su alma. ¿Que no es un *tigan*^[5] de sangre? Ya, bueno. Pero este tío es capaz de hacer cualquier cosa por conseguir un billete a Francia, España o Alemania. Seguro que podemos sacarle provecho.

Además de la pelirroja, había dos hombres trabajando la tierra. Uno de ellos, el que se recogía el pelo con una cola, dejó lo que estaba haciendo y caminó decidido con todas las intenciones de cortar el paso al joven que se dirigía al patriarca. Velkan levantó un brazo y dijo con la mano: para, deja que el niño se acerque. Y el coletas obedeció. Las órdenes del viejo estaban para cumplirse. Alceo no se detuvo mientras todo esto ocurría, avanzaba, caminaba con un pie detrás del otro y la mirada fija en un objetivo. Sabía quién era el cabecilla. ¿Quién no lo reconocería con esa cicatriz atravesándole la cara? Las malas lenguas aseguraban que se la hizo él mismo, con el cuerpo de su hijo caliente aún entre sus manos. Lo habían matado en un asalto que él mismo había organizado a la finca de una familia Rudari. Dos semanas atrás le habían robado tres motos y eso no podía quedar así. Pocas torturas hay más tormentosas que la culpa. Así que Velkan, después de ver la suerte que había corrido su hijo, vio apropiado meterse la navaja en la boca y abrirse la mejilla derecha, allí donde su hijo lo besaba cada vez que lo veía entrar por la puerta de casa. Pero todo esto suelen ser habladurías de la gente, leyendas de gitanos. Seguro que no fue para tanto.

Apenas lo separaban unos metros de aquella cicatriz, del dueño de esas tierras, pero bajo todas esas miradas atentas aquello le pareció un camino eterno. El coletas se había quedado parado con los brazos cruzados. La pelirroja se apoyaba sobre la azada. Esa era la mirada que más le pesaba. Esa era la mirada que hacía que le temblaran las piernas. Palpó cada paso: llevaba días andando sin parar y tenía los calcetines empapados del agua de la lluvia.

—El capullo de mi padre está muerto y ya no puede saldar sus deudas. Trabajaré para usted a cambio de protección.

Sabía que con su atrevimiento se estaba jugando la vida. ¿Hablar directamente con el patriarca sin ser gitano? Pagaría por ello, pero qué más daba. Poco le quedaba que perder. Además, con el rabillo del ojo podía ver como la pelirroja lo observaba desde la distancia. Estaba lleno de gallardía,

del falso valor que provoca la mirada de una mujer. Velkan se quitó la boina y se pasó el dedo anular por la cicatriz que le atravesaba el pómulo derecho como si acariciase un mal recuerdo. Como si aquel joven evocase a su hijo muerto. Esperó unos segundos. Llovía. Algunas gotas resbalaron desde su flequillo canoso cuando aceptó con un movimiento de cabeza. No hizo una sola pregunta al chico. En este tipo de negocios, cuánto más se sepa, más cerca se está de la cárcel y de la muerte.

—Sé quién era tu padre: un hijo de puta que me debía mucho dinero. Llevas zapatos, pantalones y cinturón gracias al sueldo que le di a tu familia. Suelta tus cosas y descansa esta noche. A partir de mañana empezarás a pagarme para que te mantenga con vida.

De vez en cuando recibía palizas cuando el trabajo no era del agrado del patriarca, pero nunca le faltó un plato de comida.

Los secuestros estaban a la orden del día. Los Romà constituían una de las familias de gitanos más grandes de Rumanía y solían extorsionar a sus víctimas para que les hiciesen el trabajo sucio. O nos traes la furgoneta del frutero o violamos a tu mujer y a tu hijita. Pero Alceo no tenía familia y solo podían chantajearle con el billete al extranjero que habían acordado si prestaba un servicio rentable a la familia. Le habían designado un supervisor: Casper. Este era uno de los sobrinos de Velkan, un tipo de piel blanquecina y de una sola ceja. Feo. Delgado. Tanto que se dudaba que pudiera hacer sombra. Casper. Pero para matar a una persona a base de latigazos o para arrancarle las uñas de las manos no hacen falta músculos ni fuerza. Solo el poder de la autoridad. Y, si acaso, un cinturón y unos alicates.

—Yo soy el sobrino de Velkan, niño de mierda, así que ya puedes dejar de mirarme con esa cara si no quieres que te vuelva a reventar los labios de una patada. No sé qué ha podido ver el viejo en un *barabe*[6] como tú. Si por mí fuera, ya estarías dándole de comer a los gusanos.

Y le escupía. Normalmente en la cara. Algunas veces le decía que abriese la boca y le echaba las cenizas del tabaco dentro.

Araba la tierra, robaba coches, ordeñaba las cabras, daba tirones a los bolsos de las ancianas, sacaba agua del pozo, daba palizas a los morosos, recogía el estiércol de los burros. La chabola donde dormía crujía con claras intenciones de derrumbarse cuando hacía un poco de viento. El agua entraba

por las chapas que conformaban el techo y el suelo no era más que la tierra del mismo campo. Allí dormían tres, siete o doce personas. Un número muy difícil de determinar. Cada dos o tres días llegaba alguien nuevo con el rostro hinchado y amoratado. Otras veces desaparecían de un día para otro, sin avisar. Allí nadie hacía preguntas. Hay asuntos que es mejor no saber si se quiere conservar la vida.

Alceo se engañaba diciéndose que aguantaba todo eso por conseguir el billete a Europa, el viaje a una vida mejor. Pero la realidad era otra: soportaba las penurias de ser un peón de los Romà gracias a aquellos ojos.

La primera vez que escuchó su voz estuvo acompañada de un vientecillo que le acarició la oreja. Fue en un susurro, mientras todos dormían en la oscuridad de la chabola:

—¿Puedo meterme contigo debajo de la manta? Tengo frío.

Alceo abrió los ojos y se sorprendió al ver el rostro lleno de pecas de la pelirroja. Allí, tan cerca. Era de noche, en el exterior de la choza llovía con furiosa intensidad y las gotas redoblaban en las chapas del techo.

—Vamos, no pongas esa cara. Tú también debes de tener frío. Déjame que te caliente.

Ella rio sin hacer demasiado ruido y se metió debajo de la manta de Alceo. Le pasó un brazo por encima del hombro y entrelazó sus piernas con las del chico. Ella sonreía y sus ojos se iluminaron con el brillo de la granujería. Una sonrisa en las tierras de Velkan, ¿cuánto tiempo hacía que no veía una de esas? Sus rostros quedaron pegados, uno junto al otro, apoyados ligeramente por la frente. Un pedo tronó en la noche lluviosa desde una de las esquinas. Si hubiese sido un trueno, no habría sonado tan fuerte. Alguien se removió en su lecho y siguió roncando.

Entonces fue cuando ambos rieron con la excitación de ser descubiertos. Sus bocas apenas distaban unos centímetros. Si se pudiese congelar un momento para recordarlo después de muerto, Alceo habría escogido ese.

Quiso decir algo. Algo bonito o apropiado. Pero el silencio es mejor en estos casos y hay situaciones que pueden superar, incluso, a un hombre que ha sido capaz de apuñalar a su familia. Fue así como se quedaron durante unos segundos. Cuando sintió el calor de su mano en la entrepierna ya estaba empalmado. Él no hizo nada, solo se dejó llevar. Le bajaron los pantalones hasta las rodillas y ella se puso encima. Un tufo a sexo escapó de debajo de la manta. Allí, en aquella chabola, todo olía con mayor intensidad que en el

mundo real. El suave tacto de sus manos acariciándole el pelo, la curva de sus pechos a la altura de los ojos, la humedad de sus labios, la tontería, el delirio de un pequeño mordisco en la oreja.

Cuando su pene entró por primera vez en las entrañas de otra persona sintió el escalofrío que corresponde al que se siente vivo. Su corazón sonaba en el pecho, la respiración se le había acelerado. Se perdió en la profundidad de esos ojos verdes.

Un susurro en la oreja:

—Me llamo Jenica, y estaba deseando estar contigo.

Fuera llovía. Hacía frío y durmieron abrazados. A pesar de tenerla tan cerca, aquella noche soñó con ella.

Con los meses fueron perfeccionando sus encuentros. Jenica llevaba más tiempo allí y sabía que de madrugada nadie pasaba por la chabola donde guardaban las herramientas del campo. Allí olía a corrompido y apenas tenían espacio para tirar una manta en una de las esquinas y experimentar con sus cuerpos entre arados mohosos, palas llenas de estiércol y cuerdas podridas. Cualquier día pillamos algo malo. Pero, al menos, estamos solos.

Aquello no duraba más de dos o tres horas. El día que nos descubran nos cuelgan por el cuello. Y no todo era follar. Que a veces también quedaban para estar un rato abrazados mientras se prometían que saldrían de allí juntos, para soñar despiertos y hacer planes de futuro, para decidir cómo llamarían a su primer hijo. De vez en cuando también se decían que se querían. Eso era lo más cerca que se podía estar de la vida.

Aquella noche habían acordado verse en la chabola de las herramientas una vez que todos se hubiesen dormido, pero a Alceo le tocó ir a robar cochinos.

Casper:

—*Barabe*, móntate en la furgoneta. —*Barabe* era el peor insulto que podía escucharse en la comunidad gitana. A Alceo le importaba bien poco que lo llamasen de una manera o de otra, pero a Casper se le retorcía el rostro de asco cada vez que pronunciaba esa palabra—. Vamos a darle una lección a los Vstras. Velkan ha dicho que si todo sale bien, mañana comemos *mămăligă*^[7] con carne.

Y por el camino, las instrucciones. Entrar de madrugada en las tierras de los Vstras. Por el noroeste, al final del camino de tierra, allí tenían a los

cerdos. Yo abro la puerta de atrás de la furgoneta y pongo una chapa como si fuese una rampa para que los puercos suban, ¿entiendes, no? Aquí pueden entrar cuatro o cinco bestias. Ya verás. El patriarca está contento con tu trabajo, pero yo estoy hasta los huevos de tu soberbia y tu altanería. Así que no me des razones para que una bala perdida acabe en tu cabeza esta noche.

Alceo miraba las gotas de lluvia deslizarse por la ventanilla del copiloto. Era una noche oscura, las nubes velaban la luz de la luna. Hacía tiempo que las amenazas de Casper habían dejado de amedrentarle. Una vez que se ha experimentado el desprecio de un padre y la indiferencia de una madre, todo lo demás sabe a poco.

Cuando se bajó de la furgoneta los pies se le hundieron en el terreno encharcado. Esa humedad calaba hasta los huesos. Se puso la capucha del chubasquero y encogió los hombros, como si así se pudiese proteger de la lluvia. Tal y como había dicho Casper unos minutos antes, parecía que allí no hubiese nadie despierto. Las cuatro y media de la madrugada y con un temporal del copón. ¿A quién se le ocurre estar fuera de la cama en esas circunstancias? Habían apagado las luces de la furgoneta trescientos o cuatrocientos metros antes de llegar a las tierras de los Vstras y apenas se adivinaba el contorno de una estructura al final del sendero, unos pasos más adelante.

La punta anaranjada de un cigarro se asomó por la ventanilla del vehículo.

—Psst. Vamos, *barabe*. Cuanto menos tardemos, antes comemos *mămăligă*.

Alceo llevaba casi dos años trabajando para los Romà, ya se acercaba a los veinte tacos y había crecido diez o quince centímetros. Los brazos y el torso se le habían ensanchado con el arado y las palizas. El coco también se le había endurecido: desde hacía tiempo cumplía sus tareas sin pensar demasiado. Al fin y al cabo, lo de aquella noche no era más que una incursión de medio pelo. Entrar, guiar a los cochinos hasta la furgoneta y salir pitando. Peores cosas le habían obligado a hacer. Como romperle los dedos de la mano a los que supuestamente debían dinero a la familia o ver cómo Casper violaba a sus hijas. Lo dicho, mejor no pensar demasiado.

El almacén resultó ser de ladrillos de barro y dos grandes puertas aseguradas con una barra de metal oxidada eran el único obstáculo para acceder a su interior. Aguzó el oído y no pareció escuchar nada, pero el olor a lluvia, lodo y estiércol le confirmó que debía de estar en el lugar correcto.

Levantó la barra de metal. Me cago en la puta, cómo pesa esto. La dejó caer en la tierra y un salpicón de barro salió disparado desde sus pies. Se pasó la mano por la cara y empujó una de las hojas de la puerta. Al dar un paso al frente entró en una atmósfera espesa y caliente donde la mierda, el pienso, la humedad y la paja podrida parecían fermentar. Un bulto se removió en la oscuridad. Alceo afiló la mirada y se sacó del bolsillo derecho un puñado de piñones. Había hecho muchos esfuerzos para no comérselos él mismo en el viaje, pero el plato de *mămăligă* del día siguiente estaría mucho mejor.

La silueta se acercó. Hacía los ruidos propios de un cochino. Hubo un par de bultos más que comenzaron a removerse en la negrura. De pronto, un hocico mucoso y peludo le arrebató los piñones de la mano. Alceo palpó en la oscuridad y comenzó a acariciarle el cogote al animal con movimientos suaves. El bicho masticaba y parecía asfixiado. Este va a ser el primero. Lo guio con delicadeza hasta la salida del almacén. Una mano en el lomo y otra en el trasero. Ni puta idea de cómo llevar un cochino de un lugar a otro, pero el instinto suele funcionar en este tipo de situaciones. Cuando salió al exterior la lluvia y la brisa del invierno le refrescaron la pituitaria. Las puertas traseras de la furgoneta parecían estar abiertas. Casper ya lo había preparado todo. Solo quedaban unos pasos.

¡PAM! ¡PAM!

Me cago en la puta. ¿Eso habían sido dos tiros?

Alceo se agachó y miró hacia un lado y hacia el otro. El cerdo se removió nervioso entre sus manos pero consiguió agarrarlo con fuerza antes de que saliese corriendo. A unos metros habían aparecido las luces encendidas de una chabola recortada en la oscuridad. Un grito, amortiguado por la distancia y el ruido de la lluvia:

—*Cine este acolo?!*

Pero vamos a suponer que dijo algo así como: «¿Quién coño anda ahí?».

Y otros dos tiros. Al aire. A la negrura. Allí nadie veía nada. Y los animales se suelen inquietar con este tipo de cosas, así que el cerdo comenzó a dar brincos y a dar coces con las claras intenciones de librarse de su raptor y salir por patas. De pronto, la furgoneta puso el contacto y se encendieron las luces traseras.

—¡Corre, *barabe* de mierda! ¡Corre que nos cosen a tiros!

Todo esto ocurrió muy rápido. Empezó a escucharse como a mucha gente salir de sus chozas. Gritos, preguntas, insultos. Y otro reniego del cerdo.

Estate quieto, carajo. Lluvia, agua sobre la cara, de esa que cae con tanta fuerza que hace difícil ordenar los pensamientos. Pero entonces le sobrevino la imagen de su padre, borracho, diciendo una de las frases que siempre repetía cuando daba lecciones de *cómo* conseguir los objetivos en la vida.

—*Dacă vrei să călăuzi un porc, cu plăcerea trebuie să înșeală*[8].

Y sin pensar demasiado, en el fragor de la batalla, eso fue lo que hizo. Rebuscó con la mano en el trasero del animal y cuando encontró la obertura, hizo presión con el dedo índice. De pronto, humedad, calor y pelos. El cerdo se relajó como si le hubiesen inyectado un tranquilizante y se quedó a merced de aquella falange.

Como si de un joystick se tratase, Alceo guio al animal hasta la furgoneta. El cerdo iba directamente, sumiso, allá donde el dedo le ordenase. En apenas unos segundos llegaron a la parte trasera del vehículo. Cuando el puerco comenzó a subir la rampa, un tiro hizo saltar las chispas del lateral de la carrocería. Alceo notó cómo las esquirlas metálicas le entraban en el muslo izquierdo de la pierna. Me cago en mi estampa, entra ya, bicho. Empujó con el dedo y lo metió hasta el fondo del recto. El cochino dio un brinco y subió hasta el maletero lo más rápido que pudo mientras sus pezuñas arañaban la moqueta del interior.

Ruedas patinando en el fango, el rugido del acelerador y una oración entre los labios.

—Me cago en la puta, *barabe*. Lo que hay que hacer para comer un plato caliente de vez en cuando.

Alceo no contestó. Observaba como el rancho de los Vatrás se alejaba a toda prisa por la ventanilla trasera. Llovía. La pierna le ardía. Se había quedado mudo mientras se olisqueaba el dedo índice de su mano derecha. Era la primera vez que se había acordado de su padre.

Nunca preguntó de dónde venía. Al fin y al cabo, al que menos le interesaba hablar sobre el pasado era a Alceo. Jenica tenía la piel blanca y el pelo naranja. Estaba convencido de que ella no tenía sangre gitana, y mucho menos de la familia Romà. Además, Jenica también dormía en la choza y, al igual que él, tenía la ropa manchada de estiércol y sangre. Debía de ser una secuestrada o refugiada más. Ese era su único consuelo. A veces ser pobre no es la peor de todas las opciones.

Más de ciento cincuenta mil rumanos vivían en este tipo de asentamientos ilegales y no existían para las autoridades del país, para su sistema sanitario o para los servicios sociales. No existían porque no tenían ni podían obtener un carné de identidad. Así, de paso, uno de los países más pobres de Europa se ahorraba unas cuantas ayudas sociales. Un limbo legal: un paraíso para los traficantes de armas, las mafias, los gusanos y los sepultureros. Emigrar a cualquier otro país y hacer una vida normal, como fantasmas invisibles al resto de la sociedad. Pidiendo dinero, recogiendo chatarra, vendiendo pulseras. Sin nombre ni identificación. Pero eso es lo de menos. Un techo, una cama y el calor de Jenica. Alceo no necesitaba nada más.

Fue después de llegar con la pierna llena de sangre cuando le hizo la pregunta. El cerdo había llegado bien y Casper estaba poniendo al tanto a Velkan de todo lo que había sucedido. El tiroteo, los gritos, el disparo en la furgoneta. Allí nadie se preocupó por el estado de salud de Alceo, solo Jenica. Así que se fueron a la choza de las herramientas, ella le bajó los pantalones, como de costumbre, pero esta vez fue para observar su pierna con intensidad policial. Salió de la chabola sin decir nada y volvió al cabo de unos minutos con un cubo de agua, un par de trapos limpios y una vela para iluminar la habitación. Fue allí donde le dispararon por segunda vez en la noche:

—¿Alguna vez has matado a alguien?

Alceo hizo como el que se retorció de dolor mientras Jenica pellizcaba uno de los orificios para sacar la esquirra de metal. Intentó hacer algo de tiempo, pensar cualquier cosa que decirle para no contarle la verdad. Eso se llama miedo, temor a perder a la persona que se quiere. Pavor a que alguien lo conociese tal y como era en realidad. Aquel monstruo debía estar oculto para siempre o moriría solo o entre rejas.

—No, hoy no he matado a nadie. Me han disparado mientras intentaba huir de la granja de los Vatra. Les estábamos robando los cochinos. Estas cosas pasan.

Jenica dejó de hacer pinza con los dedos y levantó la mirada de la herida.

—No te he preguntado si hoy has matado a un Vatra en el tiroteo. Sé que ni siquiera te han dado un arma para defenderte. Te he preguntado si alguna vez, en tu vida, has matado a alguien.

Alceo guardó silencio durante unos segundos. Estaba tumbado bocarriba, con los codos apoyados en el suelo. Removió los brazos como si la postura

comenzase a molestarle y se incorporó un poco. Intentó ganar tiempo, pensar mil respuestas mientras acomodaba la espalda en la pared de la chabola, pero todas se apelotonaron en la cabeza sin que ninguna de ellas le pareciese convincente. Además, por mucho que algunos piensen lo contrario, a la mujer que uno ama no se le puede engañar.

—Sí, he matado.

—¿Bajo las órdenes de Velkan?

—No.

Silencio. Solo mirada verde. Y aquellos ojos no guardaban ningún atisbo de condena o rechazo. Simplemente lo invitaban a hablar. Allí estaba ella, para escuchar.

Y entonces fue cuando se lo contó. Hacía tiempo que Alceo no lloraba, pero aquella noche sintió que todo lo que había escondido escapaba libre a través de las lágrimas. ¿Llovía? Claro que llovía. No había un solo día en el que el agua no fuese la protagonista del cielo romaní. Lluvia y llanto, ¿qué mejor manera de contar la historia de uno mismo?

Le habló sobre la pesadilla que había vivido a lo largo de toda su infancia, de cómo se escondía debajo de las sábanas mientras escuchaba como su padre golpeaba a su madre. El ruido de los nudillos pegar contra la carne es asqueroso. De esos gritos ahogados y de ese susurro que de vez en cuando se colaba entre las finas paredes: para, por favor, que vas a despertar al niño. Del terror, de ese calor que le subía por el estómago cada vez que escuchaba las llaves de su padre entrar por la puerta de la casa. Del olor a alcohol, de los insultos y las amenazas de muerte que salían de la boca de la persona que más había admirado de pequeño. Ojalá no hubieses nacido, le pegué una buena patada a tu madre en la barriga cuando supe que estaba embarazada, pero no hubo suerte. Alceo también le habló a esos ojos verdes sobre la impotencia de ver a un ser querido sufrir y no poder hacer nada. Nada. Ni siquiera podía acercarse a su madre cuando quedaba tirada sin fuerzas en el suelo porque su padre le decía que las mujeres debían vivir así, arrastrándose por la mierda. Un día quiso ayudarla. Pudo ayudarla. Pero ella prefirió defender a su marido. Escogió seguir viviendo aquella tortura antes que ser feliz. Al parecer, su hijo no era suficiente. Alceo no significaba nada para su madre.

—Un día los maté.

Jenica dejó los trapos manchados de sangre a un lado, se acercó con

cuidado al hombre que había dejado de hablar para dejar paso a otro llanto desconsolado y lo abrazó. Dejó que pasara el tiempo, nadie sabe cuánto, hasta que su pecho comenzó a tranquilizarse. Le dio un beso en la frente. Volvió a susurrarle al oído, tal y como ella solo sabía.

—Tranquilo, estoy aquí contigo. Todo va a salir bien, ya lo verás.

Apoyó la cabeza en su hombro y comenzó a acariciarle el pelo. El pecho de Alceo fue tomando movimientos más pausados, más calmados. Jenica le dijo que no era el único que había pasado por una experiencia de ese tipo.

Le contó la historia de un héroe griego que al nacer recibió el nombre de Alceo, pero que al crecer y convertirse en adulto, fue honrado con el nombre de Heracles[9].

Él escuchó.

Con mucha atención.

12.26 h. Piso franco, 27 de abril de 2016

El trozo de piel que había dejado días antes frente la estatua de Hera comenzaba a arrugarse. En aquella habitación olía a carne podrida y algunas moscas revoloteaban caprichosas por la estancia. Si los dioses tuviesen algún olor, sería muy parecido a ese, sin duda.

Cuando Alceo dejó la cabeza de su última víctima encima del trozo de carne, lo hizo con cuidado, para que no se volcase. Su mirada se posó en sus brazos estirados y decorados con la tinta de los tatuajes. De manera fugaz pensó en su crecimiento espiritual, en la transformación que había sufrido en apenas unos años. Jenica lo había guiado hasta el perdón y, con esa segunda ofrenda sobre los pies de Hera, estaba más cerca de su salvación. El rostro de la mujer tenía un ojo cerrado y otro abierto, como si fuese una persiana rota. Estaba hinchado y los pelos formaban mechones impregnados de sangre seca. Ese ojo lo miraba, apagado y cada vez más seco. La punta de una lengua inflamada asomaba por la comisura de los labios. Burlona. Sintió como si la propia muerte le hiciese un guiño desde el averno.

Se sacudió levemente ante el escalofrío que le recorrió el cuerpo y se sintió afortunado. Las cosas estaban saliendo tal y como estaban previstas. Se quedó un rato así, de rodillas, con la palma de las manos sobre los muslos y enfrente a la diosa de piedra. Si pasaba los dedos por el muslo izquierdo

podía notar el relieve de las esquirlas de metal que se habían enquistado debajo de la piel. Como en una secuencia de imágenes se vio aceptando el dinero, los pasaportes y la matrícula falsa que Velkan le dio después de doce años de servidumbre. Jenica y él abrazándose dentro del Ford Fiesta robado, justo antes de encender el contacto y arrancar el motor para ponerse rumbo a España. La carretera, las miradas afines del piloto y la copiloto. De vez en cuando se daban un pico, sin desviar demasiado la atención de la carretera. No tenía mucha experiencia en la conducción. El carné de conducir también era falso. La llegada a Cádiz después de casi tres semanas de viaje. Abrazos en la Punta San Felipe donde abandonaron el coche a su suerte. Aventura, ilusión, una nueva ciudad para ellos dos. El martillazo a la puerta de una casa en ruinas de uno de los callejones del casco antiguo. En esta casa no vive nadie, aquí nos quedamos nosotros dos por un tiempo. Hay un cartel fuera prometiendo que van a reformarla con fecha de hace cuatro años. Bah. Y si los dioses tienen a bien, las vigas del techo aguantarán un poco más sin derrumbarse. Limpieza, abrazos y el poco dinero que les quedaba en una nueva cerradura y los cuatro muebles necesarios para la vida. ¿La estatua de Hera? Imprescindible para rendir tributo y no olvidarse del camino a seguir. Por internet uno puede encontrar de todo. Dos euros la hora en el ciber y encima la compra te la llevan a casa. Nos hemos quedado sin un euro. Qué más da. Siéntate aquí que te abraze. Calor. ¿Amor? Sí, también.

Doce trabajos y la salvación. Doce trabajos y serás libre, cariño mío.

La calidez de dos manos apoyándose sobre sus hombros lo despertaron de su ensimismamiento. Estaba desnudo y la cuchilla presentó su filo sobre el pectoral derecho. Una hidra de nueve cabezas vomitaba nubes de tinta azulada. El metal penetró en la carne y la frase, *σκοτώστε την υδρα ντε Λερνα*^[10], quedó seccionada por la mitad. El cuchillo atravesaba el pecho de Alceo como si fuese mantequilla. La sangre resbalaba por el abdomen hasta llegar a un miembro que comenzaba a endurecerse.

La cabeza decapitada vigilaba aquella escena a través de la única pupila que seguía conectada a este mundo.

Si los muertos abriesen la boca, tendrían miles de historias que contarnos.

CAPÍTULO 23

13.11 h. Panadería La Gloria, 27 de abril de 2016

—¡Juanito, estate quieto! No toques eso y atiende.

El niño dejó el rodillo de amasar de un porrazo sobre la mesa. Cuando vio que la profesora lo miraba con los ojos abiertos como compuertas de fuego, se unió al semicírculo de compañeros que escuchaban al maestro panadero.

La misma excursión año tras año. El obrador de la pastelería La Gloria recibía a los alumnos de segundo de primaria de todos los colegios de Cádiz. Los críos aprendían a hacer pan, a elaborar algunos pasteles básicos y a colocarse el gorro y el delantal. Al final de la visita le darían un diploma a todos los alumnos acreditando su participación en la actividad. Esa era la sorpresa final que la pastelería regalaba a los jóvenes visitantes. Estos se sentían orgullosos, presumidos de poder enmarcar el título de aprendiz de pastelero en el mueble del salón. Junto al cenicero de barro del día del padre. Era la octava vez que Patricia monitorizaba aquella excursión y desde la distancia, con los brazos cruzados, observaba cómo sus alumnos sonreían y cuchicheaban mientras se mostraban, los unos a los otros, lo pringosas que tenían las manos. Bendita juventud. Esa inocencia vale más que cualquier otra cosa en el mundo. Ella ya no disfrutaba jugueteando con la masa, manchando al compañero de merengue o maquillándose la cara con harina. Se había hecho mayor. A Manuel le brillaban los ojos mientras ayudaba a una de sus alumnas a hacer la silueta de Mickey Mouse con el pan. Patricia parecía haber perdido la ilusión por todo.

En aquella cocina hacía un calor asfixiante. Resopló. Su mirada se cruzó con la de Manuel pero la esquivó de inmediato. ¿No habría profesores con los que coincidir para tutelar la visita a La Gloria? Pues nada, le tuvo que tocar con él. Le sobrevino la imagen de los otros días. Cuando subió a su casa. Él sobre ella. Tan brusco. Tan suave.

De pronto, todos los niños gritaron al unísono:

—¡La levadura!

—Muy bien, chicos. Levadura. Sois unos niños muy listos. La levadura es un ingrediente fundamental en la elaboración del pan ya que realiza la fermentación. Es lo que hace que la masa crezca y esponje para que nos quede tan rico cuando lo metamos en el horno. —El panadero, un hombre entrado en años y con barriga de repostero, abrió los ojos como para hacer más interesante su *masterclass*—. La levadura es como los polvitos mágicos de la panadería.

Los niños se miraron con cara de alucine.

Polvos mágicos. Ya.

Se sentía fatal. Poco tormento hay peor que la culpabilidad. Un niño disfrutaba metiendo el dedo en la bola de masa que tenía entre sus manos. También recordó el dedo de Manuel. Y el calor de los hornos era insoportable. Cualquiera día de estos le iba a dar algo. Empezó a abanicarse con la mano. ¿Cómo podría haber llegado hasta tal extremo? ¿Cómo había caído tan bajo? Hizo cuentas rápidas y podrían llevar viéndose a escondidas casi un año. No todos los días ni todas las semanas. Claro que no. Solo cuando surgía. La primera vez fue la más difícil, ¿o no? El caso es que, después de eso, las demás veces había sido más fácil. Más placenteras. A veces se consolaba argumentándose que en todo lo demás le era completamente fiel a su marido. Joder, vivía por y para él. Los primeros años después del atentado fueron para echarse a llorar. De hecho, no recordaba un día en el que no lo hubiese hecho. Ver a la persona que más amaba en este mundo postrada en la cama. Olvidar su rostro y tener que cambiarlo por aquella máscara de piel fundida. Vestirle, hacerle la comida, peinarle, animarle, ponerse al día con los cuidados de un invidente. Dejar de salir a la calle. Aceptar la abstinencia sexual. Ese hombre tuvo tan mala suerte que no perdió solo el placer de la vista. En las buenas y en las malas, hasta que la muerte nos separe. Soportar su pesimismo, vivir con su oscuridad, dar ánimos cuando ni ella misma creía las palabras prestadas que salían de su boca. Y, sin darse cuenta, se había olvidado de su propia vida. ¿Cuánto tiempo hace que no me miro a un espejo?

No todo el mundo conoce ese tipo de amor. Llega a ser muy parecido al que experimenta una madre con sus hijos. Dar la vida por otra persona.

Quería tanto a Adriano que nunca llegó a sentir nada por Manuel.

¿Lástima? Bueno, sí. Puede que un poco de eso sí. Aquel hombre era todo lo que Adriano había dejado de ser. Le preguntaba cada día cómo iba la cosa en casa, era atento y de vez en cuando le soltaba algún que otro piropo. Un día llegó a decirle que estaba más guapa sin maquillar. Patricia se lo había dejado claro, estaba enamorada de su marido y Manuel no tardó en aceptarlo. Consintió las reglas del juego sin rechistar. Patricia nunca supo si encontrar a un hombre tan considerado fue un golpe de fortuna o una desgracia.

Había días que sabía que estaba viva gracias a él. Tenía pulso. Luego estaban aquellos en los que se sentía la mujer más sucia sobre la que se haya escrito jamás.

El panadero había dejado de hablar y los niños estaban haciendo churros con la masa. Manuel se encontraba ahora junto a Juanito, ayudándole a estirar la masa contra la mesa. Levantó la cabeza al sentirse observado y le sonrió. Una punzada en el pecho. Era culpabilidad. Seguro que era culpabilidad. Estaba segura de que nunca había sentido nada por él.

Y otra vez la imagen de los dos desnudos. El placer. El olvido de todo lo demás. Y su marido recluso en una muerte prematura. El calor de los hornos. El escándalo de los críos. Una risa nerviosa por aquí. Una carcajada por allá. Muchos niños y ninguno suyo. Era infiel. Formaba parte de ese tipo de personas que siempre había criticado. Que siempre había observado con recelo desde la distancia. ¿Cómo se puede ser así de ramera? ¿Cómo se puede hacer daño a la persona a la que se ama? Por Dios, un poco de aire. Las gotas de sudor por la frente. Y venga a abanicarse con la mano. Y venga a abanicarse. Por si fuese poco, ahora la menopausia. Su abuela muerta, en el féretro. Me he hecho vieja y no me he dado ni cuenta. Parece como si todo diese vueltas a mi alrededor a una velocidad vertiginosa.

El panadero pareció darse cuenta de algo. Por eso se acercó a ella con las manos llenas de harina para decirle:

—Señora, ¿se encuentra usted bien?

Patricia quiso contestar, pero no dijo nada. Sus sentidos se fueron apagando y el universo al que Adriano estaba acostumbrado la envolvió por completo.

Oscuridad.

Cuando abrió los párpados se encontró frente a frente con los ojos de Manuel.

¡Ay, Dios mío! Cuánto habría dado porque fuesen los de su marido. Pero aquello funcionó al igual que en los sueños. A los pocos segundos de despertar, su cerebro se reubicó y supo en la realidad en la que se encontraba. No. Los de él nunca volvería a verlos.

—Tranquila.

Una mano le acariciaba el pelo. Estaba tirada en el suelo y tenía las piernas levantadas sobre una silla. Miraba directamente al techo, había unas cuantas telarañas entre las vigas, pero lo que realmente le llamó la atención fue aquel silencio: alguien debía de haber sacado a los niños de la sala.

—Bienvenida, Patri. —Manuel le regaló una sonrisa. Es lo primero que siempre dicen que hay que hacer: quitarle hierro al asunto cuando se habla con algún accidentado—. Ha debido de ser una bajada de tensión, no te preocupes. En unos minutos estarás estupendamente. El panadero ha ido a por un poco de agua.

—Suéltame, no me toques.

La mandíbula le pesaba y parecía que hubiese hablado con una boca que no fuese la suya. Se escuchó algo así como: *Sohtame, no me toqueh*.

Manuel le hizo caso y retiró la mano de su cabeza. Estaba de rodillas junto a ella. Le enseñó las palmas de las manos, como para mostrar que estaba desarmado.

—Como prefieras. —Manuel giró la cabeza en dirección a la puerta. ¿Hasta dónde había tenido que ir el panadero a por el agua? Volvió a mirarla con rostro preocupado—. ¿Estás mejor? ¿Te vas recuperando poco a poco?

—No quiero volver a verte. —*Noh quero vove a vehte*.

—¿Cómo?

—Que no quiero volver a verte cerca de mí.

Esta vez sí se entendió mejor. Como si hubiese conseguido sacar energías de donde no las había. Además, comenzó a llorar, al principio de forma tímida, a los pocos segundos de forma descontrolada. A esa mujer le empezaba a faltar el aire. Lloraba. Lloraba. Y parecía que se le hubiese olvidado saber cómo se respira.

El panadero llegó con cara de haber visto a un fantasma. Tenía un vaso de agua entre las manos y se lo quiso entregar a Manuel como si fuese el Santo Grial. Pero el profesor no lo cogió.

—Yo voy a avisar a su marido. Quédese usted con ella, seguro que así se queda más tranquila.

Al salir de la cocina escuchó un llanto desgarrado, como si se hubiese liberado una vez que él hubo desaparecido. Le temblaban las manos. Buscó en la agenda del teléfono el contacto llamado «Patricia casa». Tenía que avisar a su marido. Él no era nadie para ella. No lloró, pero una fina capa brillante se había instalado en su párpado inferior. Rabia, impotencia y un nudo en la garganta.

Él sí que sentía muchas cosas por ella.

Y eso también era doloroso.

CAPÍTULO 24

14.21 h. Hospital Puerta del Mar, 27 de abril de 2016

Cuando Adriano apareció al final del pasillo con Acho, las gafas de sol y el bastón, ella estaba sentada en una silla de ruedas. Un enfermero acompañaba a su marido a modo de guía. Hace tiempo fue uno de los agentes más reconocidos de la Guardia Civil, ahora necesitaba una comitiva para llegar del punto A al punto B. Patricia suspiró y se llevó una mano a la frente. Le habían pinchado un calmante, Valium, por vía intravenosa. El doctor le había dicho que, cuando llegase a casa, iba a dormir como un gatito pequeño. Estaba cansada, agotada, como si aquel ataque de ansiedad hubiese consumido todas sus energías.

Vaya numerito he montado en la panadería.

Levantó la cabeza, Acho tiraba de su dueño como para animarle a que caminase más rápido. Desde la distancia le pareció ver que el rostro de Adriano estaba más pálido de lo normal. ¿Estaba asustado? Hacía años que no veía el destello de la preocupación en su semblante. Eso le hizo sentirse bien por un momento. Eso le rompió aún más el corazón.

Acho ladró.

Cuando Adriano llegó hasta la silla, Patricia lo cogió de la mano con la que sujetaba el arnés del perro. Estoy aquí, cariño. Y se hizo el silencio. Había mucha gente en ese pasillo observando la escena. Un invidente y una mujer en silla de ruedas. A esos dos los ha *mirao* un tuerto. De buenas a primeras, Adriano tiró el bastón al suelo y comenzó a palpar con las manos. Primero el pelo, la cara, los hombros. Se puso de rodillas y la abrazó mientras hundía su cabeza entre los pechos. Metió las manos entre la espalda y la silla y la apretó fuerte contra sí mismo. Quería sentirla. ¿Conocen el terror a perder lo único que les queda en la vida? Pues eso. Ella hizo lo mismo, aunque cuando levantó los brazos lo hizo como si le pesasen toneladas. Se quedaron así

durante unos segundos. El tiempo pareció pararse en aquel pasillo de urgencias y dio la sensación de que el silencio se apoderó de todos y cada uno de los presentes.

—Cariño, ¿qué te ha pasado?

—Acho —estornudó el perro.

—Estoy bien. No te preocupes —contestó Patricia mientras acariciaba con una de sus manos el cogote de Acho—. Me han dicho que ha sido una bajada de tensión y un poco de ansiedad. Debí de ponerme nerviosa cuando vi que me había desmayado. Nada importante.

—Te han drogado.

—¿Tanto se nota?

Adriano también deshizo el abrazo, pero siguió de rodillas, apoyando las palmas de las manos en los muslos de su mujer.

—¿El señor con voz de pito que me ha acompañado hasta aquí sigue a mi lado?

Patricia levantó la mirada desde la silla y sonrió al hombre con la bata celeste. Al ver que este no era capaz de decir nada, contestó ella misma.

—Sí, sigue aquí.

—Ha sido usted muy amable al guiarme hasta mi mujer, pero ahora necesito un rato con ella a solas. Espero que lo entienda. —Adriano había levantado la cabeza para dirigirse al enfermero, pero miraba al techo, a nadie en concreto. Patricia le recolocó las gafas de sol para que le quedasen rectas sobre la nariz.

—Claro, claro. Disculpen. —Voz de pito.

Los pasos se alejaron en el pasillo y el resto de los espectadores pareció volver a sus conversaciones. Uno de ellos, incluso, volvió a tener la necesidad de toser, como si estuviese enfermo.

Acho comenzó a besar la mano de Patricia.

—Venga, ahora de verdad. Cuéntame qué te ha pasado.

—No sé. Estaba con los críos en la panadería y de pronto todo comenzó a darme vueltas. Cuando abrí los ojos estaba tirada en el suelo. Yo no me di ni cuenta. No recuerdo nada.

—¿Te has golpeado la cabeza? ¿Te has hecho daño?

—No, por lo visto el panadero me agarró antes de caer desplomada.

—¿Quién más estaba contigo?

—Manuel. El profesor de plástica.

—¿Es él el que me ha llamado por teléfono?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Se ha ido.

—¿Y te ha dejado aquí sola?

—Sí. Yo misma le dije que se fuera.

El rostro de Adriano había ido perdiendo ese tono de preocupación que había mostrado al principio. Dejó pasar un par de segundos antes de decir nada más. Ahora parecía atento, curioso.

—Me hubiese gustado darle las gracias. Estrecharle la mano.

—No es necesario.

Y Adriano la miró. Patricia sentía como si de detrás de esos cristales opacos saliesen unos tentáculos que la manoseaban por dentro. Palpaban entre sus entrañas a ver qué podían encontrar. Había algo ahí, lo sabía, pero no lograba saber qué era exactamente. Hay cosas que son más difíciles de captar que el impacto de una lágrima.

Cogió el bastón, agarró el arnés de Acho y se puso de pie.

—Bueno, ¿podemos irnos a casa?

CAPÍTULO 25

21.08 h. Avenida de la Independencia, comandancia de la Guardia Civil, 27 de abril de 2016

Solo. Solo largo. Cortado. Capuchino. Con leche. Agua caliente. ¿Se habría pedido algún ser humano, alguna vez, un vaso de agua caliente en aquella máquina de café? Es cierto que últimamente estaban entrando muchos musculitos de pocas luces en el cuerpo y no era raro ver las fiambreras repletas de atún y arroz, los batidos de proteínas y las barritas energéticas por aquí y por allá. Hace veinte años no había tantas dietas, coño, y corríamos detrás de los malos con los mismos cojones. Si me veo a uno de mis agentes con un vaso de agua caliente y una bolsita de té, me lo empuro.

Uno tiene sus límites.

Pulsó el botón de SOLO LARGO y la máquina empezó a temblar como si fuese a despegar de la lanzadera. Bastante apropiado. Al mejunje que salía de aquella máquina lo llamaban café cohete: era beberlo, tirar el vaso de cartón en la papelera y salir disparado para el váter. Aun así, lo bebían, y mucho. No les quedaba otra. A partir del mediodía la cantina estaba cerrada y la única fuente de cafeína era esa máquina de café. Además, así también se mantenía la línea. Las empresas de yogures y galletas ricas en fibra terminarían en la quiebra si se conociese el café que servía aquella máquina.

Un pitido suave. El brebaje había terminado de hacerse. Así que cogió el vasito y se dirigió hacia su oficina. Estando en casa de Adriano lo habían llamado por teléfono. Por lo visto, a su mujer le había dado una bajada de tensión en el trabajo. Se puso nervioso. Tanto que tardó menos de un minuto en vestirse. Le colocó el arnés al perro y le pidió, por favor, que le acercara en coche hasta urgencias. Adriano, tranquilo, que solo ha sido una bajada de tensión, seguro que está bien. De camino al centro de salud, en el coche, le entraron ganas de contarle los dos años que pasó de hospital en hospital de la

mano de su mujer. Después de casi treinta y cinco años de servicio, el cáncer era el peor asesino con el que se había cruzado hasta el momento.

Pero no le dijo nada. Se lo guardó. Le parecía una muestra de egoísmo por su parte. ¿Para qué atormentar a ese hombre aún más con sufrimiento ajeno? Cada uno carga con su vida a cuestas.

En el trayecto a su oficina quiso pasarse por la sala de monitores. Los pasillos de la comandancia estaban desiertos a esa hora. Apenas se cruzó con un par de agentes que estaban de guardia. A la orden, mi teniente, buenas noches. Buenas. Y cada uno con sus cosas. Cuando se asomó por el marco de la puerta de la sala de monitores, el cabo Setó tenía los pies apoyados sobre la mesa y el teléfono móvil en las manos. A Román le subió una acidez biliosa por el esófago. Me cargo a este tío cualquier día.

—Buenas noches, mi teniente —dijo el cabo Mateo con la doble intención de mostrar respeto al mando directo y de avisar a su compañero. Setó despegó la cara del teléfono móvil, vio quién estaba allí y bajó las piernas de la mesa de un latigazo.

—A la orden, mi teniente.

Román lo miró sin decir nada. Si su mirada tuviese veneno lo habría matado siete u ocho veces. Dio un trago al café y tuvo que hacerse el hombre para mantener la compostura: se había achicharrado la lengua.

Se llevó el puño a la boca y tosió. Como si se aclarase la voz. Coño, cómo quema esto.

—¿Qué novedades tenemos?

—Le he mandado un correo electrónico, teniente —contestó Mateo mientras señalaba la pantalla del ordenador que tenía delante—. Le he adjuntado el informe de los interrogatorios que les hemos hecho a los vecinos y a la hija de la víctima. Aunque ya le adelanto que puede ahorrarse la montaña de folios. No hay nada de interés y casi todos repiten lo mismo: era una mujer que no se metía en nada, no sé cómo alguien le ha podido hacer eso, no se lo merecía. También le he adjuntado la agenda del teléfono móvil de la víctima además de las últimas llamadas recibidas. El equipo de búsqueda sigue peinando la zona, por si apareciese la cabeza de una vez por todas. El cuerpo llegó a la morgue hace unas horas y tendremos noticias de los técnicos forenses en breve. También le he firmado el recibí de un paquete que ha llegado a su nombre desde Madrid, lo tiene sobre la mesa de su despacho.

El teniente asintió, satisfecho. Después de eso miró al cabo Setó. Sus ojos preguntaban.

—Yo estaba echándole un vistazo al Facebook de la hija. —Ambos agentes se miraron. El cabo Setó se encogió de hombros—. Tampoco he visto nada que pueda resultar de interés.

A este tío me lo cargo. Por mi padre.

Se acercó al cabo Mateo, cogió una silla y se sentó a su lado. Se cruzó de piernas y bebió del café.

—Entra en Google y pon: «Trabajos de Hércules».

Salieron 459.000 resultados en 0,65 segundos. Román señaló el primer enlace, el de la Wikipedia.

—Tenemos documentos más fiables donde contrastar la información que la Wikipedia, mi teniente.

—Cállate y pincha. No tengo tiempo para especializarme en historia clásica, ese no es mi trabajo. Se supone que hay un catedrático encargado de eso. Por cierto, ¿dónde está?

—En su casa, supongo —contestó Setó.

—Llámalo, lo quiero aquí cagando leches.

—Son las diez de la noche, mi teniente...

—Haz lo que te he dicho.

Setó no volvió a abrir la boca. Se levantó de la silla y salió de la sala. Ya tenía algo que hacer.

Trago al café.

En la pantalla del ordenador había aparecido la historia completa de Heracles encabezada por la imagen de una de las pinturas de Antonio Pollaiuolo: *Hércules y la hidra*. Román no pudo evitar una punzada de dolor en el pecho. Hizo una señal para que el cabo bajara rápido con la rueda del ratón, lo paró cuando llegó al tercer trabajo. Matar a la cierva de Cerinea.

La cierva de Cerinea, en griego antiguo, *Κερυνίτις ἔλαφος*, era una criatura fantástica de la mitología griega. Fue el tercero de los trabajos de Heracles. Debía capturar a la cierva para llevarla viva a Micenas y entregarla a Euristeo.

La cierva de Cerinea tenía pezuñas de **bronce** y cornamenta de oro, estaba consagrada por la pléyade Táigete a la diosa Artemisa, ya que era una de las cinco ciervas que la diosa había intentado capturar para

engancharlas a su carro y había sido la única que había logrado escapar.

La cierva era muy veloz (tanto que las flechas de Heracles no la alcanzaban) y no le resultaría fácil a Heracles atraparla: la persiguió día y noche sin descanso hasta el país de los Hiperbóreos. Allí la capturó mientras abrevaba y después la llevó a Euristeo. Heracles tardó un año en capturarla. Otra versión, sin embargo, decía que la captura se produjo junto al río Ladón.

Heracles era consciente de que si derramaba una sola gota de sangre de la cierva, tendría que dar explicaciones y sufrir el consiguiente castigo. Aprovechando que la cierva estaba bebiendo, Heracles le atravesó las dos patas por la piel utilizando una flecha que hizo pasar entre el tendón y el hueso, sin llegar a derramar su sangre. Una vez inmovilizada, la apesó y la llevó a Micenas. Su gran hazaña sirvió de ejemplo a otros muchos héroes de la Antigüedad.

—Bien, mándame eso también a mi correo.

Mateo hizo gala de su habilidad con el teclado. Clic. Control C, control V. Clic. Clic.

—Enviado, ya lo tiene.

—A ver, un segundo. —El teniente cogió él mismo el ratón y subió un poco el texto. Con el dedo índice comenzó a releer el artículo—. Aquí es donde quiero llegar, donde mató a la cierva. Hay dos versiones. En el país de los Hiperbóreos o junto al río Ladón. Vamos a ver qué carajo es eso del país de los Hiperbóreos, ¿no?

Román pinchó en el enlace y comenzó a leer en silencio. Cuando llegó al final no pudo evitar mostrarse desilusionado. Le dio un trago al café, lo dejó sobre el escritorio y cogió un *post-it*. Apuntó con letra rápida: «Posibles lugares donde volverá a actuar el asesino del museo: junto a un río o algo relacionado con los Hiperbóreos, tierra de vientos».

Mateo leyó con descaro la nota.

—Pero en Cádiz no hay ríos, no al menos en la capital. Solo tenemos el Guadalquivir y el Guadalquivir, que pillan bastante lejos de la ciudad. Y lo del viento es bastante... subjetivo. Casi podría considerarse que todo Cádiz es tierra de vientos. Nuestras playas son las preferidas para muchos surfistas.

El cabo Setó asomó la cabeza por el marco de la puerta. Ya he avisado al catedrático de historia. Viene para acá en un rato. Ninguno de los dos le

prestó atención. Se encogió de hombros. Seguro que me han escuchado, yo ya he hecho mi trabajo. Y se fue a fumar.

—Se trata de explotar esta información para adelantarnos al autor de los crímenes de Hércules. Podemos prever dónde va a realizar su siguiente golpe. Que todo Cádiz sea tierra de vientos no me vale. Necesitamos un punto concreto. Quiero que te ocupes de esto: llama a Velázquez, Santana y Gómez. Quiero a toda la UOPJ echando humo por las orejas. Quiero que le digas a ese *atontao* de Setó que espabile o le meto un paquete por desidia. Quiero un puto plano de Cádiz pinchado en el corcho como en las series de la FOX. Quiero chinchetas de colores, banderillas, fotos, notas con los posibles lugares donde el asesino pueda escenificar el tercer trabajo de Hércules.

—A la orden, mi teniente. Una cierva, río y viento.

—Trabajamos contra reloj. Podemos salvar vidas. Entiendes esto, ¿verdad? Mateo asintió con la cabeza.

Román le dio una palmada en el hombro. Vamos, trabaja. Confío en vosotros.

Cogió el vaso de cartón y apuró el café. Lo encestó a la primera en la papelera.

—En un rato me paso por aquí. Voy al cuarto de baño.

Cuando salió del aseo, vio al cabo Setó al fondo del pasillo cargando un tablón de corcho debajo del brazo. Mateo andaba de un lado para el otro sin rumbo fijo mientras hablaba por teléfono. Lo más probable era que estuviese llamando a sus compañeros para que fuesen a hacer horas extras. Malas noticias, sin duda. Que si tengo que recoger al niño de karate, que si mi mujer está mala, que si estoy en Leroy Merlin comprando una lámpara para el salón. Me cago en la puta, ¿y tiene que ser ahora? Pues sí. Tenemos trabajo, y más vale que vengas pronto porque el jefe está hasta los huevos de este caso.

En el mundo de la milicia muchos envidian las estrellas y las líneas amarillas de los mandos. Algunos incluso las admiran, como un premio, como si tener tres estrellas de ocho puntas sobre el hombro fuese la solución a todos los problemas. Cuando se está en la base de la pirámide siempre se piensa que al escalar posiciones uno va pasando a mejor vida. Pero ser jefe no es tan fácil como parece. Román se había quedado calvo y vivía con la eterna sensación de que cualquier día de estos le iba a dar un infarto. Ahora cargaba

con el peso inhumano de poder evitar futuras muertes. Adriano le había abierto los ojos. Malditas frases hechas. Sabían que el asesino seguía la pauta de los trabajos de Hércules. Sabían que escenificaba todos sus homicidios de manera que estuviesen relacionados con estos trabajos. Solo había que encontrar las conexiones, buscar posibles lugares que puedan estar vinculados con la historia de la cierva de Cerinea.

Él era el responsable de que aquella pesadilla llegase a su fin. De que no muriesen más inocentes. De que no llorasen más hijas. Allí se iba a trabajar las veinticinco horas del día. No estaba preparado para cargar con el peso de otra víctima a sus espaldas.

Cuando entró en su despacho pulsó el interruptor y se encendió la luz.

En lo primero que reparó fue en ese zumbido de la lámpara fluorescente. Yo aquí partiéndome los cuernos y la vida por el cuerpo de la Guardia Civil y no son capaces de gastarse cuatro miserables euros en cambiarme la bombilla.

En lo segundo en lo que se fijó fue en el sobre cerrado que había sobre su mesa. Había llegado por correo certificado y tenía un sello con la palabra confidencial en tinta azul. En su ausencia, el segundo más antiguo o el encargado de la oficina estaban autorizados para recibir el correo que llegase a nombre del jefe de la unidad. Por respeto, se dejaban sin abrir para que los leyese el teniente.

Román agarró el sobre y se sentó en su despacho. Giró la silla a un lado. Giró la silla hacia el otro. Tamborileó con los dedos sobre la madera de la mesa. Abrió el segundo cajón del escritorio y sacó el abrecartas.

Ras. Ras. Ras.

Era un informe. Cuando leyó el título pensó que el corazón se le saldría por la boca:

RESULTADOS ADN DE LA MUESTRA DE SANGRE ENCONTRADA EN LA VÍCTIMA DEL MUSEO.

CAPÍTULO 26

Sí. En esa analítica había un nombre.

CAPÍTULO 27

22.19 h. Calle de la Torre, 27 de abril de 2016

—Adriano. Adriano, escúchame. Lo tenemos.

—¿Que tenéis qué?

—Al autor de los crímenes de Hércules.

Patricia se había recuperado a lo largo de la tarde. Comieron una *pizza* precongelada que Adriano se atrevió a meter en el horno. No tenía excusa. Desde siempre había sido un pésimo cocinero. Después de eso se recostaron en el sofá, apoyaron las cabezas en el respaldo y se pusieron a conversar durante un rato. De esto y de aquello. De nada importante, nadie habló de sus problemas en realidad. Hacía tiempo que habían dejado de hacerlo. Progresivamente, Patricia fue entrando en un trance místico que la hacía vocalizar cada vez más lento. Se había tomado un par de calmantes después de la cena y no tardaron en hacer efecto. Se quedó dormida. Adriano lo supo por el silencio.

Palpó por el sofá hasta encontrar la mano de su mujer y entrelazó los dedos con los suyos. Los dos anillos se rozaron y Adriano se regaló un suspiro. Con la otra mano comenzó a acariciar el suave manto de pelos que tenía a su izquierda. Algo le chupó los dedos. Esquivó la lengua y volvió a colocar la mano sobre el lomo de Acho. Estaba caliente, respiraba. Latía.

Estiró las piernas y las colocó sobre la mesita del salón.

De vez en cuando la soledad se hacía menos intensa. Y los colores de la ceguera parecían calmarse, como el agua estanca de un embalse.

También se quedó dormido.

No siempre estaban peleando. Aunque hace unos segundos su mujer lo hubiese despertado con un golpe en el brazo y un tono de voz irritado, antipático. Seco: el teléfono, es para ti.

—¿Y lo habéis atrapado?

—La sangre encontrada en la escena del crimen corresponde a Iván Dumitrescu, varón de treinta y tres años, rumano. En 2011 lo pillaron robando en la joyería Gordillo, de la calle San Francisco. Dos años preso en Puerto I y a la calle. En la caja apenas había ochenta euros. Ya ves. El caso es que eso sirvió para que fichasen su ADN por atraco a mano armada. Ahora su sangre está presente en la escena de dos homicidios.

—¿Pero dónde lo tienen? ¿Está encerrado en los calabozos de la comandancia de Cádiz?

—Aún no lo hemos atrapado, Adriano. —Esto lo dijo como si fuese algo natural y lógico—. Lo hemos puesto en conocimiento del juez de instrucción. Hasta el momento no lo hemos localizado. Tenemos un dispositivo desplegado de agentes de paisano en el perímetro de su domicilio, estamos esperando el auto de entrada. De un momento a otro recibiremos la llamada telefónica que nos dé luz verde para entrar en su casa.

Adriano escuchó esto último sin poder evitar una punzada de decepción. Papeles, permisos, responsabilidades de unos a otros. Manos lavándose. La misma historia de siempre. Por si fuese poco, la idea de que el asesino que tenía patas arriba a todas las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado de Cádiz fuese un criminal de tres al cuarto no le hizo ninguna gracia. Pillado infraganti en el atraco a una joyería. ¿De verdad ese era el mismo hombre que ahora era capaz de despellejar y decapitar a dos personas sin dejar ni rastro? Se llevó los dedos a la frente, se masajeó las sienes y, acto seguido, buscó el muslo de Patricia. Estaba sentada a su lado, en el sofá. Seguía allí.

—¿Ha oído usted eso de vender la piel del oso antes de cazarlo?

—Vamos, Adriano. Hasta hace unas horas me preguntaba si estábamos detrás de alguien real o de un fantasma. Ahora lo tenemos todo. Sabemos su nombre, su número de cuenta corriente, su estatura, su domicilio. Tenemos la fotografía de su ficha policial. ¡Tengo ahora mismo su careto en la pantalla de mi ordenador! No sabes lo que me ha podido entrar por el cuerpo cuando lo he visto, cuando le he mirado por primera vez a los ojos. Tenemos a una persona de carne y hueso, Adri. Lo conseguimos.

¿Adri? Román estaba notablemente ilusionado al otro lado del teléfono. Adriano supuso que eran las ganas de cerrar el caso las que no le permitían ver al teniente ciertos asuntos.

—Recuerde que esa sangre estaba presente en la escena del crimen porque el asesino así lo quiso. De forma voluntaria. Tanto en su primer trabajo como

en el segundo.

—¿Y qué quieres decirme con esto?

—Que el homicida, después de despellejar la espalda de un hombre o cortar una cabeza, se toma la molestia de colocar esa muestra de sangre en el dedo índice de sus víctimas. Si han logrado identificarle es porque él ha querido que así sea. No lo olviden.

El teniente resopló al otro lado de la línea.

—Tenemos a la mejor Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil a nuestra disposición. De hecho, ya tengo a nueve hombres de la UEI preparando sus chalecos y sus fusiles de asalto. No es necesario que te preocupes por eso.

—Además, hay algo que no termina de cuadrarme. —Adriano hizo una pausa. La pierna de Patricia empezó a moverse de manera inquieta. La acarició. Tranquila. Acabo en treinta segundos. Solo una cosa más—. Un ladrón de pulseras y zarcillos no se corresponde con la personalidad de nuestro hombre.

—Eso fue hace más de cinco años. Es muy probable que la mente del sospechoso haya mutado, evolucionado en una inteligencia criminal mucho más desarrollada. Ha estado dos años preso, se ha codeado con los peores delincuentes del país. Además, hace un par de días llegó a mi despacho un informe completo que hablaba sobre el perfil del autor de los crímenes de Hércules. Y hay varias coincidencias con el historial de Iván Dumitrescu. Es él, sin duda.

—No me dijo nada de que estaban trabajando sobre un perfil.

—Ni siquiera yo lo tuve en cuenta. De esas cosas se encargan los de análisis y yo he estado de mierda hasta las orejas. Estos días han sido una verdadera locura.

—Ya.

—El caso es que, según este perfil, el asesino muestra la personalidad de un hombre extranjero de mediana edad que no ha sido atendido de pequeño y que necesita llamar la atención de alguna manera. Quiere protagonismo y por eso firma sus obras. Busca que lo admiremos. Deja su rastro porque no puede soportar que su trabajo quede en el anonimato. Es su juego. Todo apunta a que estamos trabajando en la dirección correcta.

—¿Y quién ha hecho ese perfil psicológico del asesino? ¿En qué indicios se han basado? Me gustaría leerlo. ¿No será el trabajo de uno de esos becarios

de la carrera de sicología que tienen en la comandancia?

El teniente tosió y cambió de tema.

—En todo caso, su sangre ha sido encontrada en la escena de un crimen. Creo que son razones más que suficientes como para hacerle unas cuantas preguntas.

Adriano no abrió la boca. No le daría la razón al teniente. Eso en la vida. Pero tampoco podía hacer lo contrario. Al fin y al cabo, después de recibir los resultados de la analítica no tenían otro camino. Estaban obligados a seguir la secuencia lógica. Localizar y atrapar a ese hombre: había estado físicamente en la escena de un crimen.

—Espero que tenga suerte, teniente.

—Ya te contaré cuando tenga novedades. Muchas gracias por todo, de corazón. Me has servido de gran ayuda.

Hubo un segundo de silencio y a Adriano le pareció suficiente. Se separó el teléfono de la oreja y buscó con el dedo gordo el botón para colgar la llamada. Escuchó la voz de Román desde el auricular. Parecía como si alguien lo hubiese encogido y realmente estuviese dentro del inalámbrico. Le estaba intentando decir algo más.

Pulsó el botón y colgó.

No tuvo que esperar demasiado. Patricia se removió y le retiró el teléfono de las manos.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, avances del caso.

Permanecieron callados un rato más, pero Adriano notó algo parecido a la electricidad que hay en el ambiente antes de la tormenta. Patricia tenía más cosas que decir. Solo estaba escogiendo las palabras adecuadas. O quizá estaba reuniendo fuerzas para pronunciarlas.

—Cuando sucedió todo esto me prometiste que te ibas a olvidar del trabajo. Mira por todo lo que hemos pasado. Por lo que estamos pasando. — La voz le vibraba—. Nadie va a agradecerte nada. Nadie va a venir a tu casa a ver cómo estás. De hecho, se olvidaron de ti durante todos estos años. ¿No te das cuenta del sufrimiento que me provoca saber que estás metido de lleno en el ajo? ¿Que estás involucrado en la investigación del asesino más peligroso que jamás ha conocido Cádiz? ¿Que puedes volver a estar en el punto de mira de gente peligrosa?

Adriano se giró en el sofá en dirección a su mujer, como si quisiese tener

una conversación mirándola directamente a los ojos. Tomó sus manos a la primera, estaban apoyadas en su regazo. Es como si la estuviese viendo. Sus dedos temblaban ligeramente. Hacía apenas unas horas que había salido de urgencias y no quería que pudiese darle otro ataque de ansiedad. Le acarició las manos, se las llevó a la boca y las besó. ¿Cuánto tiempo hacía que no le regalaba un gesto así? No quería que sufriese. Y punto.

—Tranquilízate, cariño. Es imposible que corra algún tipo de riesgo. Todo lo que ves es de forma extraoficial. Estoy asesorando —se arrepintió de haber utilizado esa palabra. Era demasiado formal—... Estoy ayudando a un viejo amigo que lo necesita. Nada más.

—Dios, eres como un niño pequeño. Eres incapaz de reconocerlo. Has estado presente en la escena de un crimen, en la comandancia de la Guardia Civil y recibes llamadas del responsable de la investigación a todas horas. Dijiste que no te ibas a involucrar en este caso y no dan un paso en la investigación sin consultártelo antes.

—Han pedido saber mi opinión en un par de ocasiones, nada más. No estoy involucrado en el caso de los crímenes de Hércules. A mí esto me la trae al paio.

A veinte céntimos de euro la respuesta: palabras con siete letras.

Embuste. Falacia. Patraña. Trolero. Trápala. Gallina.

Cobarde.

Patricia retiró sus manos como una centella y las de Adriano quedaron en el aire durante unos segundos. Como si tuviesen la esperanza de que volvieran de un momento a otro.

—No me creo nada. Me lo prometiste y me has mentido. —Lloraba.

—Te estoy diciendo la verdad. Me mantiene activo, me he dado un par de vueltas y he salido a la calle. ¿No es eso lo que querías? Míralo por el lado bueno.

—¿Y no puedes hacerlo sin ponerte en peligro?

—Vuelvo a repetirte: no estoy en peligro.

—¡Estás hurgando en la vida de un asesino en serie!

—¿Y qué? Ese ha sido siempre mi trabajo.

Patricia fue a decirlo —«Y mira cómo has acabado»—, pero todo quedó en un sonido ahogado entre sus labios. Renegó con la cabeza. Lo único que fue capaz de decir, cansada, impotente, fue esto:

—Solo piensas en ti. No tienes solución.

—Todo el mundo piensa en sí mismo. Tú también piensas en ti algunas veces. ¿O no?

A Adriano se le escapó un dedo acusador. Y lo dejó así, congelado en el aire. Como para hacer más firme su recriminación. Cuando hablaban de lo realmente importante, siempre lo hacían de esta manera.

Entonces, el silencio. Ese silencio que desgarrar las tripas. Ese silencio que acompaña la espera de una respuesta.

—Nunca he pensado en irme. Siempre he estado a tu lado. —Y rompió a llorar desconsolada.

De inmediato, Adriano refuló. ¿Irse? El simple hecho de haber contestado con esa última frase demostraba que sí lo había hecho. Que por la cabeza de su mujer había pasado en algún momento la posibilidad de *irse*, de escapar de aquella pesadilla. De tener una vida normal. Miedo. Terror. Pánico. Le dolió el corazón como si se lo hubiesen apretado con unos alicates. Por primera vez en su vida temió verse solo. Solo de verdad. No podía reprocharle nada y eso lo hacía aún más lamentable. No se reconocía. No era el mismo hombre que nueve años atrás. Antes de... Estaba perdiendo a esa mujer. A la mujer que lo quería de verdad. Pavor.

—Tienes razón.

—¿Cómo?

—Que tienes razón. Me he dejado llevar por la necesidad de estar ocupado, de sentirme útil una vez más. No he sido capaz de pensar que tú podrías sufrir al verme implicado en la primera línea de fuego. Lo siento, de corazón.

Patricia soltó un largo suspiro.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

—No volverás a colaborar en las investigaciones de los crímenes de Hércules.

—Nunca más.

También con siete letras:

Mentira.

CAPÍTULO 28

02.21 h. Piso franco, 28 de abril de 2016

Alceo echó la cortina a un lado y se asomó por la ventana. Un barrendero con uniforme reflectante estaba lanzando un par de bolsas en el camión de la basura. Las luces naranjas y amarillas del vehículo alumbraban la noche de aquella calle de forma intermitente.

Ya lo dijo ese cerebritito de origen judío: el tiempo es relativo.

Porque, sin darse cuenta, había llegado hasta esa casa. Los últimos treinta y dos años de su vida habían pasado como una película a la que se le hubiese dado al botón de adelantar a toda velocidad. Nacer. Llorar. Comer. La melodía de una cajita de música. Dodo: el perrito de peluche con el que dormía en la cuna. Gritos. Peleas. Su padre borracho. Su madre llena de golpes. Más llantos, pero estos a escondidas, reprimidos. El colegio. Las palizas. La soledad. Puñalada. Puñalada. Puñalada. Puñalada. Puñalada. Sus padres muertos. Velkan, Casper y los ojos de Jenica. El primer beso. El primer polvo. Robos. Palizas. ¡Corre que nos pillan! Veintinueve años ya, madre mía. La llegada a Cádiz. El sol. Adiós a la lluvia. La luz de la salvación.

Y aquella ventana.

En aquella ventana que comenzaba a empañarse con el vaho que salía de su respiración, el tiempo parecía haberse congelado. Una calle con las esquinas meadas. Un barrendero con cara de llevar muerto muchos años. Un gato que lo mira durante medio segundo, pero sale corriendo. Imágenes vacías, tirando a negro. Detrás de ese cristal todo parecía congelado. Incluso el tiempo.

Había llegado hasta allí a toda velocidad. Veía su vida pasada como el paisaje que muestra la ventanilla de un tren que viaja a toda máquina. ¡Chu Chuuu! Ahora la locomotora se había parado y mostraba una imagen plana,

aburrida, sin colores.

Un beso aterrizó en su nuca afeitada y lo abrazaron desde atrás. Alceo no podía dejar de mirar por el cristal. Entonces, el susurro en la oreja:

—Está todo preparado. Ya casi estás en el final. Solo tienes que esperar.

Palabras robadas de su madre: la esperanza es la hija de la paciencia.

Madre, cuánto te echo de menos.

CAPÍTULO 29

07.46 h. Comandancia de la Guardia Civil, 28 de abril de 2016

El teniente despertó en su despacho. La luz entraba por las persianas. ¿Era de día? Le dolían la cabeza, el cuello y la espalda de dormir en aquella silla. Tenía la boca pastosa y le olían las axilas. Bajó los pies de su escritorio y descolgó el teléfono.

—Teniente Román.

—Román, ¿qué tal? Soy Evaristo.

¿Evaristo? ¿Quién cojones es Evaristo? El juez de instrucción.

—Dígame, ¿podemos entrar?

—Podéis entrar.

Román colgó. Recogió su chaqueta y salió al pasillo.

—¡Quiero a la Unidad Especial de Intervención lista en diez minutos!

CAPÍTULO 30

08.24 h. Glorieta Ingeniero la Cierva, 28 de abril de 2016

El frenazo de una furgoneta en la esquina de la avenida Cayetano del Toro y la glorieta Ingeniero la Cierva. Nueve agentes armados con cascos y chalecos bajando a toda velocidad del vehículo. ¿Gritos? Ninguno. Todos en silencio. Cada hombre sabe la posición que le corresponde en la formación y el cometido que se le ha asignado. A los pocos segundos, la unidad al completo estaba formando una hilera junto a la fachada del edificio.

Todo esto lo habían llevado a cabo con una velocidad pasmosa. Una madre había cogido a su niña en brazos para salir corriendo y alejarse como buenamente pudo. Una señora en bata se había quedado allí, mirando, mientras sujetaba la correa de su chihuahua. Desde la ventana del piso de arriba se asomó el rostro de un chaval joven, a los pocos segundos tenía la cámara del teléfono móvil apuntando a la formación de asalto de la UEI. Un señor mayor había levantado el bastón y había comenzado a gritar:

—Por el *amordediós*, ¿pero *ca pasao*?

Román agarró el hombro del agente que tenía delante. Iba en octava posición. Un hombre para cubrirle la retaguardia, siete para la vanguardia. Es una de las ventajas que tiene ser jefe. Todos llevaban pasamontañas negro, casco y subfusil menos él. Con su pistola reglamentaria, el chaleco antibalas y la protección de sus hombres era suficiente. Pulsó el botón de su equipo de comunicaciones.

—¿Qué tenemos ahí delante? —preguntó.

El pinganillo de su oreja contestó lo siguiente:

—La casapuerta está abierta. Entramos. —Era el hombre número tres, los dos primeros estaban cubriendo la entrada y la vanguardia.

—Entrad —ordenó el teniente.

El procedimiento de comunicaciones es fantástico cuando se está de

patrulla por la ciudad y se quiere contactar con la central. Pero los que trabajan con el fusil municionado y encarado a la espera de recibir un tiro en cualquier momento saben que el *cambio*, el *corto* y los distintivos pasan a segundo plano.

El caso es que, de forma automática, después de recibir la orden, los agentes se movieron con una fluidez asombrosa. En menos de tres segundos seis hombres habían entrado en el rellano de la casa. Dos agentes se situaban uno a cada lado de la puerta del bajo D. Un tercero se enfrentaba a ella, con el ariete preparado y a la espera de la orden. Dos hombres que habían desenfundado la pistola cubrían el acceso a una escalera que subía hasta los pisos superiores. La zona estaba asegurada. El teniente fue el último en entrar.

El espacio era muy reducido y los escudos balísticos hacían ruido al golpear entre las paredes y entre los propios compañeros. El roce de los cargadores y los chalecos antibalas. Las botas, el ariete, los grilletes. Su corazón golpeándole el tórax. Tenían que entrar ya. Glorieta Ingeniero la Cierva, número doce, bajo D. Detrás de esa puerta de madera casi carcomida por los años estaba el fantasma que había asesinado brutalmente a dos víctimas inocentes. El fantasma que casi arruina su carrera profesional.

Iván Dumitrescu.

Pulsó el botón de su equipo.

—Entrad.

El ariete golpeó con fuerza justo en el lugar donde debía de encontrarse la cerradura. La explosión del sonido pareció multiplicarse en aquel vestíbulo tan reducido. La puerta vibró, pero no pareció sufrir graves consecuencias. El agente se recolocó el casco y se preparó para una nueva sacudida. El teniente aguzó el oído: no fue capaz de escuchar nada en el interior de aquella casa. ¡POM! El segundo golpe hizo sonar el mecanismo metálico de la cerradura. Estaban cerca. Uno de los agentes que estaba cubriendo la escalera enfundó la pistola, dejó que el subfusil le colgase de la correa y se colocó junto al hombre del ariete. Lo agarraron entre los dos. Con un leve vaivén: uno, dos y tres. Porrazo. La puerta se abrió, pero fue por unos centímetros. La cerradura se había doblado, por la hendidura solo había oscuridad. ¿No huele raro? El segundo hombre aguantó el ariete y el primero echó el cuerpo hacia atrás para impulsar toda su fuerza en una patada.

La puerta de la casa se abrió de par en par.

Un pasillo, oscuro. Dos puertas cerradas y una habitación al fondo. Apagada.

Aquello apestaba a perros muertos.

Los agentes encendieron sus linternas acopladas en el subfusil y entraron en la casa.

Un binomio para la habitación de la derecha y otro binomio para la de la izquierda. El primer hombre se quedó cubriendo la vanguardia: una sala tragada por la negrura.

—¡Alto, Guardia Civil!

—¡Alto, Guardia Civil!

Lo gritaban con todas sus ganas. La sorpresa, la rapidez, el desconcierto. Esas eran sus herramientas. Los agentes chillaban el alto como si tuviesen delante al mismísimo demonio. Se suponía que era para imponer. La realidad es que gritaban para rebajar los nervios. Entraron gritando en las habitaciones, pero salieron con un lamento en la boca: «Limpio». El teniente controlaba el registro desde la entrada. Señaló con un dedo el fondo del pasillo. Un par de hombres avanzaron, giraron y alumbraron la zona de la habitación que quedaba oculta desde el pasillo.

Uno de ellos se quedó bloqueado, encarando el arma, como si se hubiese convertido en un soldadito de plástico.

El otro apoyó una mano en la pared y comenzó a vomitar.

No le dio tiempo a retirarse la visera del casco.

CAPÍTULO 31

10.52 h. Glorieta Ingeniero la Cierva, 28 de abril de 2016

¡Flash!

El destello quedó congelado en la sala durante unos instantes y algunos detalles que permanecían ocultos en la oscuridad se hicieron visibles, grabándose en la retina de todos los presentes.

Ángela no era guardia civil de vocación, pero allí estaba, vestida con su traje de bioseguridad y comiendo la misma mierda que todos ellos. Que no hubiese nacido con el tricornio bajo el brazo no significaba que no pudiese hacer su trabajo de manera profesional. Esta vez enfocó con la cámara a la zona del cuello. Me parece haber visto unas marcas sospechosas por la zona.

¡Flash!

La crisis económica en España hizo que muchos descubriesen su vocación por la policía y la milicia como por ensalmo. ¿Un trabajo fijo? ¿Mi sueldo todos los meses? A ver, ¿qué es lo que hay que estudiar? Y así es como se han labrado muchos futuros en los tiempos que corren. Eso de trabajar donde uno quiere es un privilegio que alguna vez tuvieron otras generaciones. Fotografiar cadáveres no es el oficio con el que una sueña de pequeña. Pero, como a todo en esta vida, una termina acostumbrándose a la mano que le da de comer. Incluso se le puede llegar a coger el regusto. Un par de pasos atrás, vamos a sacar una instantánea de la escena en general, que pueda servir de perspectiva a la inspección ocular.

¡Flash, flash, flash!

Estuvo destinada en Villanueva de San Juan, pero al poco tiempo se cansó de patrullar las calles desiertas del pueblo, de poner multas de tráfico y de mediar en las disputas de los agricultores y los límites de sus terrenos. No lo pensó dos veces. Que es como se toman las mejores decisiones de la vida: solicitó el curso de perfeccionamiento que le capacitaba para ejercer como

policía judicial. Era la única manera de salir durante un tiempo del ambiente asfixiante de aquel pueblo. Dos meses en Valdemoro y dando gracias. Las plazas no es que las regalasen, precisamente. Cinco años atrás, si alguien le hubiese dicho que terminaría vistiendo el uniforme de la Benemérita, se le habría caído el porro de la boca de la carcajada que habría soltado. Bien, pues no solo eso, sino que acabó especializándose de manera satisfactoria en la UOPJ. Cuando llegó al laboratorio por primera vez y le pusieron la cámara Réflex entre las manos, fue cuando se hizo la pregunta: ¿pero cómo cojones he llegado yo hasta aquí?

Pero la cámara le cambió la vida. ¿La cámara solo? No. La cámara y los muertos. A las pocas semanas de recibir las primeras nociones sobre fotografía forense, descubrió que aquello podría ser más interesante de lo que aparentaba a primera vista. Siempre había sentido más debilidad por el arte que por las leyes. Pero comer de lo primero también fue algo de épocas pasadas. Ángela había comenzado haciendo esfuerzos por disfrutar de su trabajo y, casi sin darse cuenta, se enamoró de la belleza de la muerte. Intentaba captar la realidad en sí misma con cada una de sus imágenes. No se preocupaba de realizar fotografías elegantes ni impactantes. Nitidez y exactitud, esas eran sus máximas. Realidad en estado puro.

¿Acaso hay algo más real que la muerte?

¡Flash! ¡Flash!

Comenzó con un tímido blog al que llamó *La última impronta*. Allí publicaba algunas de las fotografías que hacía en el trabajo. Sabía que podría buscarse muchos problemas legales con los familiares de las víctimas, con la sensibilidad de los que se atreviesen a visitar su web e incluso con la propia Guardia Civil al publicar material confidencial. Pero ella quería mostrar al mundo lo que nadie quería ver. De lo que normalmente se suele huir: de la verdad.

Nunca colgaba imágenes en la web que permitiesen reconocer a la víctima al cien por cien y tal vez, gracias a esto, sus trabajos fueron ganando popularidad y seguidores en el blog por el misterio cálido que transmitían cada una de sus fotografías. Unos dientes perfectos detrás de unos labios azulados y una lengua hinchada. Un ojo abierto, apagado, vacío. Una mano caída, relajada en el frío mármol del cuarto de baño, sosteniendo el bote de pastillas que había servido de herramienta para cruzar al otro mundo. Cada caso tenía su encuadre. Intentaba captar ese equilibrio, la balanza de la fría

muerte que desuela y el viaje a la calma esperanzadora.

Aquella mañana se sentía incómoda. En el cuerpo sin vida que tenía delante no podía encontrar esperanza alguna.

—¿Puedo acercarme ya?

Ángela pareció dar un leve respingo al escuchar la voz de su jefe tan cerca.

—Sí, claro, mi teniente. No creo que pueda hacer mucho más hasta que traigan los focos para comenzar con el examen de luz oblicua.

Román se puso los guantes de látex, precaución que ya había tomado la agente que fotografiaba la escena. Se acercó hasta la esquina de la sala, donde se encontraba el cuerpo, y fue directo a los dedos de la mano derecha por aquello de la estadística. A no ser que la víctima perteneciese a la escasa minoría de población zurda, en el brazo derecho tendría más fuerza y podría haber golpeado o arañado al asesino en un desesperado intento por no regalar la vida. Así, tan fácil. Estiró los dedos del cadáver con suma delicadeza y observó las uñas. Parecían limpias. No. Tampoco tenía la gota de sangre en el dedo índice que había precedido a las víctimas anteriores.

¿Por qué? Muy fácil. Porque el rastro de sangre que habían estado siguiendo pertenecía al hombre que tenían delante de sus ojos. Iván Dumitrescu. El teniente se había pasado toda la noche estudiando el rostro que aparecía en los resultados de ADN que tenía sobre su escritorio. No había duda de que el hombre que estaba muerto en aquella habitación era el que figuraba en su ficha policial. El asesino los había guiado hasta él. Estaban en el salón de su casa, apenas decorado con una mesa, un sofá, una estantería y un televisor del Paleolítico. Bajo las patas de una de las sillas había trozos del mismo modelo de cuerda con la que había colgado a su segunda víctima. La silla era de madera y estaba manchada de orín y excrementos. Había una bolsa de plástico transparente y restos de cinta americana en el suelo. Además, el cadáver presentaba erosiones en muñecas y tobillos. No era difícil llegar a la conclusión de que Iván estuvo varios días atado a esa silla. Teniéndolo retenido, el asesino podría haberle extraído la sangre cada vez que quisiese para colocarla en los dedos índices de sus anteriores víctimas. Habían ido hasta allí plenamente convencidos de que atraparían al autor de los crímenes de Hércules, pero no habían hecho más que seguirle el juego. Aquel hijo de puta había tocado la flauta y todos habían corrido como ratas detrás de la melodía. Al colocar esas gotas de sangre en las dos víctimas anteriores, había guiado a la Policía hasta su tercer trabajo. Adiós a la

esperanza de atraparlo y verlo encerrado entre los barrotes de la comandancia.

Mierda.

El teniente dejó de estudiar los dedos engarrotados del cadáver y se centró en el rostro.

—Luego leeremos el informe del forense, pero todo apunta a que murió por asfixia. Los labios están amoratados y tiene un calcetín metido en la boca. Para que no gritase y alertase a los vecinos, por lo que es presumible que estuvo durante largo tiempo a su merced. —La agente asintió—. ¿Te han metido alguna vez un calcetín en la boca, Ángela?

—No, mi teniente. No sé qué clase de compañías son las tuyas. Pero nunca me he visto en esa tesitura.

—En la mili ocurren muchas cosas raras. Pero eres muy joven para saber siquiera qué significan esas cuatro letras. El caso: un calcetín que te llega hasta la campanilla también obstruye las vías respiratorias. —El teniente hizo una pausa para señalar con su dedo forrado de látex la bolsa que había en el suelo, junto a la silla—. Imagina por un momento, Ángela, la bolsa de plástico en tu cabeza, siguiendo el ritmo de tu respiración. Se pega a tu cara cuando inspiras y se separa cuando espiras. Calor, sudor, te falta el aire y el corazón empieza a latir como si fuese a reventar. Quieres respirar. Necesitas aire. Pero la cinta americana te aprieta el cuello y cierra la bolsa herméticamente. El calcetín te taponas la boca. Solo te quedan dos orificios nasales forrados de plástico al vacío. Es imposible. Llevas en esa agonía casi dos minutos y quieres morir ya, pero tu sistema nervioso exhala con fuerza para tratar de dar las últimas bocanadas de aire. No hay oxígeno. —Román hizo una pausa para señalar los glúteos de la víctima. Estaban llenos de heces, igual que la silla—. Entonces pierdes el control de los esfínteres y empiezas a convulsionar.

Ángela se retiró la mascarilla de la boca. Parecía que le comenzaba a faltar el aire. Al carajo el protocolo de bioseguridad.

—El único consuelo que nos queda es pensar que todo lo demás tuviese lugar *post mortem*. Que no sufrió esta carnicería en vida.

Iván Dumitrescu había aparecido colgado del techo de su casa por las axilas. Todas las persianas estaban cerradas y la habitación a oscuras, por lo que parecía que los estuviese esperando allí de pie, pero una cuerda que pasaba por una de las vigas del techo sustentaba su cuerpo inerte como si

fuese una marioneta macabra. La cabeza caía hacia delante, a merced de la gravedad. Tenía dos ramas de árbol clavadas en el cráneo. Si uno se fijaba bien, podía ver que estaban sujetas con clavos al hueso. La cornamenta se elevaba casi medio metro en las alturas de la habitación. Pensaban que podía tratarse de ramas arrancadas del mismo ficus donde había aparecido la mujer colgada por los pies, pero aún era muy pronto para corroborarlo. Iván estaba desnudo por completo y sus manos se unían a la altura de la pelvis tapando sus vergüenzas. Todo un detalle. El arpón de una ballesta submarina atravesaba el radio y el cúbito de los dos brazos, justo por encima de las muñecas. Los empeines se apoyaban ligeramente en el suelo, dando la sensación de que el cuerpo fuese etéreo y estuviese levitando en medio de la oscuridad.

A Román se le pusieron los vellos de punta cuando imaginó dentro de su cabeza el crujido del hueso parietal abrirse bajo los golpes de los martillazos y los clavos. La cornamenta. La flecha atravesando las patas delanteras. La cierva de Cerinea.

Ángela tragó saliva y dio un paso adelante.

—Hemos encontrado marcas de aguja en la fosa del codo derecho. Es el lugar habitual para extraer muestras de sangre.

—Sí, debió de mantenerlo con vida atado a esa silla. Así se ahorra el problema de la coagulación de la sangre. Probablemente haría las extracciones pocas horas antes de realizar sus trabajos y la transportaría en la misma jeringuilla. No lo sabíamos, pero esta fue su primera víctima. — Román hizo una pausa mientras renegaba con la cabeza—. Y lo peor de todo es que conozco a un compañero que llama artista a este hijo de puta.

Ángela hizo caso omiso a los lamentos del oficial, que ahora se masajeaba las sienes, como si así pudiese teletransportarse a otro lugar.

—En todo caso, la víctima falleció hace más de doce horas. Presenta signos de Stenon Louis. Tiene las pupilas opacas y se aprecia tela glerosa en los globos oculares.

—El asesino del museo sabía que nuestros laboratorios tardarían en contrastar los resultados de ADN, pero no con exactitud. Tenía que asegurarse de que, cuando llegásemos, Dumitrescu ya estuviese listo en escena para representar la obra de su tercer trabajo. Tenía que adelantarse con tiempo suficiente a nuestra llegada.

—Es probable.

Ambos guardaron unos segundos de silencio mientras se sentían atraídos por el cuerpo. Hipnotizados por la fina cascada escarlata que bañaba el rostro del cadáver.

—La cuerda parece ser la misma que utilizó para colgar a su segunda víctima del árbol del Mora, pero el arpón es nuevo. ¿Sabemos algo que nos pueda ayudar?

Ángela abrió los ojos detrás de las gafas de bioprotección a la vez que se encogía de hombros: yo estoy aquí para hacer fotos, de arpones y de flechas no tengo ni puta idea.

—¡Conrado, coño, ven para acá!

Un agente pelirrojo que tomaba apuntes en una tablilla dejó lo que estaba haciendo y dio un par de pasos para colocarse junto al teniente.

—Dime, ¿sabemos algo del arpón o nos vamos a ir para casa con el dedo metido en la nariz? ¿Cómo pudo atravesarle las dos muñecas como si fuese mantequilla?

—Estamos pendientes de confirmar la marca, el modelo y el fabricante, pero hace unos minutos hemos medido la longitud del arpón: sesenta y cinco centímetros. Es el tipo de varilla que utilizan los que se están iniciando en la pesca submarina. Acero inoxidable, con un diámetro de seis milímetros y medio. Puede comprarse en cualquier tienda que venda artículos de pesca. La ballesta utilizada para disparar esta varilla apenas supera el medio metro, por lo que podría haberla transportado en una mochila o una bolsa sin llamar demasiado la atención.

—Es decir, el arpón tuvo que ser disparado para que traspasase la piel y los músculos de las dos muñecas.

—Es la única explicación que tenemos de momento, mi teniente.

—Bien. Podemos investigar quién cojones ha comprado cuerda, arpones y una ballesta en los últimos días, ¿no?

—El arpón parece nuevo, sin uso. Pero la ballesta podría tenerla de hace tiempo, haberla robado o comprado de segunda mano.

—Barred todas las tiendas de pesca y escalada de la zona. Arpones, ballestas y cuerdas. Y si los modelos se corresponden, ya podéis estar asignando al guardia más moderno para que bucee entre todas las facturas de ventas del *Decartón* ese, o como cojones se llame.

—A la orden, mi teniente.

—Patadas en el culo. Quiero respuestas para ayer.

Conrado dio un golpe con el bolígrafo en la tablilla que tenía entre las manos a modo de acatamiento y se retiró antes de que el jefe comenzara a soltar espumarajos por la boca.

—¡Y otra cosa! —El guardia se giró antes de abandonar la habitación, el teniente apoyaba su dedo índice sobre la frente brillante, como si estuviese recibiendo inteligencia de un poder superior—. La primera víctima apareció el domingo, estamos a miércoles. Iván Dumitrescu estuvo aquí encerrado tres días como mínimo. Interroguen a sus familiares, vecinos, conocidos y al del estanco de la esquina si fuese necesario. Quiero que hablen con toda persona que pudiese tener relación con la víctima. Estuvo desaparecido unos días, alguien tuvo que darse cuenta, echarle en falta. Quizá algunos de los vecinos viesen entrar y salir al hijoputa ese. Algo que nos pueda ayudar.

Aquel caso tenía a toda la UCO patas arriba. Organizar una investigación por homicidio que pudiese meter a un sospechoso entre rejas podía ser un proceso que requería meses, incluso años. Allí trabajaban contra reloj, y eran incapaces de abordar todos los *inputs* que se acumulaban uno detrás del otro. Tres crímenes en tres días. Eso reventaba las estadísticas de muerte por homicidio en Cádiz. Todavía no habían terminado con el análisis forense del primer cuerpo cuando ya había dos más en la lista de espera. Resultados de laboratorio, interrogatorios, permisos judiciales, líneas telefónicas, patrullas por la ciudad. ¿Cuánta gente habría trabajando para atrapar a un solo hombre?

Dos agentes llegaron con sendos focos de luz para alumbrar la habitación. Había una pequeña ventana en una de las paredes, pero la persiana estaba cerrada y tenían que trabajar así para no alterar la escena del delito. La fotógrafa forense comenzó a dar directrices para colocar las luces en los ángulos adecuados.

—Ángela.

—A la orden, mi teniente.

—No olvides fotografiar ni un detalle. El asesino estuvo aquí en varias ocasiones. Peinad esta habitación como si os fuese la vida en ello. Muchos criminales han acabado presos por culpa de un solo pelo.

La agente levantó el dedo gordo del guante y se volvió a colocar la mascarilla. Quiso mostrarse obediente, sabía el esfuerzo que estaba haciendo su jefe por no parecer derrotado y mostrar profesionalidad; pero hacía tiempo que nadie tenía que decirle cómo hacer su trabajo.

Román se giró, se escondió detrás de las palmas de sus manos e intentó respirar hondo durante dos o tres segundos. Madre mía, qué desastre. En el arco de la puerta de la habitación podía verse el borde de una barriga. Avanzó un par de pasos para asomarse: era don Lorenzo Montilla, el juez de guardia.

La media melena rubia estaba bien engominada hacia atrás, como si la hubiesen peinado con un rastrillo. Apenas había asomado las barbas a la escena del crimen, como si no quisiese mancharse la camisa Lacoste con las porquerías que encuentra uno en la escena de un crimen. Sangre, orín, sudor, heces, restos de esperma. Los botones de la camisa amenazaban con estallar de un momento a otro, Román pensó que para sujetar el peso de aquella panza debían de estar cosidos con hilo de titanio. Hasta entonces, el teniente no se dio cuenta de que ni siquiera había tenido tiempo para quitarse el chaleco antibalas.

—Buenos días, Román.

—Espero que lo sean para usted.

El teniente se quitó los guantes con sendos latigazos de látex. Después de eso, le dio un apretón de mano a esas cinco salchichas alemanas.

—Vaya numerito hay aquí montado, ¿no? —El colesterol hacía que la tarea de respirar fuese toda una odisea para el juez, pero nunca fue un obstáculo para que su locuacidad mordaz quedase enterrada entre tanta grasa—. Supongo que será demasiado pronto para tener una teoría que pueda explicar lo que ha ocurrido aquí.

—Teorías tenemos varias, señoría. Que ello nos vaya a ayudar a encontrar al autor de los crímenes ya es otro asunto.

—¿Cómo estáis tan seguros de que se trata de un solo autor, Román?

—En el vídeo que tenemos del museo solo se aprecia a un tío con gorra que se esconde en el cuarto de baño y luego sale para perpetrar su crimen. No tenemos razones para pensar que andamos detrás de más personas.

—Si trabaja solo, ¿cómo explica que lo atase a la silla? Es decir. —Lorenzo sorbió los mocos y los tragó por el gaznate como si fuese un buen trago de aguardiente—. Por mucha fuerza que se tenga, no es fácil mantener a un hombre quieto mientras se le está atando un pie a la pata de la silla, por ejemplo.

—Podría estar amenazándolo con la ballesta.

El juez puso cara de sorpresa artificial. La frente se le arrugó. Sudaba más que un testigo falso. Problema de la grasa y la termorregulación corporal.

—Entonces, tiene que ser un asesino muy hábil. Yo he necesitado las dos manos cada vez que he atado a un hombre a una silla. No me quiero imaginar cómo debe ser de complicado atar a un hombre mientras se sujeta una ballesta.

Al teniente le entraron ganas de acabar con esa soberbia de un guantazo en la oreja. Pero recapacitó. Hay malas decisiones en la vida. La de pegarle un tortazo a un juez delante de todos los presentes se acercaba a la de rociarse de gasolina y encenderse un pitillo. Aunque viendo cómo le estaban yendo las cosas últimamente, lo de la gasolina, quizá, no fuese tan mala idea.

—La víctima estaría inconsciente. No hemos podido entrar en profundidad, hace apenas un par de horas que hemos descubierto el cadáver y tiene el cráneo casi destrozado por los clavos. Pero es muy probable que le diese un golpe contundente en la nuca para reducirlo. Es lo que hizo con su primera víctima.

—Bien, me quedo más tranquilo. Ya veo que lo tienen todo bien atado.

Román enmudeció, pero en el brillo de sus ojos pudo verse cómo se imaginaba golpeando aquel rostro sarcástico y seboso. El juez respiró por la boca haciendo el mismo ruido que hacen los dormidos al roncar.

—Sabes que tienes a toda la prensa agolpada en el borde del cordón policial, ¿no? Yo mismo he tenido que llegar hasta esta casa abriéndome paso entre los micrófonos y las cámaras.

—Los gusanos siempre tienen hambre.

—Sí. Y el numerito de desplegar a toda la UEI en una de las plazas más concurridas de Cádiz para encontrar a otra víctima en vez de al asesino los ha atraído a todos.

El teniente agachó la vista y se miró la punta de las botas. Tenía los puños cerrados. La batería del teléfono móvil podría cargarse con la tensión que se respiraba en aquel silencio.

—En fin, disculpa. No debería meterme en estos asuntos. —El hombre que estaba dispuesto a amargarle los siguientes minutos al teniente hizo varias firmas en los papeles que tenía entre las manos—. Aquí está el acta del levantamiento del cadáver. No es la primera vez que coincidimos y estoy convencido de que vas a seguir el protocolo de la cadena de custodia a la perfección. —Román alargó la mano y agarró los documentos de mala gana—. Por cierto, hace unos minutos he recibido una llamada de Madrid, de la dirección adjunta —dijo, señalando los papeles—. Están muy preocupados

por este caso y no parecen del todo contentos con la forma de proceder que está teniendo la Guardia Civil en todo esto. Se está barajando la posibilidad de asignarle la investigación a la Policía Nacional en los próximos días. Ya sabes que este conflicto de competencias ha existido desde el comienzo de este caso. Si se lo asignaron a la Benemérita, fue por la presión que hizo tu coronel por llevarse las medallas. No me han asegurado nada, pero se ha escuchado la típica frase de «el caso necesita un cambio de aires». Vamos, no me mires con esa cara, joder. Al fin vas a poder descansar un poco de todo esto. Ya no tenemos edad para estas cosas.

Lorenzo soltó una breve carcajada cargada de inquina y ruidos nasales. Sin decir nada más, se dio la vuelta y comenzó a hablar por el teléfono móvil. Si sonó la llamada, nadie lo había escuchado.

Román vio cómo su carrera llegaba a su fin. Habían confiado el prestigio del cuerpo en sus manos y ahora dejaban de lado a la Guardia Civil por claras razones de incompetencia. El corazón le latía con furia. ¿Cómo le iban a quitar el caso ahora? ¿Justo ahora? Parecían estar tan cerca de atrapar a ese malnacido... Aquella mañana casi lo había rozado con los dedos de la mano. O quizá todo fuese un espejismo y, en realidad, nunca se acercaron a seguirle la pista siquiera. Las pulsaciones volvieron a dispararse cuando pensó en la conversación que querría tener el coronel en su despacho. La fiesta estaba a punto de apagar la música para él.

¡Flash!

—¡Pero qué coño haces apuntándome con la cámara, Ángela!

—Mi trabajo, teniente. Fotografiar a los muertos.

CAPÍTULO 32

12.58 h. Calle de la Torre, 28 de abril de 2016

Ochenta y siete escalones.

Esos eran los que había desde el tercer piso hasta la calle. Y sabérselos de memoria se trataba más de una necesidad que del capricho obsesivo de un maniático. Conste. Cinco en la puerta de la entrada, veintisiete para subir a la primera planta, veintinueve para la segunda y otros veintiséis, los últimos, para llegar hasta la puerta de su casa. Pero subirlos era una cosa. Bajarlos, otra. Con cada paso se enfrentaba a ese vacío de casi veinte centímetros que había entre escalón y escalón al que nunca llegaría a acostumbrarse. Por eso prefería soltar la correa de Acho y dejar que bajase solo. No soportaba esa tensión tirando de él mientras tenía la caída de los escalones bajo sus pies. Patricia había solicitado cientos de veces en las reuniones de vecinos colocar un pasamanos, pero para eso había que contratar a una empresa, cerrar presupuestos, hacer una derrama. Claro, lo tendremos en cuenta. Y pasaban a otro asunto. La gotera de la del segundo. Señores, recordamos que hay que mantener la puerta del bloque cerrada, que entran los borrachos y se mean en la entrada. ¿Ascensor? La mayoría de las viviendas del casco antiguo gaditano tenían este tipo de barreras arquitectónicas al ser edificios viejos, muchos de ellos con más de cien años, haciendo imposible la instalación de ascensores.

Total, que tocaba joderse. Una mano en la pared, un padrenuestro entre los labios y a contar escalones. Patricia estaba en el trabajo y las mañanas se hacían eternas en el silencio de la casa vacía. Además, con el movimiento de los últimos días, había perdido el miedo a salir solo a la calle. A veces, los muertos ayudan a otros a sentirse más vivos.

Un rato después, cuando casi había terminado el tramo del segundo piso, escuchó al perro estornudar desde la planta baja. ¡Acho! Le habían puesto ese

nombre al Labrador por decisión inapelable de su mujer. Para variar. Era el ruido que hacía al estornudar y, según decía, era uno de los protagonistas de *La torre oscura*. Le había hablado varias veces de la novela utilizando palabras de friki que solo ella entendía, *bilibrambo* no sé qué, que si *ka-tet* por aquí, que si el *mundo medio* por allá. En el tono de su voz podía notarse la ilusión de la que espera que algún día Adriano leyese la saga épica de Stephen King. ¿Que vaya yo ahora a los cursos de la ONCE para aprender a leer braille? ¡Tú estás loca!

Cuando llegó abajo, se dejó guiar por el sonido de la respiración de Acho. Le acarició el cogote y el perro le besó las manos con la lengua. A veces le entraban ganas de darle un abrazo a aquel animal, pero no se lo decía a nadie. Así que, simplemente, agarró la correa y tiró de ella. Cuando se fueron acercando a la puerta cerrada del bloque, por si acaso, los borrachos, el perro se removió y ladró varias veces.

Raro.

—Eh, tío, ¿qué pasa?

Pero el perro no habló. Así que palpó la superficie de madera de la puerta y abrió el pestillo del año tres antes de Cristo. No había dado ni dos pasos en la calle cuando ocurrió lo siguiente.

Decenas de personas fueron corriendo hacia su dirección. Una de ellas, incluso, lo había agarrado del brazo. Todos hablaban, algunos gritaban. Acho tiraba de la correa y ladraba como si fuese capaz de despedazar a un hombre a dentelladas, pero no pareció que ello amedrentara a sus asaltantes. Se sentía rodeado de gente. El corazón disparó sus revoluciones en medio de la oscuridad, no sabía lo que estaba ocurriendo, no sabía qué iban a hacer todas esas manos con él. Lo tocaban, le gritaban. En un momento dado, incluso, llegó a pensar que lo iban a levantar en volandas. Cuando fue capaz de descifrar, por primera vez, algunas de esas frases que le gritaban a escasos centímetros del oído, lo entendió todo.

—¿Cómo van las investigaciones?

—¿Es verdad que el asesino sigue suelto por las calles de Cádiz?

—¿Estamos los gaditanos en peligro?

—Pensábamos que estaba retirado, ¿acaso va a volver al servicio activo en su estado?

Me cago en mi estampa. ¿Cómo cojones han llegado hasta aquí? Mi mujer me mata.

Adriano cogió fuerzas y contestó:

—Yo no tengo nada que ver con el caso. No sé de qué me están hablando.

Pero los periodistas son animales perseverantes. No voy a largarme a la primera de cambio después de haber estado dos horas esperando en la puerta de su casa. La voz de una mujer:

—Entonces, ¿qué hacía en la escena del primer crimen? Todos vimos cómo entró en el museo la noche en la que apareció el cuerpo del vigilante de seguridad.

Y en ese instante oyó el obturador de una máquina de fotografía, pero de manera artificial. Aquello debía de ser un teléfono móvil de los de ahora. ¿Le estaban haciendo fotografías? ¿Cuánto tiempo hacía que no se sacaba una? De pronto se sintió indefenso, desnudo de verdad. Adelantó la mano izquierda y empujó un par de cuerpos que tenía delante sin preocuparse de dónde tocaba. Dejó que Acho tirase de la correa e intentó salir de aquella emboscada.

—No estaréis grabando. ¡No quiero que me grabéis!

—No estamos grabando, señor. Somos del *Diario de Cádiz*.

—Cadena SER.

—Onda Cero.

—*La Voz*.

Adriano pensó que por adelantar un par de pasos iba a librarse de toda aquella comitiva, pero los que ven donde pisan suelen andar más rápido. Se dejaba llevar por la tensión de la correa, además iba cuesta abajo en la calle de la Torre, pero notaba perfectamente el movimiento de los pasos pisándole los talones.

—¿Puede adelantarnos algo sobre la investigación del cuerpo que ha aparecido esta mañana?

Adriano se paró. No lo pensó. Lo hizo inconscientemente. Tiró de la correa para que Acho se estuviese quieto y la presencia de cuerpos extraños volvió a rodearle.

—¿Hoy? ¿Qué ha ocurrido hoy?

Si Acho le hubiese podido prestar los ojos, Adriano habría visto en blanco y negro el rostro de los periodistas tornarse en una mueca de desilusión y decepción. ¿Es verdad que la leyenda viva de la Guardia Civil no sabía nada sobre el caso de los crímenes de Hércules?

—Esta mañana ha aparecido una tercera víctima. No se nos ha permitido

acceso a ningún tipo de información. Por eso hemos venido a buscarle. Nos consta que está colaborando en la investigación.

A Adriano le subieron los calores desde el estómago. ¿Otro muerto? El teniente estaba convencido de que iban a atrapar al asesino esa misma mañana. Otra cagada. Y por si fuese poco, la prensa lo estaba vinculando con el caso. Con una investigación que prometía de todo menos reconocimiento y honorabilidad.

—¡Que yo no tengo nada que ver con esto, joder!

—¿Y por qué lo ha nombrado el teniente de la Guardia Civil don Carlos Román en la rueda de prensa que ha dado hace unas horas?

—¿Que Román me ha nombrado? —Esto último lo preguntó gritando. Y a la oscuridad. Debía de ser mentira.

—Le ha agradecido su apoyo durante todo este tiempo en la investigación —le contestó una periodista—. Es lo último que ha dicho antes de dimitir en el cargo de forma pública.

Madre mía.

Valiente gilipollas.

CAPÍTULO 33

18.15 h. Piso franco, 28 de abril de 2016

Dejó resbalar el albornoz por su espalda mientras convertía sus manos en puños. Los apretó con tanta fuerza que comenzaron a temblar. Los músculos de los brazos se tensaron, definiendo aún más la musculatura del torso superior cubierto por los tatuajes. No soportaba ese ojo reseco que lo miraba. Vacío. Esos pómulos deformes y violáceos. Esa lengua hinchada y negruzca sobresaliendo entre los dientes, como queriendo escabullirse de la muerte. ¡Vieja apestosa! Le entraron ganas de agarrar esa cabeza por las orejas y lanzarla por la ventana de una patada. Ella era la culpable de todo.

Se le había infectado la herida del pectoral derecho. El de la hidra, el de su segundo trabajo, el de la cabeza cortada. Comenzó como un aura sonrojada alrededor del corte en equis, pero a medida que habían ido pasando las horas, el dolor y la sensibilidad de la zona habían ido en aumento. Era un día importante, la presentación en escena de su tercera víctima había sido todo un éxito. Sin embargo, no lo estaba disfrutando tal y como hubiese esperado. Hacía un rato que había comenzado a sentir los escalofríos que preceden a las altas temperaturas. La notaba, la fiebre estaba rondando por allí cerca, como Beethoven cuando escuchó al destino llamar a la puerta. ¡Pom, pom, pom, POM! El músico creó la *Quinta Sinfonía*, pero él ya no se preocupaba de firmar la autoría de una obra tan magnánima. No quería ser recordado en los libros de historia. Estaba desesperado. Lo único que anhelaba era el perdón. El perdón de los dioses. El perdón de sus padres. Descansar de una maldita vez.

Pero aquella fiebre podría complicarle mucho las cosas.

¡Maldita muerta!

Allí dentro olía a podredumbre. La cabeza de su segunda víctima había comenzado a descomponerse y ahora tenía una nube de moscas como

compañeras de piso. Mantenía las ventanas y las persianas cerradas para que el olor no escapara y alertase a algún vecino. El ambiente allí dentro era insalubre e insoportable. Lo tenía todo tan medido, cada paso tan calculado, que verse ahora con el problema de retrasar sus trabajos por haber cometido un error tan estúpido lo estaba volviendo loco. Después de que Jenica le realizara los cortes y seccionase los tatuajes de los trabajos ya realizados, se limpiaba el tajo con agua oxigenada y se lo tapaba con una gasa y esparadrapo. Pero, al parecer, eso no había sido suficiente para mantener higienizada la herida abierta.

La tarde anterior había estado manipulando, desnudo, el cuerpo inerte, cagado, meado y sudado de Dumitrescu. En esas circunstancias, a través de las heridas sin curar, podría coger las siete pestes. ¿Cómo no había reparado en eso con anterioridad? Estaba demasiado ocupado en tenerlo todo bien dispuesto para no dejar rastro en la escena del crimen, pero nunca se paró a pensar en los microbios y bacterias que suelta un cuerpo humano después de morir. Tenía la cabeza rapada, el cuerpo totalmente afeitado y Jenica le había arrancado las uñas de las manos y los pies un par de semanas antes de comenzar con los trabajos. Una navaja y la técnica milenaria de la palanca. Clap, clap, clap. Como la que abre veinte quintos de cerveza. Aguantar unos diez segundos con la mano apoyada en una plancha bien caliente fue suficiente para borrar las huellas digitales. Tanto al primer trabajo como al tercero había ido totalmente desnudo. Así se libraba de la posibilidad de dejar pelos, uñas o fibras sintéticas por la escena del crimen. Un fantasma sin identidad. Un monstruo.

La primera vez, esperó a que el museo cerrase sus puertas escondido en el aseo, se quitó la ropa y la guardó en su mochila. Conocía dónde estaban colocadas cada una de las cámaras, sabía perfectamente que, si se ceñía a la ruta en la que había estado trabajando, no iba a ser grabado. Había salido desnudo en busca de su víctima y con la mochila a las espaldas. Aquí me quedo, agazapado al lado de la estatua, a esperar que uno de los dos guardias haga la ronda. Dos golpes con el mango del cuchillo y la estrangulación que le había enseñado Casper. Hasta el demonio tiene cosas que enseñarnos: «*Barabe*, hoy te voy a enseñar la llave *mata león*». De perlas para su primer trabajo. Le pasó el antebrazo derecho por el cuello al guardia desde su espalda y cerró la maniobra agarrándose al brazo izquierdo. Rápido, fácil y, lo más importante, seguro. Mochila al suelo, quítale la ropa al muerto y

guárdala. Colócalo en decúbito genupectoral. Sí, las palmas de las manos mejor así. Estiradas, ofreciendo el alma al héroe, al Hércules Farnesio. Detalles de medio segundo que duran toda la vida. Ahora cuatro cortes. Que no te dé cosa hacer fuerza con la cuchilla. Vamos, bien. Como cuando destripaste al cerdo en la granja de Velkan. Guarda el pellejo en la bolsa de plástico que llevas en la mochila y por patas. A deshacer el camino, hasta la sala tres, al fondo. Cuidado con las cámaras. Sí, por aquí. A la derecha, los aseos; a la izquierda, la salida de emergencia. Otra vez, mochila al suelo. Manga, manga. Pata, pata. Las dos deportivas y a la calle. Con las prisas, ni siquiera se dio cuenta de que se puso los pantalones del muerto. Cuando llegó a su guarida, le hizo gracia aquello.

Acabar con la vieja fue más fácil. Si matar tampoco es que sea tan complicado, una vez que se ha vencido a la conciencia y al escrúpulo. Solo tuvo que esperar en el callejón a que pasara alguien de madrugada. Mira por aquí y mira por allá. No. No hay nadie. Y la parada de taxis está vacía. Te acercas por la espalda y rebanas el pescuezo con el cuchillo. Lo demás todo es potencia e insistencia. Para separar la cabeza de un cuerpo humano con una hoja de veinte centímetros tampoco hace falta otra cosa. Cuando parece que queda poco, la agarras por los pelos y pegas un tirón. La dermis y las últimas fibras musculares ceden por la inercia. Entonces, con la cabeza en la mano, te sientes el rey del mundo. Pero tienes que tranquilizarte. Aún queda mucho trabajo por hacer. Saca la cuerda de la mochila, cabeza para dentro. Ahora anúdale los tobillos allí mismo, en el mismo callejón oscuro, por aquello de evitar que alguien te pille infraganti en el momento más delicado. Una cabeza humana suele rondar los ocho kilogramos. Por lo que, al echarle el cuerpo sobre los hombros, lo agradeces. Corre, corre, respira, suda. Pero corre hasta el árbol. Pasa la cuerda por encima de esa rama. Sí, la más gruesa de todas. Ahora tira con todas tus fuerzas. Un par de vueltas a la raíz y el primer nudo que te salga.

Nueve minutos para la primera víctima. Poco más de seis para la segunda.

Tiempo récord. Dos muertos en un cuarto de hora. Todo bien si no fuese por el maldito corte infectado de su segundo trabajo.

Una capa de sudor hacía su cabeza aún más brillante.

Cerró los puños con más fuerza. Le crujió los dedos y los nudillos se volvieron blancos del esfuerzo. Agachó la espalda y colocó su rostro a escasos centímetros de la cabeza cortada. Las narices casi podían rozarse.

Cualquier persona humana habría vomitado en tales circunstancias.

—Hueles que das asco, guarra. ¿Ves esto? ¿Lo ves? Es el corte que marca la ofrenda que hice al acabar con tu vida. Procura que la infección de tu tatuaje no me dé mucho por el culo. —Alceo se relamió los labios antes de seguir—: O no me quedará otra que ir a hacerle una visita a tu hija.

Le escupió. Pero la cabeza no hizo nada, ni siquiera se inmutó. Eso solo consiguió que la furia y la impotencia de Alceo fuesen en aumento.

Con Dumitrescu había sido diferente. Le encantaba escuchar esos gritos ahogados detrás del calcetín y la cinta americana cada vez que le amenazaba. Lo había dejado allí, solo, durante cuatro días con la bolsa puesta en la cabeza. Pero no cerrada, claro que no. Así entraba el aire suficiente por la abertura como para mantenerlo con vida en una agonía continua. Administrando el oxígeno, sin inspirar con demasiada fuerza o el plástico haría vacío con sus fosas nasales. De vez en cuando iba a visitarle durante unos minutos. Madre mía, cuánto echaba de menos esos ojitos al abrirse como compuertas de gratitud cuando le retiraba la bolsa de la cabeza por unos segundos. De vez en cuando, un premio. Venga, no te muevas mientras te saco sangre con la jeringuilla o te volveré a tapar la cabeza. Bien. Muy bien. ¡Sí, señor! Buen chico.

Iván Dumitrescu se había cruzado en su camino. Mala suerte. Estuvo trabajando para él los primeros meses. Iván le cedía el derecho de poder pedir limosna en la puerta de El Corte Inglés a cambio del cincuenta por ciento de lo recaudado. Un negrero entre compatriotas por el simple derecho que otorga el haber llegado unos años antes a Cádiz.

Le gustaba jugar con él. Durante el tiempo que lo había mantenido a su merced se lo había pasado de maravilla. Como con la cabeza de la muerta, le gustaba susurrarle mientras acercaba su cara hasta casi rozarle con la nariz. A veces le cantaba, mientras se golpeaba los bíceps y hacía alarde de su fuerza:

*Podul de piatră s-a dărâmat
A venit apa și l-a luat
Vom face altul pe riu, în jos
Altul mai trainic și mai frumos!
Vom face altul pe riu, în jos
Altul mai trainic și mai frumos!*[\[11\]](#)

Otras veces le contaba un chiste. Y se reía con ganas. De manera

exagerada. Que le salpicase la baba, que le pegase el aliento, que aquel desgraciado no tuviese más opción que la de mirar directamente a los ojos de su torturador. Si los cerraba, ya sabía lo que había: dos vueltas de cinta americana a la bolsa y a disfrutar. Era transparente, pero los detalles se perdían cuando el vaho comenzaba a empañar el plástico. Treinta y tres, treinta y cuatro. Contaba en voz alta. Para que lo escuchase. Si veía que tal, repetía algún que otro número. No había prisa alguna. La bolsa se inflaba y contraía por el dióxido de carbono de su interior, pero llegaba un momento en el que el plástico se convertía en la segunda piel de Dumitrescu. El rostro parecía un molde macabro sacado de la fundición. El cerebro respondía antes de apagarse y los impulsos nerviosos hacían que se removiese en la silla, como si aún no hubiese comprendido que era imposible zafarse de esas cuerdas. Aguanta un poco más. Ochenta y nueve, ochenta y nueve, ochenta y nueve.

Noventa.

Tiraba de la cinta americana y le retiraba la bolsa.

Dumitrescu estiraba el cuello y levantaba la cabeza, como si dirigiese sus fosas nasales, abiertas como esclusas, hacia la capa de ozono. El cuerpo se tensaba todo lo que los nudos le permitían. Y el ruido desagradable de la mucosidad resbalando. Pero sabía que si vomitaba, el calcetín obstruiría la vía y podría morir ahogado. Los ojos: inyectados en sangre y abiertos, como luchando por aferrarse a la vida. La recuperación era lenta. Pero ya lo había dicho Alceo. No hay prisa cuando se trata de hacer un sacrificio a los dioses.

—No, todavía no vas a morir. Los dioses aún no te reclaman.

Mientras le decía esto, le acariciaba el cogote.

Equiparar la experiencia de las muertes rápidas de sus dos primeras víctimas con la de Dumitrescu, era como comparar dos hamburguesas del McDonal's con un chuletón de retinto tostado a fuego lento.

En la calle la gente no hablaba de otra cosa. Había ido a comprar una barra de pan a la panadería La Rosa de Oro, como todos los días. Seguir con su rutina en la sociedad era tan importante como todo lo demás. En la cola todos conversaban sobre lo mismo: el asesino del museo ha vuelto a actuar. Lola, yo compro el pan, le doy siete vueltas al pestillo y no salgo de casa en todo el día.

—¿Estás listo o no?

Jenica había aparecido en el arco de la puerta que tenía a sus espaldas.

Tenía el cuchillo de marras en su mano, pero arrastraba los pies, como si de alguna manera la fiebre también hubiese hecho mella en su espíritu.

—Que sea rápido. —No era una orden. Ni mucho menos. Por si acaso, lo dejó claro—. Por favor.

Jenica hincó una rodilla en el suelo y señaló con la punta del metal el tatuaje que tenía Alceo en su gemelo izquierdo. Acarició con el filo de la cuchilla la parte superior del dibujo: *κυνηγῆστε το Κερυνῖτις ἔλαφος*[12]. Era una cierva bebiendo de un río. De fondo, incluso, le habían tatuado toda una arboleda, dándole profundidad a la pieza que ocupaba la totalidad del gemelo. Presionó el filo de la cuchilla justo debajo de la rodilla y deslizó el metal de forma parsimoniosa hasta casi llegar hasta el tobillo. ¿Rápido? Lo siento, cariño. No hay prisa cuando se trata de hacer un sacrificio a los dioses. Ellos tienen todo el tiempo del mundo. Un labio de carne abierta atravesaba ahora la pantorrilla en diagonal. Nunca se había quejado, pero aquella vez Alceo parecía temblar del dolor. Con el segundo corte, el dibujo azulado de la cierva quedó deformado, quedando justo en el centro de la equis.

Jenica dejó caer el cuchillo para que el sonido del metal quedara colgado en aquella sala. Se marchó arrastrando los pies, pero sin hacer demasiado ruido.

Alceo intentaba controlar la respiración agitada que le había provocado el sufrimiento del sacrificio. La inmunidad al dolor que le habían otorgado los dioses parecía haberse esfumado. Esta vez no supo apreciar el gusto de la cuchilla abriendo su piel. Eliminando el tatuaje. Cerrando un nuevo trabajo.

Era la primera vez que Alceo no experimentaba una erección durante el ritual de la ofrenda. La fiebre no se lo permitió. La herida le ardía.

Y aquella lengua burlona.

Los dioses lo habían abandonado.

Se estaban mofando de él.

CAPÍTULO 34

20.31 h. Avenida Juan Carlos I, 28 de abril de 2016

Román dejó caer la toalla en el suelo del cuarto de baño y puso los pies mojados encima de ella. Se quedó así, de pie, delante del espejo. Brazos caídos y hombros derrotados. El bigote despeinado estaba acompañado de unos mechones grisáceos. La barba de tres días salpicaba su mentón. Las arrugas, testigos de los años que transcurrían por sus venas, discurrían por su rostro como afluentes de los problemas vividos. La barriga casi llegaba a tapar su pene minúsculo, hundido en un bosque negro de vegetación espesa.

Fue capaz de dar un paso adelante y limpiar con la palma de la mano el vaho que comenzaba a velar el espejo. Agarró el cepillo de dientes, que estaba de pie en un vaso de plástico que daba asco, lo enjuagó un poco con el agua del grifo, le puso la pasta y se lo metió en la boca. Mientras le temblaba la cabeza, se miró las bolsas de los ojos, la calva, el pellejo colgón que le penduleaba debajo del brazo que sacudía el cepillo. Habría vomitado de buena gana. Pero solo escupió. La espuma del lavabo estaba tintada de rojo por la sangre de las encías. Abrió el grifo de nuevo y dejó que el dentífrico y sus miserias se escurrieran por el desagüe. Pensó en lo fácil que sería todo si uno pudiese desprenderse de los problemas que rondan por la cabeza con la misma facilidad.

Anduvo hasta el dormitorio y dejó caer aquel cuerpo que no reconocía como suyo encima de la cama. Con los ojos abiertos, se resignó a que el techo vacío de la habitación le recordase lo rápido que había dejado escapar la vida. Lo solo que estaba. El silencio que le envolvía.

Nunca habría imaginado que su carrera militar iba a acabar de esa manera. Había llamado a Martínez, su contacto en la Unidad Central de Madrid. Cuando colgó el teléfono móvil vio que la llamada apenas había durado dos minutos, pero fueron suficientes para que su viejo amigo le corroborase lo

que el juez de guardia le había adelantado: por allí se estaban planteando muy seriamente retirarle el caso al cuerpo de la Guardia Civil. Lo que sí era seguro es que sus superiores estaban preparando la documentación para tramitar la pérdida de aptitud y de confianza en el teniente Román. No hacía ni doce horas de que su inserción policial fuera un fracaso y ya se estaba escuchando el nombre de Manuel Miranda, un teniente mucho más joven que él y que, según decían, estaba mejor preparado para afrontar el caso de los crímenes de Hércules. Sangre nueva.

En los tiempos que corren se prefieren los estudios y la preparación académica a la experiencia, los años de servicio y la vocación.

Dentro de la casa de Iván Dumitrescu se había sentido mareado después de colgar el teléfono. Uno a veces piensa que le han repartido dos ases y se lo apuesta todo en una mano, pero cuando se levantan las cartas, se da cuenta de que ha jugado con un dos y un siete. Estaba convencido de que aquella mañana iban a atrapar al homicida que tenía en alerta a todo Cádiz, pero lo único que había conseguido era volver a apuntarle una nueva víctima en la lista. Náuseas. Todo le daba vueltas a su alrededor. Esquivó a los forenses, a los agentes que levantaban informes y los conos de plástico que señalaban la colocación de las pruebas. Cuando estuvo en la calle tomó aire, como aquel que puede absorber la fuerza cósmica del universo por los orificios de la nariz. Se acercó al cordón policial que delimitaba el perímetro de la escena del crimen y le hizo una señal al grupo de curiosos que se removían por allí con las acreditaciones colgadas del cuello.

En apenas unos segundos estuvo rodeado de cámaras, micrófonos y teléfonos móviles.

Le hicieron decenas, cientos de preguntas. Pero el teniente no prestó atención a ninguna de ellas. Simplemente tragó saliva y se escuchó hablar. Como si fuese un espectador más. Su boca se movía, pero aquellas palabras parecían prestadas, era imposible que él estuviese diciendo eso.

Que se estuviese rindiendo.

Había dimitido de la investigación públicamente. Era la única opción que le quedaba para preservar la imagen del cuerpo, para que la Guardia Civil pudiese seguir cubriendo los crímenes de Hércules. Vocación: primero la Benemérita, después yo. Luego se montó en uno de los coches oficiales. Notaba cómo todas las miradas se clavaban en él. Las notaba como saetas en su nuca. Pero qué más daba. De perdidos al río. Minutos después estaba

visitando al médico de la comandancia para preparar el procedimiento de la baja psicológica. Era el mejor método, el protocolo que debía seguir para que le retirasen del caso de la manera más rápida.

Después de eso, el teléfono móvil no había parado de vibrar en su bolsillo. El coronel, el juez de instrucción, varios de sus compañeros, sus hijos, Adriano. No fue capaz de contestar a ninguna de las llamadas. La vergüenza no se lo permitió.

Su carrera profesional se había acabado. En todas las batallas hay vencedores y vencidos, y el autor de los crímenes de Hércules seguía suelto por las calles de Cádiz.

A él ya no le quedaba nada en la vida.

Al cerrar los ojos y escapar de la parca escayola del techo, vio el rostro de su mujer en la oscuridad de los párpados. Merceditas, qué solo me dejaste el día que te fuiste.

Y entonces relajó el cuerpo y los lagrimales. Dejó que la humedad fluyese por los canales de sus patas de gallo y respiró hondo. Hizo algo que echaba de menos desde hacía mucho tiempo.

Descansar.

Dormir.

Morir por un rato.

CAPÍTULO 35

Diario de Cádiz, *día 29 de abril de 2016*

En la imagen a todo color que cubría la media página del periódico se veían pancartas, brazos levantados, cacerolas y algún que otro megáfono. Si uno se fijaba bien en la instantánea, podía ver como uno de los manifestantes tenía un pito de carnaval metido en la boca. Todo vale con tal de hacer ruido. En un cartón pintado podía leerse: «Menos *murtas* y mas trabajar». *Murtas* así, con r. Más, sin tilde. Estaban mosqueados, enfadados, asustados. Allí habían ido a protestar, no a ganar el Premio Nobel de literatura. La noticia ocupaba las primeras páginas del periódico entre texto y fotografías.

Un centenar de manifestantes se ha congregado en la avenida de la Independencia, rodeando la comandancia de la Guardia Civil para exhibir su descontento ante la supuesta falta de profesionalidad que está mostrando el cuerpo con el caso de los crímenes de Hércules.

Varios de ellos intentaron superar las medidas de seguridad del edificio y la autoridad judicial ha ordenado el ingreso provisional en prisión de cuatro personas detenidas después de saltar la valla perimetral de la comandancia. En una nota, la Benemérita ha explicado que los sujetos fueron arrestados por los guardias civiles que prestaban servicio de seguridad y que uno de los asaltantes se bajó los pantalones a la voz de: «Venid a chupármela, *picoletos*».

La serie de crímenes violentos que ha asolado a la provincia de Cádiz se inició el pasado día 24 de abril con el asesinato de Juan Carlos Hernández Hernández, un vigilante de seguridad que apareció muerto y mutilado en el Museo de Cádiz. Dos días después, en la madrugada del 26 de abril, apareció su segunda víctima, Inés Valeros Romero, también mutilada y colgada por los pies del árbol del Mora. Fue entonces cuando la Policía

Judicial empezó a barajar la posibilidad de que ambos crímenes estuviesen conectados por el mismo *modus operandi*. Muerte, mutilación *post mortem* y escenificación relacionada con los trabajos de Hércules. Fueron muy pocas las pruebas encontradas en los escenarios del crimen, por lo que los esfuerzos de la Guardia Civil se vieron centrados en el único rastro palpable encontrado en ambas víctimas: una muestra de sangre. Una vez recibidos los resultados de laboratorio, la Policía investigaba la pista de Iván Dumitrescu, rumano de treinta y tres años con antecedentes delictivos. La Guardia Civil cursó una orden de búsqueda y captura como supuesto autor de ambos crímenes. El pasado día 28 de abril se realizó una incursión en el domicilio de Dumitrescu, apareciendo muerto y con la firma característica del asesino del museo. Horas después, el teniente de la Guardia Civil, don Carlos Román, dimitió de forma pública frente a los medios de comunicación. Las autoridades aún no se han pronunciado, pero diversas fuentes aseguran que el cuerpo trabajará activamente para que la investigación no sufra contratiempo alguno después de este cambio de instructor.

El autor de los crímenes de Hércules se convierte así en el primer asesino en serie de la ciudad de Cádiz y el pánico parece haberse adueñado de sus ciudadanos. Algunos, incluso, aseguran «tener miedo a salir a la calle» después de que los crímenes brutales de este homicida vayan sucediéndose y queden totalmente impunes.

Y, en la página siguiente, podían verse dos imágenes. Esta vez en blanco y negro. La primera cubría la parte superior izquierda del artículo: la foto de perfil del teniente Román vestido de uniforme, realizada años atrás. Con menos ojeras y algo más de pelo. En su mirada altanera podía verse que, por aquel entonces, permanecía ignorante del futuro que iba a correr su carrera policial. La otra fotografía estaba colocada en la parte media del texto, alineada a la derecha. En ella aparecía Adriano, bajando la cuesta de la calle de la Torre, con su bastón de invidente y el perro guía. El periodismo es un arte y, desde aquella perspectiva, parecía que el exagente de la Guardia Civil estuviese hablando de buena gana con la prensa.

La noticia seguía:

En la mañana del miércoles día 28, el exagente de la Unidad Territorial

de Información de San Sebastián que participó activamente en la lucha contra ETA y condecorado con la cruz de oro por su mérito excepcional en el servicio (AJM) cedió unos minutos para nuestro periódico. Asegura que la Guardia Civil está trabajando en la dirección correcta, trasladando un mensaje de seguridad para el pueblo. «Lo atraparemos, el cerco se cierra cada vez más y solo es cuestión de tiempo que veamos entre rejas al culpable de estos tres asesinatos».

Confiemos en las palabras de AJM, agente que forma parte del cuadro de investigación. Esperemos que la normalidad vuelva a nuestras calles lo antes posible y se consiga hacer justicia con las víctimas y sus familiares.

En un arrebato de ira y aversión, Alceo arrugó el periódico convirtiéndolo en una bola de papel. Lo tiró al suelo, lo pisó y se desanudó el cinturón de la bata. Una vez que se hubo agarrado el miembro con ambas manos, relajó los esfínteres y dejó que la orina empapase el *Diario de Cádiz*.

Le ardía. Notaba cómo la orina abrasaba los conductos de la uretra. Parecía que estuviese meando lava. Maldita sea. Entonces le asaltó la imagen de Tom Hanks en la película de *La milla verde*. Una infección urinaria convertida en una nube de moscas. Cosas del cine, no como aquello. Lo que le estaba ocurriendo era real y no se iba a curar con los poderes mágicos de un negro mastodóntico. La herida del pectoral había comenzado a supurar por las comisuras abiertas y los grados de la fiebre parecían aumentar a cada momento. Respiró hondo. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Intentó disfrutar del sonido del chorro impactando contra el papel. Acumulaba ya tres víctimas. El primer asesino en serie de la ciudad de Cádiz. No era eso lo que había perseguido en un primer momento. Pero la idea tampoco le disgustaba.

¿Solo es cuestión de tiempo verme entre rejas?

Eso ya lo veremos.

Y se la sacudió varias veces.

CAPÍTULO 36

09.18 h. Calle de La Torre, 29 de abril de 2016

El golpe en la cara fue lo que le despertó. Dio una bocanada en medio de la oscuridad y levantó las manos en la cama con la intención de orientarse. No sabía dónde se encontraba. Hacía unos segundos estaba soñando, todo era color en esa falsa realidad. Ahora lo sumía la plena oscuridad a la que nunca llegaría a acostumbrarse. El corazón le bombeaba a mil por hora. Despertarse así no podía ser bueno. Intentó incorporarse en la cama, respirar. Fue la voz de su mujer lo que hizo que girase el rostro en su dirección:

—Lo que te he tirado a la cara es el periódico de hoy. Y da gracias a que no te lo haya metido por el culo. —¿Metido por el culo? Madre mía. Estaba alterada, enfadada. Además, la vibración de su voz denotaba que también se encontraba nerviosa—. Creo que tienes algo que contarme.

—¿Yo? ¿Contarte? No sé de lo que me estás hablando. —Adriano balbuceó, se le trabaron las palabras, a pesar de ser cierto: no sabía de qué le estaba hablando.

—El diario ha publicado esta mañana un artículo sobre los crímenes de Hércules.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Estuviste hablando con la prensa y no me dijiste nada!

Adriano se llevó las manos a la cara y lamentó no ser sordo, además de ciego, para no haber escuchado ese último grito desgarrado. Eso era levantarse con el pie izquierdo y lo demás es tontería. Terminó de incorporarse en la cama, apoyó la espalda en el cabecero e intentó modular la voz para parecer tranquilo.

—A ver, escúchame, cariño. Salí a dar un paseo con el perro y me rodearon. No dije nada. No les hice caso. Los esquivé. Tienes que creerme.

Adriano notó un latigazo a escasos centímetros de donde estaba sentado. El

airecillo del periódico al pasar a gran velocidad cerca de su cara le acarició. Patricia recogió el diario de forma violenta, lo abrió y pasó algunas páginas haciendo un ruido exagerado. Comenzó a leer:

—«En la mañana del miércoles día 28, el exagente de la Unidad Territorial de Información de San Sebastián que participó activamente en la lucha contra ETA y condecorado con la cruz de oro por su mérito excepcional en el servicio (AJM) cedió unos minutos para nuestro periódico. Asegura que la Guardia Civil está trabajando en la dirección correcta, trasladando un mensaje de seguridad para el pueblo. “Lo atraparemos, el cerco se cierra cada vez más y solo es cuestión de tiempo que veamos entre rejas al culpable de estos tres asesinatos”. —Patricia tuvo que hacer una pausa para tragarse el nudo que tenía en la garganta—. Confiamos en las palabras de AJM, agente que forma parte del cuadro de investigación». Agente que forma parte del cuadro de investigación. Agente que forma parte del cuadro de investigación. ¡Agente que forma parte del cuadro de investigación! ¿Es que no te das cuenta de lo mentiroso que eres?

—Cariño, yo no dije eso.

—¡No me vengas con esas!

Y se oyó como tiraban un periódico al suelo.

—Te lo juro. Yo no dije eso. Vinieron, me rodearon y les dije que me dejasen en paz.

—¿Pero cómo puedes ser tan embustero?

El llanto ahogado de Patricia se elevó en el dormitorio ganando algunos decibelios. El sonido estaba ligeramente amortiguado, como si su mujer se hubiese tapado la cara con las manos en un gesto universal de derrota. Adriano dejó que pasasen unos segundos antes de defenderse.

—Además, solo ponen unas siglas. Es imposible que me reconozcan.

—Hay una foto tuya bajando la calle donde vivimos. Donde está nuestra casa. Nuestro hogar. Sí, va a ser muy difícil que te reconozcan con el perro y el bastón guía.

Adriano se llevó las manos a la cabeza y se sacudió el pelo. ¿Cómo podían habérsela jugado de aquella manera? No solo se había involucrado en un caso por el que no había cobrado ni un euro, sino que, además, con la dimisión de Román, todas las miradas parecían centrarse ahora en él.

—Me voy.

—¿Adónde vas, Patricia? Hoy no trabajas, ¿no? —contestó Adriano, a la

desesperada.

Su mujer sorbió los mocos y sentenció algo que parecía tener ensayado. Como si lo hubiese repetido miles de veces frente al espejo.

—Me voy, me voy de aquí. Todo lo lejos que pueda. No sé si volveré. Tengo que pensar a solas qué hacer con esta relación. Estoy muy, pero que muy cansada. Esto está llegando a su final.

Y a pesar de encontrarse entre sábanas y almohadas, Adriano sintió caerse a un abismo sin fondo.

CAPÍTULO 37

09.43 h. Calle de la Torre, 29 de abril de 2016

En las películas, cuando estalla una bomba y se quiere dar la sensación de onda expansiva, los actores vuelan por los aires con los brazos estirados. Algunos se recrean cuando caen y dan un par de vueltas por los suelos. También gritan. Como para hacer creer que aquello duele. ¡Aghh!

Pero la realidad siempre supera a la ficción. A Adriano ni siquiera le dio tiempo de abrir la boca para expresar su sorpresa, su desconcierto. Su temor. La alta presión de la onda explosiva, que es de generación instantánea y alcanza su máximo nivel de inmediato, se comportó como una onda de choque que le provocó un *blast* ocular. Rotura de los globos oculares. La proyección de los fragmentos del explosivo fue directa a los dos hombres que estaban conversando a escasos metros de la detonación. El vendedor de cupones sufrió una destrucción completa. Con el tiempo, Adriano supo que su cuerpo se fragmentó y desparramó por toda la calle. Recogieron trozos de cabellera, piel, porciones de pelvis, columna vertebral y fragmentos de piernas y brazos. Los órganos internos desaparecieron totalmente y el cráneo le estalló de modo conminuto. Aquel hombre que se acercó a ofrecerle la suerte sirvió de pantalla para salvarle la vida. Le tocó la lotería sin llegar a comprar el boleto. Vaya. Adriano también sufrió heridas térmicas: quemaduras en el rostro y tren inferior. La metralla le alcanzó la zona interior del muslo izquierdo, el escroto y el pene. Ambos testículos estallaron. Los doctores le aseguraron que los cirujanos procedieron a una exploración en la zona de urgencia, pero ya estaban desvitalizados e inviábiles para su reconstrucción. Así que nada: orquiectomía y sutura de los defectos cutáneos provocados por la metralla. Cuatro semanas después, tuvieron que ponerle un injerto debido a la necrosis de la piel del pene saturada. Un destrozo para echarse a llorar. Pero los lagrimales también los había perdido. Solo le

quedaba escuchar el sucio consuelo de la gente cuando le decía que debía sentirse afortunado por seguir vivo.

Risas enlatadas.

Sin embargo, hay algo que nunca aparece en las películas: las lesiones nerviosas que también provoca una explosión de este tipo. El shock, la sicosis, la confusión, el delirio. La demencia. Una persona sueña muchas cosas después de esto. Se convierte en alguien desconocido. Adriano despertó y no pudo reconocer su propia vida. Ya no era la misma. Todo era oscuro. Solitario. Interior.

Lo primero que se pierde es la visión. Lo segundo, la independencia. Se es incapaz de hacer nada sin ayuda. Cuando se deja de ver hay que hacer un acto de fe en los demás. Toca confiar en la persona que tienes a tu lado. Patricia estaba muy lejos cuando estalló aquella bomba, pero la onda expansiva también llegó hasta ella: su mujer se había ido de la casa porque también estaba sufriendo en sus carnes todo el dolor que desprendía Adriano por los poros. La pérdida de la ilusión. El dolor de vivir en un cuerpo no deseado.

Kafka escribió: «Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto».

No se puede explicar de mejor manera.

La vida hace muchas piruetas. Pero hay cosas que nunca cambian. La estructura de su casa, por ejemplo. Así que podía deambular por las habitaciones sin necesidad de ayuda. Los primeros días, los monitores de la ONCE le habían enseñado a acariciar las paredes y los objetos con el dorso de los nudillos. La intuición que uno tiene a los comienzos es la de palpar las cosas con la yema de los dedos, pero cuando se está todo el santo día arrastrando las falanges por todo tipo de superficies, estas se despellejan y pierden sensibilidad.

Se había levantado todo lo rápido que podía, pero fue incapaz de evitar que su mujer se fuese del piso dando un portazo. Acho ladró. Y Adriano, después de eso, se quedó un rato derrumbado en el sofá del salón. Madre mía, estoy bien jodido. Se dirigió hasta el mueble del dormitorio. La madera estaba fría, el barniz frenaba el avance del tacto. Abrió el tercer cajón y rebuscó con dedos hábiles entre los calzoncillos y los sujetadores. Aquí está. Necesitaba volver a sentir ese fuego reconfortante. Era el único consuelo que tenía. El roce frío, firme e irregular de la empuñadura de la Beretta. El peso. Su poder.

Durante la instrucción había desmontado y montado el arma miles de veces. En menos de un minuto, con los ojos vendados y mientras le echaban cubos de agua por encima. Solo había que pulsar el retén de la empuñadura para retirar el cargador, tirar de la corredera hacia atrás y liberar la palanca de desarme. Con la corredera ya desmontada, la varilla y el muelle recuperador, el cañón caía solo sobre la palma de la mano. La única precaución que debía tener era la de colocar todos los elementos de manera ordenada sobre una superficie. ¿Para qué? Para poder ir recogiendo las piezas de nuevo en el orden adecuado y montar el arma.

Sin embargo, aquella mañana, Adriano no tenía ánimo para recordar historias de la mili. Hubo una vez en la que se había sentido vivo. El amo del mundo. Pero todo eso se esfumó.

Era pasado.

De alguna manera sintió como si los crímenes de Hércules le hubiesen dado una segunda oportunidad. Añoraba vivir con responsabilidades que atender, casos con los que desgranarse el cerebro. Sentirse útil. Activo. ¿Es que Patricia no era capaz de entender eso? Estuvo jugando un rato con la pistola entre las manos. Tenía munición, aún conservaba los nueve cartuchos más el de fogeo que llevaba estando de servicio. Los mismos. Nunca los cambió. Como si fuesen el recuerdo de una vida pasada. ¿Y si me meto el cañón por el gaznate y pulso el disparador?

¡PAM!

Son pensamientos que a uno se le pasan fugazmente por la cabeza. Pero tan pronto aparecen, desaparecen. Así que volvió a dejar el arma entre la ropa interior del cajón.

Después de todo, no era la pistola lo que había ido buscando aquella mañana en el mueble del dormitorio. Siguió rebuscando por el cajón, arrastrando los dedos por aquí y por allá como si fuesen perros hambrientos. En la esquina, donde los sujetadores. Allí estaban. Cuando supo por primera vez, meses atrás, que su mujer escondía preservativos en el cajón de la ropa interior fue como morir, una vez más. El universo perdió el poco sentido que le quedaba de forma repentina, como si el contacto de la yema de sus dedos con la envoltura de plástico hubiese liberado una supernova que arrasase con toda la realidad.

Desde aquella bomba, todo parecía ser mentira.

¿Cuántas cosas hay que no conocemos de las personas que amamos? Ni

siquiera podía consolarse con el engaño de que, quizá, los hubiera comprado para utilizarlos con él algún día. No había esperanza, se había convertido en un hombre estéril e impotente para el resto de los tiempos. Además, la certeza se confirmó cuando dejaron de ser doce los preservativos y fueron once. A la siguiente semana había diez.

Y el corazón se le arrugaba con cada resta. Pero los contaba, de vez en cuando. Como si la infidelidad pudiese medirse por su frecuencia.

La primera vez, el golpe fue tan duro que estuvo meses casi sin hablar. Lo de comer ya era tema aparte. Su mujer pensó que se trataba de una recaída, de otro proceso de depresión después de todo lo que le había ocurrido. Él pensó que se moría, que se moría. Que se moría. Pero jamás le dijo nada a su esposa. Ni a nadie.

La soledad y la oscuridad son dos hermanas que siempre van ganando terreno. Nunca reculan.

De alguna manera, Adriano funcionaba como un agujero negro. Se tragaba todos los problemas que le rondaban y, una vez absorbidos, no los dejaba compartir con el exterior. Un pozo de tinieblas, de secretos y de dolor. Un lugar donde la luz se había marchado desde hacía mucho tiempo.

Estoy casado con una desconocida. Estoy solo, coño.

Durante mucho tiempo estuvo perdido, víctima de una autocompasión de la que no lograba escapar. Yo no tuve la culpa, me lo arrebataron todo.

Y una mierda.

Fue él quien había escogido ser guardia civil, fue él quien aceptó la plaza en el cuartel de Intxaurrondo, fue él quien luchó por meter el cuello en la Unidad Territorial de Información y participar activamente en la lucha contra la ETA —en contra de las súplicas de su mujer—. Fue él quien se convirtió en el número uno de la unidad, destacando sobre todos los demás. Llamó la atención. Lo cazaron. Había escogido el camino fácil, hacer todo lo que le apetecía. Fue él quien, voluntariamente, había decidido convertirse en un monstruo. Después de todo, era más cómodo que superar la tragedia de una forma optimista.

Joder, lo más fácil para Patricia también habría sido salir huyendo. Como hoy, que ha cerrado la puerta a sus espaldas y ha sonado a exclamación. A despedida. Tiene todo el derecho a sentirse cansada, a creerse superada por el mal humor y la apatía. Podría haberse sacudido al tullido de encima. Pero nunca lo hizo. Diferencias: ella sí escogió el camino difícil. Estaba allí para

quedarse, para ser la esposa de un hombre con el rostro deformado, la asistente de un invidente, los ojos de alguien que ha perdido el rumbo.

Dobló el plástico de los preservativos y los colocó tal y como estaban.

Su padre, una mañana de otoño, en una confesión obligada: hijo mío, aunque parezca incomprensible, a veces es necesario este tipo de cosas para mantener una relación viva.

Quizá merecía ser feliz. Uno de los dos, al menos, tendría que serlo.

Adriano cerró el cajón de un porrazo.

Después de todo, la posesión queda muy lejos del amor.

CAPÍTULO 38

11.24 h. Calle Antonio López, 29 de abril de 2016

—¿Quiere un caramelo?

—No. No quiero, gracias.

El doctor mudó el rostro en una mueca sombría, como si le hubiesen acabado de decir que lo había perdido todo al rojo. Alargó el brazo y cogió uno del bol de cristal que había en el escritorio de su consulta.

—Me gasté un dineral en poner la publicidad de la clínica en los envoltorios de estos malditos caramelos, pero nadie los coge nunca. —El ginecólogo desenvolvió la golosina de mala gana y la introdujo en el centro de su perilla pelirroja. Tenía la nariz aplastada, pero con aquella bata blanca abultada por la barriga no aparentaba ser ningún boxeador profesional—. Llevo más de cuatro meses comiendo caramelos de limón. No sé cómo no me ha salido ya una úlcera.

Patricia taconeaba de manera nerviosa en el suelo. El doctor tenía las piernas cruzadas y se había recostado en su silla, detrás del escritorio, como si tuviese todo el tiempo del mundo para pasar esa consulta. Ese tipo de personas que duran hasta los ciento treinta años.

Tenía cita con el ginecólogo a través de la Seguridad Social. Se la habían concedido para dentro de dos semanas. Pero no aguantaba más con esos nervios. Y su marido la iba a matar cualquier día de un disgusto. Quería salir ya de aquello. Aceptarlo lo antes posible y pasar página. No le importaba soltar los cuartos para que la atendiese un especialista privado. El caso era tener una respuesta ya. No quería analíticas. No quería tener que esperar los resultados como la que aguarda en la butaca la carta del marido caído en combate. Necesitaba una respuesta lo antes posible.

—Verá —dijo el ginecólogo mientras se incorporaba en la silla y ponía los codos en la mesa. El caramelo daba vueltas en su boca como si fuese un

calcetín en una lavadora—, con lo que usted me está pidiendo no tendríamos un diagnóstico completo. Si no quiere que le hagamos el análisis de sangre y la prueba de orina, lo único que puedo hacerle es una ecografía transvaginal y una especuloscopia. Eso descartaría varias anomalías, como posibles miomas o fibromas uterinos. Pero vuelvo a recomendarle una analítica completa, solo así podríamos diagnosticarla como menopáusica de forma definitiva. Además, me ha dicho que solo tiene una falta, ¿no?

—Sí, y cuarenta y siete años.

El ginecólogo tardó en contestar. Levantó las cejas y tamborileó en la mesa. El taconeo de Patricia se hizo más audible en aquella sala.

—¿Tiene ganas de ir al cuarto de baño?

—¿Cómo?

—Si tiene la vejiga vacía, mejor. Nos puede valer si está medio llena. Pero si los órganos pélvicos se elevan demasiado, pueden dificultar el estudio.

—Oriné antes de entrar en la consulta, mientras estaba en la sala de espera.

—Vamos allá, pues. Quítese la ropa y póngase la bata que encontrará detrás de ese biombo.

El doctor fue a levantarse de la silla, pero se quedó a medio camino.

—¿Está segura de que no quiere un caramelo? Estos de limón son ricos en vitamina C.

Patricia no dijo nada. Se levantó casi de un salto, le dio la espalda al ginecólogo y se metió detrás del biombo que estaba en una de las esquinas de la consulta. Desde detrás del fino velo que le servía de escudo visual, pudo entrever la silueta del doctor sentándose en la banqueta que estaba al lado de la camilla mientras encendía una maquinaria que parecía sacada de los escenarios de *Star Trek*. Allí no había calefacción y los vellos se le pusieron de punta a los pocos segundos de haberse retirado la blusa. Dejó toda su ropa en el perchero, junto al bolso. Ahora el camisón de papel. Y por último, las bragas. Mierda. Con toda la vida vuelta del revés en los últimos días, ni siquiera había caído en la cuenta de que no se había depilado las ingles. Vaya desastre. Salió al exterior con los brazos cruzados vestida con aquella bata de celulosa.

Se tumbó en la camilla sin dejar de cruzar los brazos. Era la única defensa que tenía ante aquella situación que se le antojaba tan incómoda.

—¿Tiene frío?

—Un poco.

—Bueno, relájese —contestó el ginecólogo mientras cubría el transductor con un preservativo. Ya tenía las manos enguantadas en látex—. Flexione las piernas un poco y apóyelas en los soportes. Así, muy bien.

El doctor se asomó al interior. Embadurnó el aparato con lubricante y avisó.

—Voy.

De repente, las imágenes de toda una vida bombardearon su cabeza como un pelotón de avispas. Aquel momento les llegaba a todas las mujeres, pero sentía que había perdido otros pasos antes de llegar hasta allí. Había soñado durante muchos años con aquel examen ginecológico, pero con una esperanza diferente: la de crear una nueva vida. No la de ver marchitarse la suya propia. Apretó las manos con fuerza en los bordes de la camilla. En la pantalla que estaba a su izquierda comenzaron a aparecer manchas borrosas que no le decían nada. El ginecólogo las observaba, como obras de arte abstractas, mientras mareaba el dichoso caramelo con la lengua.

—Me ha dicho que no tiene hijos, ¿verdad?

Patricia tomó aire y contestó mirando al techo. Tenía el párpado derecho cerrado. El fluorescente de la habitación le estaba fundiendo las córneas.

—No, no tengo hijos.

Iba a quedarse así, dejándose escrutar, con el dolor de la pregunta. Pero los profesionales de la salud suelen transmitir cierta confianza. Además, sentía como el torbellino de problemas removía todas sus tripas. ¿Saldría eso reflejado en la ecografía? Le habían preguntado: oportunidad de hablar. No lo hago con nadie. Pues ahora me va a escuchar. Ea.

—Mi marido nunca ha querido tener hijos —mintió, también estaba cansada siempre de la misma historia—. Los años se nos han echado encima y he intentado convencerle de adoptar a un niño o una niña. Pero no hay manera de persuadirle. Hace tiempo que tiré la toalla. Por eso quiero salir también de esto de la menopausia. Quiero pasar página. No sé. Viajar, conocer gente, vivir nuevas experiencias. Ver cosas diferentes y dejar de soñar siempre con lo mismo. Es como si estuviese atrapada en un bucle sin escapatoria. Supongo que una vez que se acepta y se es consciente de que no hay vuelta atrás, es menos doloroso.

—Bueno, vivir en pareja sin la responsabilidad de tener niños tampoco es tan malo. Todas estas canas son producto de mis tres hijos.

El doctor le mostró una sonrisa a modo de camaradería. La primera de la

mañana. Pero la paciente la evitó por completo. Se había equivocado. Aquel hombre no era sicólogo. Volvió a esconder la mirada en el techo y contestó.

—Ya.

Silencio y el fulgor del fluorescente. Algo se movía por sus partes bajas, pero parecía haber perdido toda la sensibilidad en el corazón.

—No se preocupe por parecer condescendiente, hace tiempo que perdí la ilusión de ser madre. Estoy acostumbrada.

—Bueno, pues en ese caso, no creo que tenga que hacerle esperar más para darle la mala noticia.

El doctor hizo una pausa para morder lo que le quedaba de caramelo con los dientes. Tragó. Señaló la pantalla con la mano que tenía libre y continuó:

—Tendremos que hacerle más pruebas para confirmarlo, pero el monitor refleja un cuerpo extraño en el útero. —Dio un par de golpecitos con el dedo en el monitor—. Mucho me temo que va a estar usted embarazada.

CAPÍTULO 39

20.35 h. Calle Sacramento, 29 de abril de 2016

Tenía un codo apoyado en el sofá y estaba recostado como si fuese una maja desnuda. Pasaba los canales con el mando a distancia con un ritmo regular, en algunas ocasiones sin que le diese tiempo a ver lo que estaban emitiendo. No sabía cuánto tiempo llevaba así. El cerebro se le había apagado, tenía la cabeza muy lejos de aquella pantalla de televisión. Le dio un trago a la cerveza y dejó puesto el programa *Pasapalabra*. Como si realmente fuese a prestarle atención.

—«Con la T: dispositivo de telecomunicación inventado por Graham Bell y diseñado para transmitir señales acústicas a distancia por medio de la electricidad».

Manuel miró de reojo el teléfono que descansaba a su lado, sobre uno de los cojines. Lo cogió, se iluminó la pantalla táctil y echó una ojeada al WhatsApp.

Nada. Ni un mensaje.

Patricia estaba de baja médica debido al ataque de ansiedad que le había dado el miércoles en el trabajo. Habían pasado dos días sin saber nada de ella y aquella mañana tampoco había ido al colegio. Estaba pensando en llamarla para preguntar cómo estaba. De hecho, llevaba dándole vueltas todo el santo día al asunto.

Interesarse, como cualquier compañero del trabajo.

Nada más. No debería de verse como algo extraño o sospechoso, ¿verdad?

Pero no se atrevía. Le daba como no sé qué cosa. Le había mandado un par de mensajes de WhatsApp, pero las respuestas nunca llegaron. Además, había dejado de ver su foto de perfil, una en la que aparecía en la playa abrazada a su marido y al perro guía. Era muy probable que también lo hubiese bloqueado en la aplicación.

—«Empieza por la V: abertura practicada en un muro o pared para proporcionar iluminación y ventilación en el interior de un edificio».

Manuel alargó la mano y abrió la ventana que había justo al lado del sofá. El cielo estaba anaranjado, como si fuese el reflejo de una batalla que se estuviese librando en una distancia inimaginable. La temperatura era agradable, corría fresco, aire limpio que invitaba a salir a la calle.

¿Y si me calzo las deportivas y salgo a dar una carrerita por el barrio?

—«Con la C: bebida alcohólica de sabor amargo y color amarillento que se obtiene por la fermentación de la cebada y se aromatiza con lúpulo».

Mejor otro día. Hoy estoy cansado. Cogió el botellín de cerveza y se bebió lo que quedaba de un trago. Revoleó el teléfono móvil encima del sofá y las palabras volvieron a golpearle como si fuesen los martillazos de un herrero.

No quiero volver a verte.

—«Con la J: acción de practicar el coito. Molestar o fastidiar a alguien».

Joder, si lo pensaba fríamente, tenía todo en su contra: Patricia era casi diez años más vieja que él, casada, vivía con su marido. ¿Estaba enamorada de él? Bueno, eso se obligaba a decir. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. No tenía razón de ser.

Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en ella.

Se suponía que lo que estaban haciendo estaba mal. Llevaban casi un año viéndose a escondidas. Normalmente en su casa, aunque alguna que otra vez también habían acabado en el coche. Citas fugaces y prohibidas. Aunque a veces no lograba comprender por qué. No debería haber nada de malo cuando dos personas se sienten bien.

¿Qué hago? ¿La llamo o no la llamo?

Bah. Mejor me levanto y voy a por otra birra al frigorífico. Podría sentarle mal. Además, seguro que me meto en problemas. Patricia suele estar todo el día junto a su marido. Nunca se despega de él.

—«Empieza por la E: tristeza o pesar del bien ajeno. Deseo de hacer o poseer lo que otra persona tiene».

CAPÍTULO 40

00.03 h. Calle de la Torre, 30 de abril de 2016

Cerró la puerta a sus espaldas con cuidado, intentando hacer el menor ruido posible. Vaya tontería: sabía perfectamente que su marido iba a oírle entrar en casa. Colgó el bolso en el recibidor, dejó las llaves, encendió la luz del salón y se sentó en el butacón. No tardó en aparecer por el arco de la puerta del dormitorio.

—¿Cómo estás? Me tenías preocupado.

Se quedó allí, parado, sin atreverse a acercarse a su mujer. Esperaba alguna respuesta. Y a ella se le cayó el alma al suelo.

Llevaba todo el día andando por la ciudad, como si pudiera encontrarse a sí misma en alguno de los callejones de Cádiz. Sentía que había perdido la cordura. Quien me vea pensará que estoy loca, lo sé. Tengo que tener la cara hecha un asco. Me la sopla. Los tirones de los pelos de la cabeza solo han servido para despeinarme y para llevarme un par de mechones sueltos entre los dedos de la mano. Si me los pudiera arrancar, lo habría hecho. Pero hace falta más fuerza y coraje de los que yo tengo. Se había quedado un rato inmóvil, de pie, apoyada en la balaustrada de la alameda mientras veía el atardecer. El mar calma las tempestades. Amansa los corazones atormentados. Había pensado en tirarse por la muralla. Romperse la crisma con los bloques rompeolas. O hundirse en el mar y fundirse con las algas y el fondo marino. Desaparecer. Borrar aquella desgracia. Matarse. Pagar por ello.

Pero entonces recordó, más bien le sobrevino el concepto. Si lo hacía, su acción conllevaría destruir, de principio, dos vidas: la suya y la del hijo que llevaba en sus entrañas. Una tercera si pensaba en el hombre en pijama que la sondeaba en esos precisos instantes.

No había comido nada en todo el día, desde la noticia tenía el estómago cerrado. Había vomitado varias veces en el aseo del ginecólogo. ¿Está usted

bien? Sí. Me alegro, acuérdesse de pagar antes de salir. Ni un bocado en más de veinticuatro horas. ¿Mataría eso a la criatura? Le subieron las lágrimas a los ojos. No sabía que un cuerpo humano pudiese llorar tanto. Intentó controlarlas.

Era ciego, pero había ciertas cosas que sí podía ver.

—Necesito estar a solas. —Escuchó la vibración de su voz en la garganta, transmitió una seguridad que le asombró a ella misma—. Esta noche dormiré en el sofá.

—No, vete para la cama. Me quedo yo aquí.

Adriano fue a dar un paso, pero Patricia lo paró con una advertencia.

—¡No! Déjame sola, dame tiempo.

—Me gustaría hablar contigo.

Y un nudo en la garganta. Tragó saliva, y la vida, antes de contestar:

—Esta noche no.

Acho entró en el salón desde la terraza, como si fuese un mediador entre las dos partes. Dos partes que una vez fueron una sola. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Hay que aceptarlo: se rompió. El interrogante es saber si se puede volver a reparar o no.

—Te he llamado varias veces al teléfono, ¿va todo bien?

—No he querido mirar el móvil en todo el día. —Mentía. Lo había arrojado al mar en un arrebato de ira cuando vio que Manuel le preguntaba cómo iba su recuperación por WhatsApp—. Y ya te he dicho que ahora no me apetece hablar.

—¿Estás segura?

—Sí, déjame en paz.

Adriano fue a retirarse, pero antes de dar media vuelta, dijo lo siguiente:

—Oye, si sirve de algo, quisiera pedirte disculpas. Solo quería ayudar a un amigo, no era consciente de que me estaba involucrando tanto en el caso.

—Está bien. Hasta mañana —concluyó ella, tajante.

Y eso le dolió más a ella que a él. Seguro. Notó cómo el corazón le estallaba en mil cristales de dolor. Pensó, por enésima vez en el día, que las puertas del infierno estarían abiertas de par en par para darle la bienvenida. Adriano claudicó y se encerró cabizbajo en su dormitorio. Una vez en el silencio de la noche, Acho se dejó acariciar por su dueña, que daba pequeños estertores con el gimoteo contenido. El perro levantó la cabeza y la miró a los ojos. Patricia se sintió absorber por la profundidad de aquellas pupilas. Era

una fuerza muy grande, poderosa. Sintió un escalofrío al pensar que aquellos ojos, de alguna manera, podían estar conectados con el alma de Adriano.

El perro acercó el hocico a su cara y comenzó a besarle el rastro húmedo de las lágrimas, como el que lame las heridas del corazón.

Media existencia deseando estar embarazada y resulta que la noticia le destroza la vida. Había despedazado la pareja. Iba a matar de dolor al hombre que amaba. ¿Seguro? ¿Y Manuel? ¿Qué pasa con él? ¿Qué pinta el padre de la criatura en todo esto? Ya no sé ni lo que pensar. No sé lo que siento. Lo que hay dentro de mí. Lo que está bien y lo que está mal. Voy a perder la cabeza del todo.

—Acho, cariño mío, ayúdame. ¿Qué hago yo ahora?

Y lo abrazó, ahogando su desconsuelo en el fino pelaje del animal. El labrador la besaba por todos lados. ¡Ay, si pudiese hablar! En un momento dado, esquivó las manos y apoyó la cabeza en la barriga de Patricia.

Acho cerró los ojos y dejó la oreja pegada al ombligo de su dueña.

En momentos de desesperación, cualquier gesto vale por respuesta.

CAPÍTULO 41

12.18 h. Parque Genovés, 30 de abril de 2016

El arnés de Acho tenía dos posiciones. Si se le agarraba por la correa normal el labrador iba en actitud de descanso. Lengua fuera, cola juguetona, los ojos de un lado para el otro y el hocico analizando los orines de las esquinas. Pero en cuanto se le agarraba por el asa del arnés, el perro se activaba y comenzaba a trabajar. Esquivaba a las personas, atendía a los obstáculos, se paraba en los cruces y ayudaba con su lealtad a que la vida de su dueño se pareciese lo máximo posible a la de los demás humanos. Dejaba de ser un animal para convertirse en una herramienta de orientación.

Iban paseando por la avenida principal del parque Genovés. Adriano notaba la suavidad del roce de la tierra en la suela de sus zapatos. Era ocre, lo sabía. La recordaba. Intentaba rememorarla con todas sus fuerzas. Tierra que se pisa, suelo que se ignora y que puede llegar a añorarse. Pasos tranquilos, frenados por la caricia del sol. Nadie tiene prisa cuando el cielo está despejado y los pájaros charlan desde las ramas de los árboles.

Patricia paseaba a su lado. Había intentado agarrarle de la mano, pero ella lo había esquivado como si le hubiese tocado un leproso de la antigua Jerusalén. Apenas habían hablado en todo el camino. Adriano también había probado a darle conversación, pero su mujer se limitaba a reproducir monosílabos.

Sí.

No.

Vale.

Venga.

Como quieras.

Bueno, no todo eran monosílabos, pero sonaban con el mismo tono apagado y distante de los que tienen la cabeza en otro lado. Patricia no

disfrutaba de la tierra ambarina que tiznaba sus zapatos. De ese polvo dorado con el que se había maquillado el parque aquella mañana.

—¿Nos sentamos un rato?

—Vale.

Patricia lo sujetó por unos segundos del brazo y desvió ligeramente la trayectoria del paseo. Menos mal que me toca. Andaban en silencio: el ruido de sus pasos, el crujir de la tierra, las pezuñas arrítmicas del perro, la cháchara de los pájaros y el crepitar de la cascada en las grutas del parque. Y entonces, los recuerdos, que cuentan con plena libertad para aparecer cuando les da la gana. Adriano tendría unos ocho o nueve años, agarraba la mano de su madre con la derecha, la de su padre con la izquierda. Paseaban por ese mismo parque y cada tres o cuatro pasos saltaba para quedarse suspendido en el aire durante unos instantes mientras sus santos progenitores lo mantenían en volandas. Hubo también un tiempo en el que las fotografías costaban dinero. Según qué carrete se metiese en la cámara, con cada instantánea había que restar unas cuantas pesetas del bolsillo. Pero para inmortalizar la infancia y juventud de un hijo no se escatima en fotografías. Le hacían fotos en todas las posturas: asomado a la barandilla de la cascada del parque, con los patos del estanque, montado en la bicicleta, sentado en el borde de la fuente, paseando por el interior de la cueva artificial. De eso hacía ya muchos años, pero de alguna manera, el parque no había cambiado dentro de su cabeza. Las piedras, las esculturas, los columpios y los árboles tallados estaban en el mismo lugar que en sus recuerdos. Si el graznido de uno de los patos llegaba hasta sus oídos, a la mente le sobrevenía la imagen del pico anaranjado de una de las crías a la que le había dado de comer migas de pan en aquella alberca. Como si el mismo pato pudiese tener ahora los mismos cuarenta y cuatro años que él. Como si los columpios y los balancines permaneciesen sin cambiar de color, de apariencia, de usuarios. Como si las flores fuesen las mismas y no hubiesen dejado caer ni un solo pétalo desde entonces. Como si hubiese dos mundos paralelos que coexistiesen a la vez: el real y el de los recuerdos de Adriano. Dos realidades diferentes igual de legítimas que conviven en perfecta armonía. Mecánica cuántica. La magia de la vida.

Patricia se detuvo de pronto, así que el invidente supo que habían llegado.

Se sentó. Comprobó que la piedra del banco estaba fría. Pero no tanto como su mujer. Manipuló la correa de Acho y con un clic lo dejó libre. Las ataduras de la vida, en la mayoría de las ocasiones, son así de simples. Las

patas no tardaron en alejarse corriendo de allí.

Adriano suspiró, dejó que la tibieza del aire inundase sus pulmones y se atrevió a decir:

—¿Tú también te vas a ir corriendo?

—¿Cómo?

—Que si estás pensando en abandonarme. Llevas dos días sin hablarme. No me dices nada. Supongo que sigues enfadada por lo del periódico.

¿Por la investigación de los crímenes de Hércules? ¿Enfadada? Ya ni se acordaba. Su vida había dado una pirueta de ciento ochenta grados. Se encontraba bocabajo, desorientada y sin respiración. No, claro que no estaba enfadada. Era otra cosa. Decepción consigo misma, miedo a lo que iba a ocurrir a partir de ahora, terror a afrontar la realidad, desilusión por esos nueve meses con los que siempre había soñado. Inseguridad, terror, cobardía, desesperanza, angustia. Una preocupación que le rasgaba las entrañas y que amenazaba con abrirla en canal para salir al exterior. Una lucha continua para mantenerlo todo oculto. Sufrimiento en silencio. Negro. No era solo Adriano el que lo veía todo así. Ya nada tenía sentido. ¿Enfadada con su marido? ¡Qué va! Pero mostrarse así de distante era la única herramienta que le quedaba para evitar ciertas conversaciones. Cuanto menos hablase, menos se notaría el nudo perenne que parecía habersele instalado en la garganta.

—Anda, ven aquí.

Y contra todo pronóstico, Patricia lo abrazó. Lo invitó con las manos a que se tumbase en el banco y su marido aprovechó para estirar las piernas y apoyar la cabeza entre los muslos de su mujer. Ella empezó a acariciarle el pelo, como si por un momento pudiesen olvidarse de todo. Adriano deseó dejar escapar una lágrima de felicidad, pero lo único que hizo fue desenfundar la única arma que le quedaba. Además tuvo que sacudirle el polvo, del tiempo que hacía que no la utilizaba.

Sonrió.

Y se dejó flotar envuelto en el sonido de la fuente y de los pajarillos.

A escasos metros del banco donde se sentaban, el busto de un hombre tallado en piedra los observaba. La escultura de José María Pemán llevaba allí desde 1967 y no había abierto la boca en todo ese tiempo. Ni siquiera se le había visto amago de intentarlo. Pasaba mucha gente por delante de sus ojos al cabo del día. Era un testigo mudo de los amaneceres y los atardeceres de los últimos cincuenta años. Algunos paseantes se quedaban parados

durante largo rato para observarle. Otros le hablaban, le rezaban o le contaban sus batallitas, como si quisieran poner a prueba el voto de silencio de la escultura. Muchos le habían acariciado la calva con el pretexto de conseguir algo de suerte. Las palomas le cagaban encima con asiduidad desde las alturas y el sol, en según qué época del año, resultaba ser más molesto que otra cosa. A pesar de esto, el Pemán esculpido nunca se movió ni un ápice de su postura original. Una estatua de comportamiento impecable, sin duda. Pero desde aquella distancia, viendo el dolor que desprendían esos dos seres que se habían sentado en el banco minutos antes, el busto les dedicó unas palabras:

Vida inquieta, frenesí
de la ambición desmedida...
¡Qué mal comprende la vida
el que la comprende así!

La vida es soplo de hielo
que va marchitando flores;
no la riegues con sudores
ni la labres con desvelo;

la vida no lo merece:
que esa ambición desmedida
es planta que no florece
en los huertos de la vida.

Necio es quien lucha y se afana
de su porvenir en pos:
gana hoy pan y deja a Dios
el cuidado de mañana.

Vida serena y sencilla,
yo quiero abrazarme a ti,
que eres la sola semilla
que nos da flores aquí[13].

Pero los oídos de los vivos no suelen estar preparados para entender las palabras de los muertos. Así que el parque siguió con su ritmo natural, como si allí nada hubiese ocurrido. Adriano intentó recrear el placer perdido de cerrar los ojos y evadirse del mundo que le rodeaba. Se dejó hacer y disfrutó

de las caricias de su mujer. Sus dedos buceaban como sirenas por los anillos de su pelo. A veces los dejaba escapar a la superficie y se arrastraban por su rostro, masajeando las sienes, frotando con suavidad la piel muerta de su frente. Los colores caleidoscópicos de la negrura parecieron frenarse. La respiración se le había prolongado entre espiración e inspiración. El diafragma subía y bajaba como un fuelle. Negrura, paz. Ni posición de loto ni mantras en vinagre. No hay nada mejor que sentirse querido para alcanzar la iluminación interior. Unos puntos diminutos, parecidos a las estrellas, comenzaron a envolver la oscuridad de Adriano. Aquella era la imagen más cercana que podría tener jamás de un mar en plena calma.

—Perdonen que les *molesta*.

La melodía de la oscuridad se expandió en una explosión cromática. Una nube verde parecía querer absorber unas manchas anaranjadas que habían comenzado a dibujarse por aquí y por allá. Ahora eran marrones y un punto azul había aparecido en el centro. Alguien se había acercado a ellos dos y, por el acento, era evidente que se trataba de un extranjero.

—¿Pueden decir cómo se encuentra la plaza de la Catedral?

Las caricias del pelo acabaron. Patricia alargó el brazo para echar un vistazo al plano abierto que tenía el turista entre las manos. ¿De dónde será este tío? Tenía el rostro pálido, gafas de sol, una gorra descolorida y parecía ir demasiado abrigado para la temperatura que hacía. Joder, si llevaba hasta guantes de lana. Patricia pensó que aquel personaje podría haberse escapado de una de las novelas de Bram Stoker.

—Debe salir de este parque —contestó Patricia, mientras le señalaba el camino con el índice en el plano. También había elevado el tono de voz, como si con el aumento de los decibelios el extranjero pudiese traducir mejor las palabras—. Si atraviesa la plaza del Mentidero, que está al final de esta calle, llegará a la iglesia de San Antonio. Pregunte por allí, estará mucho más cerca y sabrán guiarle sin problemas.

Patricia levantó la cabeza para mirar al hombre a la cara. Se percató de que la frente estaba bañada en sudor y este pareció darse cuenta de que algo había cambiado en el rostro de la mujer. El turista no tuvo más remedio que improvisar una sonrisa forzada.

—Bien, muchas gracias. Seguiré ese camino. Hace *un día espléndida en Cádiz*, no esperaba mucho calor.

El extranjero se quitó la mochila que tenía colgada en la espalda sin dejar

de sonreír, como si le hubiesen sujetado los carrillos con chinchetas. La puso en el suelo de tierra y guardó el plano. Mientras tanto, Adriano se había incorporado en el banco. Aquel hombre desprendía un olor extraño. Como si llevase varios días sin acercarse a un grifo de agua corriente. Como si algo se estuviese pudriendo debajo de todo aquel envoltorio exagerado de ropa.

—¿De dónde es usted?

El turista cerró la mochila y miró a Adriano directamente a los ojos. Gafas de sol enfrentadas. Entonces sonrió. Pero esta vez fue de verdad. La diferencia es palpable hasta para los que no pueden ver. Aquella satisfacción parecía provenirle desde muy dentro. Como si, realmente, lo que estuviese esperando de aquel encuentro fuera que el invidente le dirigiese la palabra.

—Soy de *muchas* lugares y de ninguno a la vez. Hace tiempo que perdí la sensación de pertenecer a alguna patria. Siempre viajo con mi novia de un *lugare* para el otro. Y la verdad es que *Cádiz* es *unos* de los sitios más *bonitas* que hemos visto nunca.

Es eso lo que le gusta escuchar a la gente de por aquí, ¿no?

Se colgó la mochila a la espalda y Adriano aguzó el oído. No había captado la presencia de otra persona en aquella conversación. Ese hombre había hablado de su pareja, pero en aquel momento estaba solo. Lo que sí escuchó fueron las patas de un animal acercarse de forma apresurada hacia ellos.

—¡Acho! ¿Qué ocurre?

El perro había comenzado a ladrar como poseído por la rabia. Patricia no supo qué decir. Nunca lo había visto de aquella manera tan violenta. Temió que el animal pudiese arrancarle un brazo a aquel turista paliducho de un instante a otro. La baba le salpicaba entre las fauces y los ojos estaban inyectados en sangre. Pero el forastero apenas se inmutó, ni siquiera perdió la sonrisa propia del que está teniendo una conversación de lo más agradable.

Patricia gritaba que se callase. El perro ladraba. Estaba irreconocible, parecía otro. Parecía un animal. Un niño que paseaba por el parque se abrazó a las rodillas de su madre. Ella miró la escena con el reproche desbordándole los ojos. Como llame a la Policía, se le van a quitar las ganas de soltar el perro sin bozal. Si Adriano hubiese gritado el nombre del perro, la bestia se habría calmado. Seguro. Pero quiso esperar. No supo explicarlo. Pero quiso probar hasta dónde llegaba la amabilidad del hombre que se había acercado a ellos dos.

Y lo único que hizo fue reírse. El turista soltó una carcajada del todo desacorde con la amenaza que tenía a escasos centímetros. Era el tipo de risa que uno espera encontrarse detrás de los barrotes de un psiquiátrico. Acho ladraba y abría la boca como si pudiese tragarse a ese hombre de un bocado. Ladridos y risotadas. Gruñidos y carcajadas. Viendo que el perro no iba a cansarse, el extranjero dio media vuelta y comenzó a alejarse de aquel banco.

No lo hizo por temor a acabar con un par de dedos menos de la mano.

Sino por evitar seguir llamando la atención. Había demasiada gente mirándole.

—*Câinele bătrân nu latră degeaba*[14].

Y aquella risa tan aguda. Tan desagradable a los oídos de cualquier hombre que no hubiese perdido la cordura. Alejándose, poco a poco, sin volver la vista atrás.

—¿Qué cojones ha dicho ese tío?

—¿Y yo qué sé? Calla ya al perro y vámonos a casa, que nos está mirando todo el parque.

CAPÍTULO 42

13.48 h. Calle de la Torre, 30 de abril de 2016

Tenía la puerta cerrada y el grifo de la bañera abierto a toda potencia. Pero Adriano era ciego, no sordo. Tampoco era tonto. La oyó llorar desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño con total nitidez.

Nunca la había visto en tales condiciones. Es cierto que peleaban cada dos por tres, pero no recordaba a su mujer tan disgustada como en aquella ocasión. No esperaba que su implicación en aquella investigación fuese a afectarle tanto. ¿Que si le había pedido perdón? Como unas trece o catorce veces. Demasiadas para provenir del hombre apático y distante en el que se había convertido Adriano. Pero el temor a perder lo único que se ama despierta hasta a los más zoquetes. ¿Resultados? Ninguno. Patricia seguía sumida en un estado de mutismo e indiferencia que comenzaba a preocupar a su marido. Las alarmas habían saltado y no hacían más que pitar y dar vueltas sin descanso en la cabeza de Adriano.

Intentaba encontrar las palabras adecuadas, pero todas le parecían ridículas. Absurdas. Por momentos se sentía el peor marido del universo. Dejado, irritante e incompleto. Incompleto, seguro. De eso no cabía duda. Su mujer lloraba, no era feliz. Llevaba años sin serlo. Y lo peor de todo era que él había tomado aquello como algo normal en la relación. Si él no podía ser feliz, ella tampoco. Llevaba más de ocho años refugiado y excusado en ese maldito accidente, como si fuese la respuesta a todo, el agujero en el que siempre metía su cabeza de avestruz.

Acho dormitaba en la terraza, disfrutando de las horas de sol.

Adriano disimulaba cambiando de emisora de radio, como si escuchase música y a nadie llorar. La puerta del aseo se abrió y el aire denso del vaho y el aroma a gel de baño se expandió por toda la casa hasta llegar a su pituitaria: una coartada bien trabajada por parte de Patricia.

En la cocina sonaba *Under Pressure*, de Queen.

Adriano bajó el volumen y escuchó cómo su esposa manipulaba cajones con ímpetu. Iba de una habitación para la otra, abría y cerraba las puertas de los muebles, andaba con una energía que no parecía corresponder con lo que había estado haciendo unos minutos atrás en el baño. Cuando Patricia entró en la cocina, Rock FM sonaba a toda pastilla. Abrió la puerta de la lavadora y la cerró con fuerza a los pocos segundos.

—Ahora vengo.

—¿Adónde vas?

Patricia agarró la mano de Adriano y la puso encima del montón de ropa mojada que había en la palangana.

—Voy a la azotea, a tender la ropa.

—Bueno, está bien. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—No, gracias.

Y sin decir nada más, cogió la palangana de la colada y dio media vuelta en dirección al recibidor. Pero no llegó hasta allí. A los dos o tres pasos, se paró en seco. Volvió a girarse y a andar en dirección a Adriano. Fue entonces cuando le plantó un beso en los labios. Madre mía, qué sensación aquella. Qué beso más tierno, más suave, más húmedo. Tibio, lento, acolchado, fugaz. Adriano se quedó sin reacción. Y sin respiración también. No lo esperaba. ¿Un beso? Ni en sus mejores sueños. Y ya, lo que escuchó a continuación formaba parte de los sucesos catalogados como milagro.

—Te quiero mucho, cariño. Nunca lo olvides.

Así de simple. Esas dos palabras tan poderosas y tan desusadas. Le quería. Y se lo había dicho. Acho se había asomado por allí y pudo ver el rostro de bobalicón que se le había puesto a su dueño después del beso. Después del «Te quiero». La boca se le había quedado medio abierta, como queriendo decir algo sin ser capaz. Patricia se fue de allí sin esperar nada a cambio. Pero antes de que saliese del piso, Adriano acertó a contestar:

—Yo también te quiero mucho, mi amor.

Y un portazo.

Sin siquiera un adiós.

El tema llegaba a su fin y la misma frase se repetía una y otra vez: *Under Pressure*.

CAPÍTULO 43

14.05 h. Calle de la Torre, 30 de abril de 2016

—Adriano, joder, lo dije sin pensar. No te puedes ni imaginar la de cosas que tenía en la cabeza en ese momento. Lo hice con toda la buena intención del mundo, era la única manera que tenía de agradecer el apoyo que me has prestado durante estos días. Lo siento, de corazón.

—Me ha puteado a base de bien. Mi cara ha aparecido en todos los periódicos y mi mujer ha pasado dos días sin hablarme. Estoy metido de lleno en el ajo. Patricia se piensa que van a ponerme otra bomba en la puerta de casa. Vamos a volvernos locos.

El teniente dijo algo, probablemente volviera a disculparse una vez más, pero Adriano no lo escuchó. Se había retirado el teléfono de la oreja para taparlo con la mano. Esperó un par de segundos: todo estaba en silencio. Sin moros en la costa.

—No tengo mucho tiempo, mi mujer ha subido a la azotea a tender la ropa. Los crímenes de ese lunático parecerán un juego de niños comparado con lo que Patricia puede hacerme si me ve hablando con usted.

—Está bien. Entonces lo primero que tienes que hacer es empezar a tutearme. Yo creo que a estas alturas ya hemos perdido demasiado los dos como para andar malgastando el tiempo con formulismos de mierda.

—A la orden.

—Gilipollas.

—Eso mismo pensé de ti cuando dimitiste en el caso.

—Ya.

—Bueno, ¿y qué se sabe? ¿Hay alguna novedad en la investigación? ¿Es verdad lo que se va rumoreando por ahí de que van a ceder el caso al teniente Miranda?

—No tengo ni idea. Ni tampoco me importa. —Por el tono irritado,

Adriano supo que aquello era mentira. Claro que le importaba—. Estos días he desconectado del trabajo al cien por cien. Ni siquiera he querido encender la tele. Te he aceptado la llamada de milagro, porque eres tú. Pero ahora que lo dices, no sé qué pinta el tenientucho ese de Miranda en todo esto. No sé quién le ha dado pandereta en esta fiesta. Ese niño de papá y mamá estaba cazando Pokemons mientras tú y yo combatíamos a la mayor banda terrorista que ha tenido este país. Pero si quieren confiarle el caso de los crímenes de Hércules, enterito para él. Espero que tenga mejor suerte y no termine consumiéndolo, como me ha pasado a mí.

—Ya. Es usted muy considerado con el chaval.

—Que no me trates de usted, coño. Además, tengo un billete de avión reservado para pasado mañana. Me voy de vacaciones a la Riviera Maya. El psicólogo me ha recomendado este tipo de actividades.

—Pues sí que sale rentable eso de hacerse pasar por loco.

Román dejó escapar una pequeña carcajada que fue apagándose de forma paulatina. Dejó transcurrir un par de segundos antes de soltar un suspiro.

—Por un momento llegué a pensar que lo atraparíamos, Adriano.

—Y yo también llegué a creerlo. Pero lo importante ahora es que le paren los pies a ese capullo. Y rápido. Sea la Guardia Civil, la Policía Nacional o el celador de un colegio. Se trata de evitar la muerte de futuras víctimas inocentes. Es muy probable que el asesino esté preparando ya las cadenas.

—¿Las cadenas?

Acho ladró y Román tuvo que esperar un rato al otro lado de la línea. Adriano había vuelto a retirarse el inalámbrico de la oreja. El corazón había disparado sus pulsaciones ante el aviso de su fiel amigo. Su mujer no podía pillarle con las manos en la masa y realmente se sentía como si estuviese cometiendo un crimen a escondidas. Guardó silencio durante unos instantes, pero no escuchó nada. No parecía que Patricia estuviese bajando las escaleras desde la azotea. Aún disponía de unos minutos. Así que continuó, pero aquel susto le alentó a ir terminando con aquella conversación encubierta.

—En el cuarto trabajo, Hércules dio caza al jabalí de Erimanto. Después de un largo camino lo acorraló y saltó sobre su lomo. Tuvo que atarlo con cadenas para llevarlo a Micenas vivo sobre sus hombros.

—Vaya, así que no lo mató.

—Según la historia, no, ni a la cierva de Cerinea tampoco. Pero mira como apareció su última víctima. Yo creo que estaba muerto, ¿no?

—Bien muerto, sí.

—Pues eso. Que este tío no se anda con chiquitas.

—Eso ya lo sabemos. Pero yo poco puedo hacer ya. Estoy totalmente retirado del caso, mucho me temo que la única opción que me queda es la de tomar daiquiris en cocos abiertos a la orilla del mar Caribe.

—Pues entonces a descansar, jefe. Yo voy a tener que colgar.

—Está bien. Pero déjame pedirte un último favor.

Adriano giró la cabeza de manera intuitiva hacia la puerta del piso. Como si así pudiese escuchar mejor a través de las paredes. Silencio. Allí no había nadie.

—Dime.

—Avísame si te enteras de cualquier novedad que tenga que ver con el caso.

Adriano se pasó la mano por la cara mientras suspiraba. De alguna manera, aquellos dos hombres habían quedado conectados por la obsesión de ver cerrado el caso de los crímenes de Hércules. Resultaba imposible pasar página sabiendo que las víctimas iban a seguir sucediéndose una detrás de otra. Era una sensación similar a la de tener a un familiar querido ingresado de gravedad en el hospital: uno puede alejarse cientos de kilómetros, darse veinte o treinta duchas relajantes, estirar las piernas y descansar en el sofá. Pero la cabeza no deja de pensar en las próximas noticias que puede recibir. Sean buenas o malas.

—Lo intentaré. Tú descansa todo lo que puedas.

—Gracias. Cuando vuelva de las vacaciones tenemos unas cuantas cervezas pend...

Tres golpes secos.

Habían llamado a la puerta.

Adriano colgó de inmediato e intentó que el corazón no se le saliese por la boca. ¿Le habría oído Patricia hablar por teléfono? Acho ladró. Adriano se levantó de la silla. Ahora sonó el timbre de la puerta. Dos veces, con insistencia.

—¡Ya voy, chiquilla! ¡Ya voy!

Los pies descalzos de Adriano se movieron lo más rápido posible hasta la puerta. Con las prisas, casi tira la pequeña lámpara que había en el mueble recibidor de la entrada. La mano sintió la frialdad del pomo. Lo agarró y abrió.

—¿Adónde vas con tanta prisa? ¿Te estás meando o qué?

Una sacudida eléctrica recorrió su cuerpo cuando nadie le respondió al otro lado del arco de la puerta. Allí había una presencia, la sentía, pero no la reconocía como la de su mujer. Allí había alguien que olía raro. El hedor le resultó familiar. Cuando golpeó el suelo con la cabeza, pudo escuchar un sonido muy parecido al que hizo la puerta al cerrarse un segundo después.

Acho comenzó a ladrar.

Adriano intentó mantener ese hilo de consciencia mientras notaba que estaba siendo arrastrado por los tobillos.

No sabía dónde estaba. Todo era negro. Más negro que nunca. Estaba desorientado por completo. No diferenciaba dónde tenía los pies y dónde la cabeza. El universo entero daba vueltas a su alrededor. La oscuridad era ondulante y el concepto de arriba y abajo había desaparecido.

Acho comenzó a ladrar con más energía. Adriano tenía la sensación de estar sumergido dentro de una pecera. Escuchaba los ladridos como si proviniesen de una lejanía inalcanzable a pesar de que el salón de su casa no tuviese más de quince metros cuadrados. De buenas a primeras, sus tobillos quedaron liberados por las manos que lo sujetaban en el aire y los pies golpearon en el suelo cayendo por su propio peso. El hombre que lo arrastraba segundos antes dio un grito. Pero no fue un grito limpio ni abierto. Fue un quejido ahogado, más que otra cosa. Los gruñidos del perro estaban acolchados, como si tuviese algo dentro de las fauces.

Acho había mordido y no estaba dispuesto a soltar fuese lo que fuese.

El agresor dijo algo entre dientes, pero Adriano no lo entendió. Por el tono supuso que debía de ser una maldición, una blasfemia pronunciada en un idioma desconocido. Pero bueno, tampoco es que esa fuese ahora la mayor de sus preocupaciones. Aprovechó la distracción para intentar incorporarse en el suelo. La cabeza le dolía como si la tuviese rota en varios trozos. Tenía el cuello caliente. Estaba mareado dentro de una caja oscura. Estiró las manos mientras avanzaba gateando en sabe Dios qué dirección. Detrás de él, a escasos metros, se libraba una batalla entre gruñidos animales y quejidos humanos. Parecía que Acho llevaba ventaja. La lámpara del recibidor acabó cayéndose al suelo y varios pedazos de cerámica llegaron a la zona donde Adriano intentaba gatear. Se cortó la palma de la mano izquierda y una de las

rodillas. Manchó el suelo con el rastro de su sangre. Pero de eso ni siquiera se dio cuenta.

Los dedos de la mano pasaron de la textura pulimentada del enlosado a una más rugosa: la moqueta del dormitorio. Hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban para intentar ponerse en pie. Buscó con la mano un apoyo en el aire. Tocó madera. Era el quicio de la puerta. Cuando fue a levantarse, el gemido lastimero de Acho a sus espaldas hizo que voltios y amperios recorriesen su columna vertebral.

Adriano escuchó tres movimientos violentos acompañados de tres chillidos caninos. Le sobrevino entonces la imagen de las puñaladas entrando en la carne del único amigo que le había quedado después del accidente. El pelo del animal empapado en sangre. Sus ojos perdiendo el brillo. Quiso darse la vuelta y descargar toda su ira contra aquel monstruo que había invadido su hogar. Repartir puñetazos y patadas al aire hasta que alguno de sus golpes encontrase blanco efectivo. Pero hizo de tripas corazón, ¿o fue cobardía?, y siguió avanzando hacia el dormitorio.

Mientras lo hacía, escuchaba cómo el asesino seguía dándole cuchilladas al perro. Con cada una de ellas hacía un ruido con la boca, como si tuviese la lengua entre los dientes, como si le estuviese dando con saña e inquina.

Hacía rato que Acho había dejado de emitir ruido alguno.

Adriano tropezó con unos zapatos que había por allí en medio. Con la mano tiró un cuadro que había en la cómoda de la habitación y el cristal se hizo añicos. Palpó. Uno, dos y tres. El tercer cajón. La pistola. El corazón le golpeaba en el pecho como si los tambores del Apocalipsis se hubiesen reunido en su tórax. La cabeza le pesaba, tenía la sensación de haber perdido toda la consistencia de los músculos del cuello. Con las manos rebuscaba entre los calzoncillos y los sujetadores. Los tiraba al suelo, los lanzaba a su suerte. Sus dedos toparon con los envoltorios de los preservativos que escondía su mujer. Los arrugó con toda su cólera y los arrojó hacia la infinitud de la oscuridad.

Las puñaladas habían cesado y unos pasos se dirigían hasta la habitación.

¿Dónde está la puta pistola?

Las manos de Adriano barrían la superficie del cajón de madera de esquina a esquina. El arma parecía haber desaparecido. Y entonces, el olor a podrido y aquella risa desquiciada a escasos centímetros de su oreja.

—¿Qué estás buscando? ¿Acaso quieres enseñarme las bragas y los

sujetadores de tu mujer?

Adriano cogió impulso con todas sus fuerzas y lanzó un puñetazo en dirección a la fuente del sonido. Sus nudillos golpearon el aire, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Entonces pudo oír dos cosas a la misma vez.

Uno: aquella risa desquiciada que iba ganando volumen de forma paulatina.

Dos: su propia cabeza crujir entre el suelo y los pisotones de aquel que se creía Hércules reencarnado.

Es difícil de explicar, pero Adriano sintió cómo se apagaba en medio de toda aquella oscuridad.

Era algo parecido a morir después de estar muerto.

CAPÍTULO 44

14.12 h. Calle de la Torre, 30 de abril de 2016

Patricia hacía equilibrio en el borde de la azotea y bajo sus pies tenía una caída de cinco plantas. Miraba al cielo. Con la mano derecha se encañonaba las sienes con la pistola reglamentaria de su marido. Nunca pensó que acabaría de esa manera, pero había decidido que iba a morir aquel día. No estaba dispuesta a seguir alargando el sufrimiento. Ya está bien. Lo que no tenía del todo claro era el modo de hacerlo. Aunque lo de tirarse al vacío no le hacía tanta gracia. Esa caída, ese cosquilleo en el estómago, esos segundos de castigo antes de llegar al suelo. El porrazo. Había visto en algunos vídeos de YouTube que había cuerpos que incluso rebotaban casi un metro de altura después de arrojarse desde un rascacielos.

Mejor apretar el gatillo. Aquello debía de ser como pulsar el interruptor para que se apagase la luz. Una detonación y se acabó. ¿O los suicidas ni siquiera llegarían a escuchar el disparo?

Hay respuestas que solo conocen algunos muertos.

Patricia volvió a bajar la Beretta hasta su regazo para descansar el hombro. Se secó las lágrimas con el dorso de las manos. Respira hondo. Tranquilízate. Muchos han podido y tú no vas a ser menos. Removió el arma entre sus manos, como si pudiese sopesar la cuantía de sus agallas. Solo tienes que abstraerte. No pensar en la muerte. En nada. Ya has vivido suficiente, quizá demasiado. No le des más vueltas. Solo tienes que apretar el disparador.

Se colocó el cañón de la pistola en la cabeza. Le temblaba.

Gritó con todas sus fuerzas.

Y volvió a bajar el brazo.

Claro que sí. Claro que la idea de abortar se le había pasado por la cabeza. Como una fútil sonrisa del demonio. Sin embargo, Patricia prefería meterse un calibre del nueve en la sesera que vivir el resto de sus días con ese cargo

de conciencia. Pero si te suicidas, también matarás a la criatura, estúpida. ¿Quieres convertirte en una asesina? ¿Y si haces las maletas y creas una nueva vida en México? ¿O en Argentina? No, joder. No. No puedes hacer esto. Ya estás aquí, con la pistola. No puedes echarte atrás ahora. Además, si te fugas, es muy probable que inicien una investigación por desaparición. Terminarían encontrándome. Solo estaría atrasando lo inevitable.

Se estaba volviendo loca.

Llevaba toda una vida soñando con conseguir justo lo que tenía en ese momento: un hijo o una hija en su interior. Sin embargo, se sentía totalmente incapaz de afrontar esa conversación con su marido. De sentarse y confesarle la infidelidad, la mentira que había estado ocultando durante todo este tiempo. No. No era eso lo que siempre había deseado. No quería tener un hijo en esas condiciones. No quería dar explicaciones. No soportaría volver a ser testigo de cómo Adriano se derrumbaba una vez más. Por su culpa. Porque todo había sido culpa suya. Necesitaba desconectar y dejar de sufrir. Por primera vez en su vida se estaba comportando como un cobarde. ¿Y qué? ¿De verdad tenéis algo que reprocharme? No puedo más. Lo juro. No aguanto ni un golpe más de la vida. Quiero morirme ya, por favor. Yo también merezco mi descanso. Que esto acabe de una maldita vez.

A Patricia se le nublaron los ojos con la humedad de sus lágrimas.

Dicen que el suicidio es una de las muertes que más marca a sus víctimas para la eternidad. Es una humillación personal. Para el resto de los vivos, un suicida es alguien incomprendido. Marginado. ¿Pero cómo pudo arrebatarse la vida esa pobre infeliz? Sería depresiva, esquizofrénica o estaría como una puta regadera. Nadie en su sano juicio se quita la vida. ¿Verdad?

El cielo estaba de un celeste cristalino y el sol colgaba en las alturas de manera majestuosa. Maldito verano. Hacía un día perfecto para seguir viviendo. Pero Patricia seguía convenciéndose de que desaparecer era la única salida que le quedaba. Sabía que en la autopsia descubrirían que estaba embarazada y en su historial médico también aparecería reflejada su visita al ginecólogo.

La dignidad estaba perdida. La verdad iba a salir a la luz de una manera o de otra y no había vuelta atrás. Pero una cosa sí estaba en su mano: no viviría para ver el sufrimiento que provocaría a su marido.

Deseó que después de la muerte no hubiese nada. Solo oscuridad y silencio.

Se metió el cañón de la pistola en la boca y empezó a hiperventilar. Tensó la mandíbula y apretó con los dientes la corredera del arma. Rozó involuntariamente con la punta de la lengua el metal. Tenía un sabor desagradable. Agrio. La muerte le supo a aceite lubricante y restos de pólvora.

Levantó ligeramente la cabeza para mirar al sol y la realidad quedó resumida a ese punto refulgente de luz. En el resplandor de la estrella apareció fugazmente el rostro de su marido. Te quiero, mi amor, te echaré mucho de menos. Este se esfumó para dar paso a la imagen de su madre, que tantos años llevaba sin hablarle. Cuánta razón tenías, mamá: al final, la bomba también terminó matándome a mí. Por último, pudo ver la silueta de una recién nacida envuelta entre toda aquella luz cegadora. Como acunada en un limbo de luz y fuego. Tuvo la certeza de que se trataba de la criatura que llevaba en su interior.

Aquella era su hija.

Si hay algo ahí arriba, que me perdone. Perdonadme todos.

Por favor.

Y apretó el gatillo.

CAPÍTULO 45

14.14 h. Calle de la Torre, 30 de abril de 2016

Tenía náuseas y se sentía mareado. Miles de puntos de colores dominaban ahora toda la oscuridad que lo envolvía. Pensó que aquello debía de ser a lo que la gente llama ver las estrellas. Notaba como si tuviese rota la parte baja de la espalda y las piernas entumecidas.

Se encontraba sentado en algún lugar. Intentó mover el cuello, como si pudiese sondear el espacio que lo rodeaba, y lo invadió una oleada de náuseas que le hicieron dar arcadas. Le sobrevino un espasmo brusco, contrajo el cuerpo y lo echó todo a un lado. Notó cómo el vómito le escapaba, incluso, por los orificios de la nariz. Después de eso, con la garganta en llamas y mientras intentaba recuperar la respiración, escupió en el suelo de su propia casa. Total, de perdidos al río.

Tenía las manos y los pies atados a una silla. Cada vez que se movía, el sonido de los eslabones metálicos llegaba hasta sus oídos. Eran cadenas.

Estoy jodido.

Oyó unos aplausos. Lentos. Cada palmada parecía una auténtica gozada para su percusionista. Con un gran esfuerzo Adriano se volvió hacia el lugar de donde provenían las ondas del sonido.

—Estás hecho una verdadera mierda.

Sí. Aquella era la voz del turista que los había abordado aquella mañana en el parque. Tenía un deje extranjero y arrastraba el sonido de la erre como si su vocalización fuese un gran sacrificio. Aun así, la pronunciación de aquella frase había sonado bastante natural. Aquel extraño debía de llevar varios años viviendo en el sur de España y lo de aquella mañana no había sido más que un teatrillo. El mapa y su acento exagerado no habían sido más que una excusa para acercarse a su siguiente víctima. Su olor corrompido también era el mismo que el de aquella mañana. Eso no formaba parte del disfraz.

Adriano dejó escapar un suave gemido entre los labios. La boca le sabía a sangre y con la lengua rebuscó entre los huecos libres donde hacía unos minutos había dientes. Tuvo que hacerse a la idea de que los había perdido. Cualquiera los encuentra por la casa con todas las luces apagadas. La garganta le ardía como si hubiese tragado azufre. Volvió a escupir en el suelo y entonces recordó algo. Basculó ligeramente la cabeza y aguzó los oídos. No escuchaba a Acho por ningún lado.

Dicen que los ojos son el espejo del alma, y resulta bastante complicado saber qué piensa un hombre que los ha perdido. Pero el intruso tuvo que ver el reflejo de la desazón y la angustia en el rostro de su víctima, porque en ese momento se regaló el gusto de soltar una breve carcajada y decir las siguientes palabras:

—El perro está muerto. Lo tienes a metro y medio de tu tobillo derecho y el charco de sangre no tardará en llegar hasta la planta de tus pies descalzos. Pero, si te sirve de consuelo, el bicho ha luchado con ferocidad. El muy capullo me ha mordido en el gemelo izquierdo. El instinto de los animales suele ser bastante certero para este tipo de cosas y el hijo de puta me mordió justo en la herida abierta que tengo en la pierna. —Aquel tipo hizo una pausa, como para dejar que su víctima digiriese la noticia—. ¿Sabes? Hace catorce años maté a mis padres con este mismo cuchillo, justo con diecinueve puñaladas. Doce para mi padre y siete para mi madre. —Adriano pudo oír como aquel hombre jugaba con el acero, pasándoselo de una mano a otra—. Hoy tu perro ha muerto con el mismo número de cuchilladas exacto. Si ese animal hubiese sido un peluche, habría soltado por los aires todas las plumas del relleno. Pude haber parado antes, a la tercera o la cuarta había dejado de lloriquear, pero este tipo de detalles son los que me van a llevar a la iluminación. Tenía que ser así. Debían ser diecinueve. Además, tampoco tenía prisa. Sabía que no ibas a llegar demasiado lejos.

Y esa risita lunática. Que debía situarse también bastante cerca, Adriano notaba el hálito de su aliento a escasos centímetros de su espalda. Supo que tenía que salir de allí. Hacer algo. Instintivamente, hizo un esfuerzo por ponerse en pie y apretó los pocos dientes que le quedaban para soportar el dolor. Fue incapaz de levantar las patas de la silla más de unos milímetros del suelo. Tenía las manos atadas al respaldo del asiento y este debía de estar sujeto a alguna estructura. Con los dedos rozó la superficie pulimentada que había detrás del asiento. Supo que estaba palpando el radiador de su casa.

Vale. Estamos en el salón.

El asesino disfrutó ante la impotencia de su nueva captura y comenzó a andar de un lado para el otro. Se recreó en cada paso, sabiendo que Adriano estaría atento a cada uno de sus sonidos. Vaya angustia esa de no saber de dónde va a venir el hombre que te va a arrebatar la vida. Eran pasos lentos, parsimoniosos. Ahora se acerca. Ahora se aleja. ¿Pero en qué dirección? Clack, clack, clack. Aquello simulaba perfectamente la pisada de la muerte. Y la muerte, como tal, a pesar de que nadie la pudiese ver, no dejaba de sonreír. Se paró delante de la silla, se puso en cuclillas y miró a Adriano directamente a la cavidad profunda de sus ojos.

—¡Pero qué feo eres de cerca, tío! —Adriano volvió a hacer un movimiento brusco con las cadenas—. No te esfuerces demasiado. No hay manera humana de escapar. Solo te traerá frustración y dolor físico. Es muy importante que pongas de tu parte y me escuches con atención. Esto no durará mucho, te lo juro. Pero solo si colaboras podrás salvar la vida de tu chica, ¿entiendes?

El corazón se le encogió. ¿Mi mujer? No. Patricia no, por favor. Así que Adriano asintió con la cabeza varias veces. Para que quedase claro que comprendía. El mundo entero pareció temblar con este simple movimiento.

—Si haces cualquier tontería puedes darla por muerta. Así que olvídate de hacer ruidos que puedan alertar a los vecinos o de gritar pidiendo auxilio. Si no me tocas los cojones, le perdonaré la vida. Por cierto, ¿dónde está? Esperaba ver el culito de tu mujer por aquí cerca.

—No lo sé. No lo sé, de verdad. Se fue sin decirme nada. Estamos peleados. Hace días que no me habla por haberme involucrado en la investigación de tus crímenes —mintió en esto y aquello, pero no en lo otro.

—No parecía muy mosqueada esta mañana, cuando te abrazaba en el banco del parque. —Aquel tipo hablaba con un tono de voz complaciente, como el que está teniendo una conversación encantadora.

—Cuando llegamos a casa nos volvimos a pelear.

—Ya, claro. ¿Y por qué se iba a enfadar porque formases parte de la investigación?

—Probablemente porque temía que pudiese acabar de esta manera.

—¡Vaya! Parece ser que ella es más inteligente que tú.

El asesino rio, complacido. A Adriano le latían las sienes como si hubiese una fuerza que se las apretara y las soltara de manera sistemática. Le dolía

todo el cuerpo y era consciente de que aquello no había hecho más que empezar. Ninguna de las víctimas de aquel asesino en serie había logrado salir con vida. Las esperanzas estaban en su contra, pero, como eso es lo último que se pierde, pensó que quizá alguien podía haber escuchado los porrazos del forcejeo o los ladridos del perro. Tenía que ganar tiempo. Con un poco de suerte, su mujer habría oído algo desde la azotea y fuese a buscar ayuda.

Intentaría alargar al máximo la conversación.

—¿Y por qué? ¿Por qué nosotros?

—No tengo nada en contra de ella. Y, en cierto modo, tampoco tú estabas dentro de mis planes. Han sido los dioses los que han hecho que nuestros destinos se crucen hoy aquí. Ellos son los que reparten los naipes y, por tu cara, parece ser que te ha tocado una carta que no habrías elegido libremente. Pero, en honor a la verdad, he de decir que decidiste jugar en el momento en que te animaste a formar parte de la investigación. Así que tu mujer lleva razón: te has cavado tu propia tumba.

Alceo hizo una pausa dramática y Adriano se dio un cabezazo contra el respaldo de la silla, como si así pudiera castigarse por haber tomado la decisión de aceptar la primera llamada de Román.

—Además, hace unos días toda la prensa publicó tu promesa de meterme entre rejas. No ha sido nada difícil esperar a que salieses esta mañana a la calle, los del *Diario de Cádiz* tuvieron el detalle de hacerte una fotografía en la misma puerta de tu casa. Me lo has puesto bastante fácil, ¿sabes? Me has obligado a ponerle nombre y rostro a mi cuarta víctima. Así, a la gente de esta ciudad le quedará claro que el que manda en este juego soy yo, no la puta Policía.

—Pero yo no dije eso. Esas palabras no salieron de mi boca. Todo lo tergiversaron los periodistas para vender cuatro periódicos más. ¡Lo juro!

Y en medio de la oscuridad, el golpe con más fuerza que nunca nadie le había dado sorprendió a Adriano. De un puñetazo, Alceo le rompió la nariz con un crujido. La sangre goteó como en un grifo sin fuerza y le manchó la pechera de la camisa. En otras circunstancias se habría lamentado por la mancha que no saldría de la ropa, pero en ese momento solo pudo ahogar un grito y tambalearse. La expresión de dolor de su rostro era la de alguien que hacía todo lo posible por no perder la consciencia. Por no perder el control. Por aguantar. Al cabo de un momento notó como una mano le levantaba la

barbilla.

—Como vuelvas a gritar más de lo necesario te mantendré con vida para que escuches como me tiro a tu mujer mientras le rebano el pescuezo. Aquí mismo, junto al cadáver del perro. ¿Me oyes?

—Patricia no tiene nada que ver en esto —balbuceó Adriano, sin elevar demasiado la voz. Notaba que la sangre le bajaba por la garganta y echó la cabeza hacia atrás, en un vano esfuerzo por cortar la hemorragia.

—Si tu mujer tiene que ver o no, lo decido yo. El perro tampoco tenía culpa y se interpuso en mi camino. Ojalá tuvieses ojos para ver cómo ha acabado. —Alceo dejó de hablar durante unos segundos para limpiarse la baba con el dorso de la mano. Sin darse cuenta se había relamido la comisura de los labios—. Supongo que ya habrás aceptado que te va a ser imposible salir de esta. Sin embargo, puedes conseguir que me olvide de esa muchachita tan linda que siempre te va acompañando.

—Está bien, está bien. ¿Qué coño quieres? —A Adriano le costaba respirar.

—Pues resulta obvio, amigo mío. Quiero torturarte. —Alceo estalló en una breve carcajada—. Eres mi cuarta víctima y quiero que seas la más espectacular hasta el momento. Y todo ello sin hacer demasiado ruido, recuerda. A ver cuánto está dispuesto a sufrir un hombre por amor.

El asesino adoptó un semblante serio. Actuaba como si realmente hubiese algún observador en su espectáculo. Se aclaró la garganta y frunció el ceño en un esfuerzo por contener la risa. Acercó la punta de su cuchillo a la cuenca vacía del ojo izquierdo de Adriano y se quedó allí durante unos segundos, como jugando a sostener quieto el pincho sin tocar la piel.

Alceo tenía que morderse la lengua para aguantar la risa.

Adriano estaba inmóvil, ajeno a lo que ocurría a escasos milímetros de su cara.

El torturador empujó con fuerza y el filo del cuchillo entró en la carne muerta hasta el interior del cráneo. Adriano se contrajo para atrás y ahogó un grito de dolor. Alceo se volvió a llevar la mano a la boca para amortiguar su risa. Su víctima había dejado caer el cuerpo hacia un lado de la silla, quedando sustentado solo por el agarre de las cadenas. Un fino hilillo de sangre resbalaba ahora en cascada desde su fosa ocular hasta el suelo del salón. El charco de Acho se había extendido acariciando las patas de la silla. Ambas sangres se unieron.

Cuando la muerte está cercana, la vida intenta resistir con este tipo de regalos.

Lástima que Adriano no pudiese disfrutar esta fusión de almas. Por su parte, tenía que hacer esfuerzos para no venirse abajo. Notaba que el sistema nervioso se le apagaba, que las manos y los pies se le iban entumeciendo y que el dolor era algo que cada vez parecía más lejano. Los colores danzantes que siempre le acompañaban iban perdiendo fuerza.

De improviso algo lo despertó.

¡PAM!

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso? ¿Ha sido un disparo? —preguntó el asesino con un tono de voz visiblemente alterado.

Adriano no supo qué responder. Sí. Sí que aquello había sonado como un disparo. Uno solo. Y el sonido quedó impregnado en el ambiente. Parecía provenir de un lugar cercano. De la calle o del mismo bloque de pisos. Su pistola no estaba donde debía estar y todo parecía dar vueltas en su imaginación como en el bombo de una lavadora. De forma súbita, el rostro de su mujer apareció en medio de la oscuridad. Nada tenía sentido. ¿Dónde estaba Patricia?

Unos pasos apresurados se alejaron. Adriano aprovechó para levantar la cabeza e intentar atrapar todo el oxígeno que fuese capaz. Tenía las vías respiratorias atascadas por la hemorragia, pero el olor de aquel tipo era una ponzoña que envenenaba aún con pequeñas dosis. Su aroma corporal era una herramienta de tortura más. La cabeza le iba a estallar y la ausencia del ojo izquierdo le palpitaba como si tuviese allí mismo alojado el corazón. Dolor fantasma, que le llaman. La sangre y los mocos le hacían tapón en la garganta. Escupió en el suelo mientras se dejaba acariciar por una leve brisa de aire renovado que había inundado el salón.

El asesino abrió la ventana y se asomó. Miraba a la calle sin mostrar demasiada silueta al exterior. Se giró y volvió a preguntar mientras se dirigía flechado a la silla:

—¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido eso?

A Adriano le habían agarrado de las solapas empapadas en sangre de la camisa y comenzaban a zarandearle. Ya no tenía fuerzas para resistirse. Que hiciese con él lo que le diese la gana. Por experiencia sabía que cuando el torturador perdía los nervios, la víctima podría correr serios peligros. Le resultaba raro aplicar la teoría policial en tales circunstancias. Era como verse

desde una perspectiva exterior. Se imaginó allí sentado, atado, ensangrentado, mientras lo agarraban por el cuello de la camisa y lo movían de un lugar para el otro.

Intentó tranquilizarlo. Hacerle ver al verdugo que tenía todo bajo su control.

—Seguro que ha sido el niño del quinto. En esta calle siempre están jugando con los petardos. Hace dos semanas los vecinos llamaron a la Policía porque todos los perros de la zona se asustan cada vez que escuchan uno de esos. Acho odiaba los petardos.

Madre mía, qué soltura para inventar idioteces. Aunque quizá el objetivo de aquella historieta no solo fuese el de engañar al asesino, sino el de engatusarse a sí mismo. Estaba convencido de que aquello había sido un disparo. En el quinto ni siquiera vivía ningún niño. La idea de que su propia pistola desaparecida fuese la responsable de aquel disparo le rondaba la cabeza. Y que Patricia tuviese algo que ver lo atormentaba. El caso es que el embuste funcionó y los zarandeos cesaron de forma paulatina. Adriano levantó la cabeza e intentó que su torturador lo mirase directamente a la cara. Podía notar su aliento muy de cerca. Tenía la respiración acelerada y casi que podía imaginar sus ojos desorbitados ante el pánico de ser capturado.

Debía desviar su atención. Ofrecerle un diálogo en el que aquel lunático se sintiese cómodo. Una estrategia desesperada, pero ganar minutos de conversación era la única moneda que le quedaba para comprar instantes de vida. Su boca dijo lo primero que se le pasó por la mente.

—Los trabajos de Hércules, ¿por qué?

Alceo soltó la camisa de Adriano de una sacudida y retrocedió un par de pasos. Tenía las manos llenas de sangre. Aquello le hizo sentir bien. El perro lo había mordido y era muy probable que pudiesen encontrar restos en sus fauces. Con diferencia a sus anteriores crímenes, esta vez tendría que limpiar bien la escena antes de marcharse. El tiempo jugaba en su contra. Intentó controlar la respiración y calmarse. Tenía que darse prisa, la mujer del ciego podría llegar de un momento a otro.

Así que se giró, puso una rodilla en el suelo y comenzó a rebuscar en la mochila que había dejado junto al sofá. Mientras escogía las herramientas necesarias, se explicó:

—Hércules cometió el mismo error que yo. Mató a su familia en un arrebató de ira. Puedes juzgarme como te dé la gana, no tengo intención de

que entiendas el dolor que me ha perseguido desde entonces. Eso se queda guardado para mí y para mi novia Jenica. Estamos prometidos, ¿sabes? Yo también estoy enamorado, conozco el terror de perder lo que más se quiere en este mundo, por eso sé cómo mantenerte bien calladito, ¿entiendes?

A Alceo le había cambiado el tono de voz y por un momento Adriano llegó a pensar que aquel asesino podría ser cualquier hombre normal y corriente. Escuchó un cimbreo metálico que provenía de la mochila. Estaba preparando algo. El corazón aceleró sus pulsaciones.

—Hércules fue perdonado por sus crímenes después de realizar estos doce trabajos, que estoy seguro que ya conoces. —Adriano percibió el sonido de dos varillas de hierro entrechocar, como si su torturador hubiese tocado un diapasón para que pudiera oírlo—. Llevo años buscando mi propia absolución y tú solo te has convertido en un eslabón para conseguirlo.

Adriano sintió cómo los pasos se acercaban hacia su posición. Las piernas le vibraban. Argumentó a la desesperada:

—Pero esto que estás haciendo conmigo no tiene nada que ver con el cuarto trabajo de Hércules. ¿Dónde está el jabalí?

—Me alegro de que me hagas esa pregunta. El héroe capturó al jabalí de Erimanto con cadenas, tal y como estás atado. Las he traído en mi mochila, fiel compañera de viaje. —La presa se removió en la silla. Las cadenas sonaron como cascabeles en el infierno—. Aunque sí es cierto que aún tengo que disfrazarte de jabato. A mi tercer trabajo no le quedaron mal los cuernos de ciervo, ¿eh?

El ciego notó que le agarraban de la mandíbula con fuerza. Los dedos se le clavaban en los carrillos como tenazas.

—Abre la boca o haré que la abra tu mujer un poco más tarde —le susurró al oído.

Adriano obedeció sin pensárselo dos veces. ¿Qué garantía tenía de que ese hombre cumpliera su palabra y dejase en paz a Patricia? Ninguna. Pero era la única opción que le quedaba. Notó que le metían una varilla metálica en la boca. Uno de los extremos le presionaba la encía, detrás de las muelas. Pinchaba. ¿Aquello era un clavo? No le dio tiempo a pensar demasiado. En un instinto intentó liberarse y retirar el cuerpo extraño con la lengua.

¡Clank!

Un golpe seco que le retumbó toda la cabeza. El torturador acertó del primer martillazo y la puntilla de metal quedó clavada en la encía. Le había

atravesado la lengua y esta había quedado ensartada por el lateral en la zona de los molares izquierdos. Gritó, pero el sonido se vio ahogado de inmediato por la oleada de sangre que le inundó la campanilla. No podía cerrar la boca, el clavo debía de medir diez o quince centímetros y quedaba en su mayor parte fuera de la cavidad. Adriano se removi6 de manera espasm6dica en la silla. Adem6s de rezar, no pod6a hacer otra cosa que esa.

—Ea. Aqu6a tienes un colmillo de jabal6a.

Adriano comenz6 a gemir en la silla mientras se hac6a a la idea de que iba a morir. Notaba c6mo la mand6bula se le hab6a desencajado de su alojamiento natural. El negro se convirti6 en rojo. Rojo dolor que parec6a envolverlo todo. Dej6 que el mejunje resultante de la mezcla de babas y sangre le corriese por la barbilla. De buenas a primeras, se gir6 bruscamente hasta donde las cadenas le permitieron y vomit6 a un lado.

Aquello era una asquerosidad. Una atrocidad.

Y Alceo disfrutaba de todo aquello unos pasos m6s atr6s. Con el martillo en una mano y el clavo restante en la otra. Satisfecho. Como el que contempla desde la distancia los detalles de una obra a punto de darle las 6ltimas pinceladas.

—Bueno, vamos a por el segundo colmillo, ¿no?

Adriano se removi6, patale6, grit6 y se orin6. Un c6ctel de fluidos corporales hab6a comenzado a crearse entre las patas de esa silla.

—¡Pero bueno, hombre! No pongas esa cara. Despu6s de esto prometo matarte pronto.

Alceo volvi6 a agarrarle por el ment6n y Adriano comenz6 a suplicar. Era imposible entenderle con la lengua remachada y la boca atravesada por ese trozo de metal. As6 que el asesino hizo fuerza y coloc6 el clavo justo enfrente del otro, en la enc6a derecha. Ahora ser6a m6s f6cil, la boca ya estaba abierta por s6 sola.

Levant6 el martillo y el timbre de la puerta hizo que este se quedase congelado en el aire. Los dos se quedaron en silencio. Paralizados. Alceo con los ojos muy abiertos. Adriano con la boca muy abierta.

Y otra vez el timbre. El que llamaba ten6a mucha prisa.

Ding-dong. Ding-dong.

DING-DONG.

Alceo se puso un dedo en los labios en un gesto universal. Tardó medio segundo en percatarse de que su víctima no tenía ojos para comprender la orden.

—Ni se te ocurra hacer ruido —susurró.

Adriano no rehistó. Notaba que estaba muy cerca de perder la consciencia. Se extinguía. En medio de toda aquella negrura, comenzaba a perder la percepción del propio yo. No se enteraba de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. ¿El timbre? ¿Quién estaba llamando de manera tan insistente a su casa? Si fuese un equipo de intervención policial ya se habrían identificado a grito limpio. Dejadme morir tranquilo. Por favor. Pero que no sea Patricia la que está llamando a la puerta.

Alceo se acercó hasta la entrada del piso con movimientos felinos. Ahora sus pasos apenas se escuchaban. Tuvo que asomarse a la mirilla porque, a los pocos segundos, dijo en un murmullo:

—Vaya, esto sí que va a ser matar dos pájaros de un tiro.

Y abrió la puerta.

Ella llevaba prisa, se tapaba la boca con una mano y sangraba. Hizo el gesto de entrar corriendo en casa, pero se paró en seco cuando vio que el que le había abierto la puerta no era su marido. Su cabeza intentaba relacionar a aquel extraño con alguien conocido. Alceo era más alto que ella y se quedó mirándola desde el arco de la entrada. Vestía una media sonrisa y en el brillo de sus ojos podía leerse la pregunta: ¿De dónde viene esta mujer? ¿Por qué tiene toda la boca manchada de sangre? Pero aquella situación tampoco se demoró mucho más. Alceo alargó el brazo y la agarró de los pelos, la metió dentro del piso y cerró la puerta.

Adriano reconoció el grito de su mujer e intentó hacer todo lo que estaba en su mano: desgañitarse, vocear términos ininteligibles y sacudirse con fuerza en la silla. Se sentía destrozado, pero en aquellos momentos el dolor pasó a un segundo plano. Aquella impotencia le resultó más despiadada que la de despertar por primera vez después de perder los ojos. Escuchó como tiraban a Patricia al suelo. Lloraba. Lloraba entre alaridos. Probablemente ya lo hubiese visto. El perro muerto. Toda la casa llena de sangre. Adriano atado en una silla empapado de rojo. La mandíbula desencajada, el clavo, la herida abierta en su párpado izquierdo. Lloraba. Y Adriano gritaba todo lo que aquel clavo le permitía. A ver quién hacía más ruido.

A ver quién de los dos se decía el «Te quiero» más alto sin necesidad de

pronunciarlo.

Hubo un forcejeo. El asesino respiraba con violencia y Patricia gritaba entre movimientos bruscos. De repente, sus chillidos se amortiguaron. Adriano se imaginó a la bestia encima de ella tapándole la boca con la mano. Aquello era para morir de sufrimiento y todo el dolor físico que arrastraba de la tortura le pareció una chuchería al lado de eso.

Alceo se sacó el cuchillo de la parte de atrás del pantalón y dijo:

—¡Adriano, empieza a contar diecinueve conmigo!

Uno.

Dos.

Tres.

Adriano contó hasta tres. Pero aquellos sonidos no fueron de puñaladas. Aquello habían sido tres detonaciones. Y no de tres petardos. No. Sino de tres disparos.

Dos seguidos y uno después. Así:

Pam. Pam.

Pam.

El ruido de la lucha remitió. Adriano escuchó algo parecido a un cuchillo chocar contra el mármol del piso. Un segundo después, vino el sonido de la pistola caer contra el suelo.

Silencio.

CAPÍTULO 46

11.50 h. Hospital Puerta del Mar, 01 de mayo de 2016

El metrónomo del monitor cardiaco y el ruido constante del respirador artificial son insoportables si uno los lleva escuchando durante largo rato. Así que el agente decidió salir de la habitación, por su cuenta y riesgo, y montar la guardia fuera de la sala de cuidados intensivos. Aunque los médicos le habían asegurado que de ahí no se iba a mover, le resultaba inevitable girarse de vez en cuando para mirar a través de la pequeña cristalera de la puerta y echar un vistazo al interior de la 104.

Su cometido se basaba en vigilar a un hombre inconsciente al que le salían tubos, cables, sondas y goteros por todos lados. Pero aquel tipo conectado al soporte vital había sido tan difícil de capturar que no se fiaba de que pudiese resurgir de entre los muertos para salir huyendo a través de la ventana.

Podría haber cerca de cien personas reunidas en la entrada del hospital Puerta del Mar. La noticia había corrido como la pólvora y muchos de ellos amenazaban con irrumpir en el edificio y desconectar al animal que se había cobrado tres víctimas inocentes en la última semana. El guardia civil no quería ni pararse a pensar en que, realmente, su función fuese la de velar por la seguridad de aquel individuo. Protegerlo, a fin de cuentas. La justicia funciona a su manera y en muchas ocasiones está por encima del entendimiento visceral. Si no que se lo digan a los cirujanos que estuvieron más de seis horas intentando salvarle la vida.

El ochenta por ciento de los casos de heridos por una bala en la cabeza mueren. Pero, al parecer, los dioses estaban de parte del asesino en serie y estos no entienden de estadística. El diagnóstico de una persona con este tipo de traumatismos es un reto para los neurocirujanos, ya que depende de dónde esté localizada la bala y cuáles fueron las zonas dañadas del cerebro. Habían decidido no extraer el proyectil. Remover la masa gris podría matar al

paciente. ¿Pero qué más da, doctor? ¿Se trata de un asesino en serie! Mi trabajo es salvar vidas. La justicia es responsabilidad de aquellos a los que sueles saludar poniéndote firme, agente. Y manos sacudiéndose.

El caso es que la bala no importa. Importa el daño. El cuerpo extraño se va encaminando solo, se va acomodando en la masa cerebral en función de la gravedad. Puede permanecer dentro de la cabeza sin problema. Bueno, sin problema. A este hombre seguro que le quedan secuelas. Quizá, si logra despertar algún día del coma, sus secuelas sean peor castigo que la muerte.

La justicia es muy flexible. Todo es cuestión de abrir la mente.

El primer disparo le había acertado en el abdomen. El bazo estalló y tuvieron que extirpárselo de urgencia. El segundo proyectil se perdió en el aire y aún descansa en la escayola del techo del piso de Adriano y Patricia. Fue el tercero el que le atravesó el pómulo derecho desde la barbilla, abriéndose paso a través del cráneo y alojándose en el lóbulo temporal.

El agente volvió a mirar a través del cristal. Allí seguía, inerte, con el pecho inflándose y desinflándose a un ritmo constante. La venda que envolvía la cabeza de Alceo cubría la totalidad de la frente y el ojo derecho. La mascarilla del respirador artificial le tapaba la mayor parte de la cara, quedando un único ojo cerrado a la vista del que quisiera asomarse para ver al mayor criminal que ha dado la historia de Cádiz. Le habían cosido también varias heridas abiertas de cuchillo. Todo apuntaba a que eran autolesiones y uno de esos cortes había presentado una infección cutánea que amenazaba con propagarse por el organismo y diseminarse hacia la sangre. Si no lo había hecho ya. La sábana de la camilla cubría su cuerpo como si fuese una mortaja, mostrando solo los brazos tatuados al descubierto.

Jenica le acarició la mano izquierda, porque hasta los criminales más perversos tienen derecho a recibir el cariño de sus seres queridos. Se recogió el pelo anaranjado y acercó sus labios a la única oreja que quedaba destapada por las vendas.

—Cariño, sé que eres fuerte. Saldrás de esta.

La única respuesta que obtuvo fue el aumento de la cadencia de los pitidos del monitor cardiaco. Alceo aún se agarraba a una esquirra de vida.

—Puedes escucharme. Lo sé. Así que aprovecho para decirte que ha llegado el momento de marcharme. —Las pulsaciones volvieron a subir otros cinco puntos por minuto—. La bala que hay alojada en tu cerebro está mermando muchas de tus capacidades. Siento que me deshago. Es como si

estuviese perdiendo fuerzas. Ese proyectil me ha acertado de lleno y percibo que ha llegado mi hora. —Jenica le apretó la mano con firmeza—. Me despido. En el fondo, sabes que siempre he sido producto de tu imaginación. Que nunca he existido en esta realidad olvidada por los dioses. —La chica tuvo que hacer esfuerzos por aguantar el llanto—. Espero haberte hecho el camino un poco más fácil. Te quiero mucho, amor mío. Recuerda que los dioses están de tu lado. Sé fuerte. Nunca te olvides de mí.

Jenica posó la humedad tibia de sus labios en el pómulo de Alceo y aquella imagen pareció congelarse en el espacio tiempo.

El guardia civil asomó la cara por la cristalera de la puerta. Todo correcto. Seguía allí y la habitación estaba desierta. Desde esa distancia no se podía distinguir con claridad, pero las gotas del gotero caían a una velocidad constante en la pipeta. Una de ellas parecía haberse escapado y se escurría, transparente, por el rabillo del ojo del hombre que permanecía en estado de muerte cerebral.

CAPÍTULO 47

20.32 h. Playa de la Caleta, 2 de mayo de 2016

Música suave de piano. El compositor sabe cómo ambientar los últimos minutos de película con una melodía de tonos dramáticos. La cámara graba un primer plano de los tres protagonistas. Rostros abatidos, cansados, apesadumbrados. En la escena hay una transición y la cámara se aleja, filmando un gran plano general de la playa de la Caleta: arena, mar y el ruido de las gaviotas. Tres siluetas recortadas en el fondo anaranjado de un sol que comenzaba a zambullirse en el océano.

Una profesora, un teniente de la Guardia Civil y un sargento retirado. Los tres sabían perfectamente que estaban infringiendo la ley. Pero estaban tranquilos. Comenzaba a atardecer y una brisa fresca había empezado a soplar desde poniente. En la playa no quedaba nadie y ellos se habían resguardado de la mirada de los curiosos bajo la protección del edificio del balneario. Atrás del todo, donde el agua nunca llega. Además, pagar unos cuantos miles de euros por la multa era un pormenor comparado con todo lo que habían vivido en los últimos días. Esto llega a su final y los personajes acaban la historia como les viene en gana.

Una pequeña montaña de arena, una pala y un boquete excavado que apenas llegaba a los dos metros de profundidad. Acho estaba en su interior, envuelto en una sábana blanca. Convertido en un bulto. La arena se escurría por los bordes de la fosa y los granos hacían como el ruido de la lluvia al golpear contra la tela que servía de sudario al labrador.

—Bueno, habrá que despedirse.

Román dio un par de pasos y se agachó para recoger la pala. En cuanto tuvo noticias de lo ocurrido, canceló la reserva de los billetes y fue directo al hospital. En el mensaje de voz que había recibido de Adriano no se decía nada al respecto de lo que había ocurrido con el autor de los crímenes de

Hércules. Solo escuchó lo siguiente: «Patricia ha intentado suicidarse. Estamos en el hospital». Una vez que estuvo con ellos en la habitación de urgencias supo toda la historia: la muerte de Acho, la tortura de Adriano y de cómo su mujer le salvó la vida. Después de intentar suicidarse con un cartucho de fogeo.

Ella no quiso aclarar nada al respecto. Lo único que adelantó es que no fue capaz de volver a disparar una segunda vez después de haber visto la muerte tan de cerca. Argumentó que necesitaba tiempo para descansar. Después de eso, daría las explicaciones pertinentes a quien tuviera que dárselas. Se sentía mal. Estaba deprimida. Y eso lo sabía todo el mundo. Eso debía de ser suficiente por el momento, no queráis saber más. Dejadme tranquila. Le habían tenido que reconstruir cuatro dientes. El retroceso del arma al disparar dentro de la boca arrancó de raíz sus caninos superiores. Había sufrido quemaduras en epitelios bucales y en la laringe por la onda expansiva de la pólvora. Que durante el disparo la boca estuviese abierta le salvó de que los tímpanos hubiesen reventado por la presión de la explosión. Con ese primer cartucho de fogeo que, por protocolo, se lleva en los cargadores de las armas reglamentarias por seguridad, se evita un primer tiro fortuito. Patricia desconocía este detalle y así salvó la vida. Gracias a esa detonación sin proyectil. A pesar de que ella fuese buscando todo lo contrario.

Ahora estaba sedada, pálida, viva, agarrada al brazo de su marido. Quien la hubiese visto podría haber pensado que se trataba de una mujer débil, pero su historial evidenciaba que no lo era en absoluto. Probablemente, el hombre que estaba a su lado estaría muerto si no fuese por ella. Ambos llevaban gafas de sol. Solo que una tenía las mejillas empapadas en lágrimas y el otro no.

Un parche de gasa y esparadrapo se disimulaba detrás de las gafas oscuras de Adriano. Una férula le inmovilizaba la nariz fracturada y la boca había tenido que pasar también por varias cirugías bucales. Su rostro era un poema. El de alguien que se sentía roto por dentro y por fuera. Pero Román no tuvo reparos en darle un puñetazo en el hombro.

—Toma, agarra la pala. Te corresponde a ti darle sepultura al perro.

Adriano acertó a coger el mango a la primera y sin que le diese tiempo a hacer otra cosa, fue envuelto por los brazos de su amigo. El apretón no duró demasiado, lo suficiente como para que ambos cruzasen las barbas de tres días. No se dijeron nada. Porque tampoco hacía falta. Después de eso, el teniente se acercó a Patricia. Él la miró directamente a las gafas de sol. Ella

solo tenía ojos para el animal soterrado que tenía a sus pies. Román se le acercó y le plantó un beso en la mejilla. Estaba húmeda. Fría.

—Lo siento mucho, de corazón —susurró—. Ojalá puedas perdonarme algún día.

Y ya está. Se acabó. Ahora hay una cámara metida en el agujero que graba cómo la tierra va cayendo por oleadas encima del cadáver canino. La pantalla se va ensombreciendo a medida que la arena tapa el objetivo. Llega la oscuridad plena del enterramiento. De la muerte. Y hay una transición de escena en la que aparece un plano general, pero esta vez visto desde arriba, a vista de gaviota. El piano toca algunas teclas mientras Román se aleja de la playa andando por la arena, Adriano sigue regalándole paladas de descanso eterno a su amigo y Patricia enmudece ante esa quietud silenciosa, apenas ultrajada por el trabajo de sepulturero de su marido.

Cuando Adriano cree que es suficiente, tira la pala todo lo lejos que puede, se gira, abre los brazos y recibe el cuerpo de su mujer. Le duele toda la boca. Le reubicaron la mandíbula en su posición correcta, le habían cosido seis puntos en la lengua y trece en la encía para cerrar la herida del clavo. Además, le habían puesto ocho implantes. Cualquier movimiento bucal era una tortura, pero buscó con sus manos la cara de su mujer y la besó.

Aquello duró unos segundos y fue de las pocas veces que Adriano no lamentó ser invidente. Si pudiese ver, habría cerrado los ojos para sentir de verdad a la mujer de su vida. Deseó que aquel momento durase para toda la eternidad, como su amor. Porque la amaba. La amaba con locura, hasta perder la cabeza. Siempre lo había hecho.

Patricia despegó sus labios. Suspiró y también acarició el rostro de su marido. Sus dedos palpaban como si pudiesen grabar sus facciones para el recuerdo, como si pudiesen sanar el dolor con la energía de sus manos. Como si la invidente fuese ella y no él. Fue inevitable que le sobreviniese a la cabeza la imagen de Manuel. No pensaba contarle nada. Lo tenía claro. No hasta que hubiese hablado con su marido. Él era el primero en su vida por encima de todas las cosas. Porque lo amaba. Lo amaba con locura, hasta perder la cabeza. Siempre lo había hecho.

Entonces Patricia buscó la mano derecha de Adriano y los dedos de ambos quedaron entrelazados, como una pareja. Ella guio la unión de las dos manos hasta su ombligo.

El piano, acompañado de algunos acordes de violín, adorna la escena con

un *crescendo*. La melodía sube de intensidad, anunciando el final. Los entendidos aseguran que los silencios son muy importantes en la música. Por eso, en ese justo momento, los instrumentos enmudecen al unísono.

Silencio.

—Cariño, tengo algo que contarte.

AGRADECIMIENTOS

Así de injustos somos los seres humanos. Se acaba la película, se encienden las luces del cine y nos levantamos de la butaca sin prestarle atención a los créditos de la pantalla. Ya no hay tiros, me piro. Nos sacudimos las palomitas de la camiseta, vemos si llevamos el móvil y la cartera encima y nos vamos por donde hemos venido, dejando a nuestra espalda todos aquellos nombres que han hecho posible la obra que segundos antes hemos aplaudido.

Si yo tuviese el poder de hacerlos imaginar un fondo negro y unas letras que desfilan por la pantalla a un ritmo constante, crearía mis propios créditos. ¿Para qué? Para agradecer el apoyo de toda esa gente que ha hecho posible esta obra entre bastidores. Como Javier Loredó y Juan Jesús Fernández. Dos profesionales uniformados que me han asesorado sobre todo lo relacionado con el cuerpo de la Guardia Civil. Dos amigos que no han dudado en descolgar el teléfono siempre que lo he necesitado. Dos hermanos que forman parte de mi familia, a pesar de que no nos unan lazos de sangre.

En letras bien grandes también aparecería Benito Olmo, a quien tanto debo, junto a Claudio Cerdán y César Pérez Gellida, por brindarme su ayuda en este encarnizado mundo de la literatura sin pedir nada a cambio.

Ángela, Estefanía, Eugenio y Francisco. Ellos saben quienes son. Ellos saben lo que son para mí.

Después vendrían Setó, Mateo y Paloma. Por prestarme sus nombres para la novela y comportarse como lo hacen los amigos, diciendo siempre la verdad.

Unos agradecimientos en mayúsculas para todos aquellos integrantes del Equipo Operativo de Seguridad PL1-N, por demostrarme, una vez más, que en el trabajo pueden encontrarse amistades mucho más poderosas que el simple e insulso compañerismo.

También añadiría un pequeño énfasis en la melodía de fondo para presentar, en letras doradas, a María Jesús Román, Miriam Fopiani y Patricia

Fopiani. Mi madre. Mis hermanas. Os quiero mucho. Sois los pilares que han conseguido hacer de mí el hombre que soy.

Juan Antonio Fopiani. Solo. Protagonista. En el centro de la pantalla. No puedo evitar que me nazca una sonrisa cómplice al pensar en ti. Gracias, papá. Gracias por guiarme siempre desde más allá de las estrellas.

Hay gente que se ha cansado ya de leer nombres. Lo sé. Pero ya queda poco. Lo justo para que también aparezca Fátima, la compañera que, a pesar de todo, lleva tantos años a mi lado. Gracias por apoyar esta locura de escribir libros desde los comienzos.

Ana Rosa Semprún, Miryam Galaz y David Cebrián. Cualquier editor que haya trabajado conmigo tiene el cielo ganado. Gracias por soportarme, por vuestra profesionalidad y por respetar los libros y a los escritores con tanto cariño. Currar con vosotros ha sido un sueño cumplido.

Pablo Álvarez, para ti unas letras bien grandes. Y una tipografía elegante, también. Nunca olvidaré esa llamada telefónica que me convertiría en el hombre más feliz del mundo. Gracias por abrirme esas puertas que siempre he ansiado cruzar.

Redoble de tambores y golpe final.

Silencio.

Porque ahora viene una larga lista. Los más importantes de este espectáculo: todos y cada uno de vosotros, lectores. Porque, sin vosotros, nada de esto tendría sentido. Sin lectores, la literatura terminaría muriendo.

Gracias, gracias y gracias, de corazón.

Gracias por leer.

Aplausos.

Notas

[1] Una alta corona cilíndrica reservada solo para las grandes diosas.

[2] Unidad Central Operativa (UCO) es el órgano central del servicio de Policía Judicial de la Guardia Civil. Asume las funciones de Inteligencia Criminal, la investigación de las más graves formas de delincuencia y crimen organizado.

[3] Matar al león de Nemea.

[4] *Txakurra*, «perro» en euskera. Utilizado de forma despectiva para referirse a la Guardia Civil.

[5] «Gitano» en lengua romaní.

[6] «Barrabás» en romaní. Utilizado de forma despectiva por la etnia gitana para designar a los forasteros y extranjeros de un lugar.

[7] Se trata de un pan de color amarillo, de sémola y harina de maíz, muy popular en Moldavia. Consumido en las zonas rurales y, especialmente, por los más humildes.

[8] «Si a un cerdo quieres guiar, con el gusto le has de engañar».

[9] El nombre de Heracles está compuesto por dos palabras: Hera —el nombre de la diosa— y *kleos*, gloria, por lo que significa «Gloria de Hera».

[10] Matar a la hidra de Lerna.

[11] Canción infantil rumana que dice: «El puente de piedra se ha derrumbado, / vino el agua y se lo ha llevado. / Haremos otro sobre el río, abajo. / ¡Otro más fuerte y más hermoso! / Haremos otro sobre el río, abajo. / ¡Otro más fuerte y más hermoso!».

[12] Cazar a la cierva de Cerinea.

[13] Fragmento del poema «Elogio de la vida sencilla», de José María Pemán.

[14] «El perro viejo no ladra sin razón». Proverbio romaní.

La melodía de la oscuridad

Daniel Fopiani

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Tim Robinson/Millennium Images

© Daniel Fopiani, 2019

Editabundo Agencia Literaria, S.L.

www.editabundo.com

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa Libros, sello editorial

de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-670-5497-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!



